



OSAMENTAS  
RELAMPAGUEANTES

JOSÉ ANTONIO COVO MEISEL

## Osamentas relampagueantes

José Antonio Covo Meisel

### Primera parte: topo sin túnel

Una percepción es un rastro minúsculo de la realidad, que deja mucho más por fuera de lo que abarca. David Duque no pensó esto mientras salía del mar con su tabla de surf al ponerse el sol de finales de diciembre en Cartagena. Tampoco pensó esto: Mi inteligencia me sitúa muy por encima de la población general. Ni esto: me quiero morir. Estos pensamientos pertenecen a alguien, pero no a David Duque, quien a su vez sí piensa cosas como: las olas estuvieron buenas hoy. O: me quiero comer a esa pelada. La pelada que David se quiere comer es Anita Aronsberg, una chica bonita de último curso del mismo colegio de donde David se graduó el año pasado.

David D. vio un perro muerto al caminar el trayecto entre la orilla del mar y la escuela de surf donde guarda sus cosas, y recordó la vez —cuando tenía como 12 años— que mató al cachorro de la vecina, que se había perdido, y él lo encontró en un lote lleno de ramaje denso. Ahí lo mató con una piedra que apenas podía cargar: con el primer golpe quedó privado el perrito, y luego siguió soltando la piedra sobre el cuerpo y la cabeza hasta que la sangre y las entrañas fueron más que el pelaje. En ese momento se dio cuenta de que tenía una erección dolorosa de lo intensa. Entonces sacó su pene con movimientos torpes y vertiginosos y se masturbó y se vino casi enseguida. Nunca le contó a nadie.

En la escuela David rumiaba el recuerdo del cachorro brutalizado mientras se quitaba el agua salada, y sintió el cosquilleo previo a la erección viril, por lo que se salió de la regadera que es abierta, y se metió en el baño a cambiarse y a esconder su excitación. Pensó en masturbarse pero decidió no hacerlo. Después de cambiarse cogió el celular y llamó a Roberto, pero Roberto no contestó, así que David empezó una conversación con Carolina, quien trabaja en la escuela. David pidió una cerveza y le miró las tetas a Carolina sin que ella se diera cuenta. Hablaron de las olas y Carolina le dijo que Miguel había sufrido una sobredosis. David no preguntó sobredosis de qué, no le importa y casi no sabe quién es Miguel. Algún manguero.

Entonces sonó el celular y David miró la pantalla y vio que era Roberto Renner, y contestó:

- Ajá marica, te estaba llamando.
- Cálmate que estaba comprándole al Pupi.
- ¿Qué compraste men?
- Cuatro gramitos, dos y dos, llégate.
- Erdaaa... ¡periquito pal campeón! Ya lleo.

David dejó la cerveza por la mitad y trotó hasta su carro. En el camino se resbaló sobre una cáscara de mango. Se paró en el mismo movimiento de la caída y en 5 minutos estaba donde Roberto, y pitó para avisarle de su llegada. Se bajó del carro casi trastabillando y tocó el timbre. La empleada le abrió. David no pronunció palabra y entró casi saltando directo hasta el cuarto de Roberto.

Evidentemente, Roberto ya había empezado el perico. David dejó caer las llaves del carro:

—Dame lo mío.

Recogió las llaves del piso y se sirvió un pase substancial. Al sentir la descarga dopaminérgica, dejó caer las llaves otra vez. Las recogió de nuevo como un guerrero recoge su espada en medio de la batalla.

Roberto dijo—¿Supiste que al Miguel le dio una sobredosis?

—So what, men. No sé ni quién es ese man.

—Él es primo de Laurita López. Miguel Martínez.

—Ah ya. Y qué, ¿se murió?

—No, pero está en el hospital. De pronto se muere, dicen por ahí. La heroína es una vaina hijueputa.

—Erda sí.

...

David Duque se despertó una tarde después de surfear en la mañana al crujido espantoso del timbre de su celular: una sección explosiva de alguna canción de David Guetta o Paul Van Dyk. Se incorporó estremecido, como quien despierta de un episodio de catalepsia. Miró el display del celular: Susana Suárez.

—Aló.

—Holaa Deivid ¿qué haces? ¿vamos para Smegma hoy?

—Si me regalas un par de pepas

—Obvioo tengo unas nuevas, las trajo mi dealer de Holanda.

—¿Y están buenas?

—Están buenísimas babe, ayer las probé. Culo de rumba absurda.

Hasta las 9 de la mañana.

—ok.

Se encontraron a las 11 pm al frente del club Smegma, y repartieron las píldoras placenteras entre los partidarios placenteros. Estaban Susana Suárez, Carla Conrado, Sara Solano, William Wagner, Roberto Renner, y David Duque. Cada persona ingurgitó su pastilla asignada y entraron al sitio, saludando cálidamente a Wilson, el bouncer.

Había poca gente, era temprano. Sin embargo, se vieron todos bailando impudicamente pasados 15 minutos de haber entrado. Se agitaron velozmente como dinosaurios huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra. Como delfines intentando cometer

una violación inter-especies. Como espermatozoides. Como osamentas animadas por relámpagos.

Compraron tres botellas de whisky y orbitan alrededor de ellas.

Susana se acerca a David y le proporciona un beso en la mejilla. David repone instantáneamente con un beso en la boca y un apretón de cuerpos: con los brazos la trae cerca y bailan con el único objetivo de excitarse mutuamente. Esta noche mezcla un DJ invitado de Europa y reproduce algunas pistas minimal. Normalmente a David y los otros les parece aburrido y medio incomprensible el minimal, pero el éxtasis lo hace ver todo color púrpura brillante con escarcha y perfume.

Todos saben que Roberto se vuelve medio marica con el éxtasis, y quien lo sabe más que nadie es William, quien ansía encontrarse siempre con Roberto para regalarle pepas. Bailan. Se acercan. William puede sentir el calor de la genitalia semi erecta de Roberto pulsando locamente frente a su propia genitalia. Se besan. Ya es normal, pero la primera vez que pasó David no pudo contener una carcajada nerviosa que le duró un par de horas.

La pista tenía una voz que decía a través de varios filtros: Get down tonight. Get down tonight. Fuck it, let's party. Get down tonight. Por unos instantes ese fue el himno de sus vidas.

Carla y Sara buscan un tercer integrante de su trío, como en casi todas las fiestas. Encuentran a un extranjero incauto y se van con él. David le dice a Susana:

—Pobrecito. No sabe en lo que se mete.

El extranjero está borracho y las chicas se lo llevan al carro donde tienen sexo desorientado los tres, y luego le hacen oler heroína haciéndolo pensar que es cocaína, y lo regresan, casi cayéndose todos, a la fiesta, y lo abandonan en una silla. Luego Carla y Sara se besan, excitadas por su crimen, y se van a un rincón oscuro del VIP del club.

David piensa: La droga es deliciosa, la vida es deliciosa.

Roberto piensa: porque haga maricadas a veces no quiere decir que soy marica.

William piensa: este man es más gay que yo.

Susana piensa: quiero que David me coma ya.

Carla y Sara piensan: nuestros cuerpos, qué ricos nuestros cuerpos.

David y Susana bailan conmocionados por el éxtasis y la inminente penetración, y alguien desprevenidamente tropieza levemente a Susana con el

codó. David no tiene que pensarlo dos veces y arremete su puño colérico contra el rostro del adversario impromptu; éste cae al piso y tarda algunos segundos en incorporarse, tiempo durante el cual los amigos del abatido brincan, sudorosos, hacia David quien los espera con los puños cerrados y dispuestos. Roberto y William acuden al llamado de la pelea, y logran intercambiar sendas trompadas con los implicados antes de que la seguridad del lugar intervenga y disipe el barullo. Expulsan del lugar al que tropezó a Susana y a sus amigos. A David y los demás les permiten quedarse; conocen al dueño, además es usual una escaramuza de vez en cuando. Susana agarra a David por la cintura y le devora la cara: las peleas la excitan tremendamente, especialmente si es por defenderla a ella.

El Pupi hace su ronda acostumbrada por el club, proporcionando los juguetes necesarios a sus clientes. David adquiere varios gramos de perico y los reparte entre sus consortes. Todos se turnan entrando a los baños y tiñen sus narinas de blanco prontamente y la fiesta sube de nivel: éxtasis + cocaína = buena rumba hpta.

En una de las idas al baño, David entra en un cubículo de inodoro y se sienta sobre la tapa cerrada. Saca la bolsita de perico y antes de pegarse el pase lee sin reflexión un texto rayado en la pared metálica: Miguelito mariquito no pudo con el periquito. David piensa: qué raro, pensé que Miguel se había jodido por heroína. No piensa: la cocaína también es peligrosa si no se tiene cuidado. Tampoco piensa: quiero morir. Sí piensa, al inhalar el alcaloide: BOOM muthafucka.

Al emerger del baño, estimulado más allá de lo diseñado por la naturaleza, o los dioses, o Cristo Jesús; definitivamente más allá de lo permitido por la ley, David ve a Anita Aronsberg, acompañada de un pretendiente y dos parejas más. Susana aprehende la situación desde alguna distancia y maldice.

Susana se acerca a David, le dice: Ya llegó tu super-crush

David no lo esconde y está muy drogado para ser sutil. Se acerca a Anita lo suficiente para que ella lo vea, pero no lo suficiente para entablar una conversación. Con un ademán saluda e intercambia miradas agresivas con los hombres del grupo, lo que supone un impedimento virtual para acercarse a la chica.

Media hora después, Anita va al baño y David la aborda a la salida:

—Hola, Anita.

—Hola... David.

—Bailemos. (David tiene cara de atolondrado)

—ok.

Bailan como 5 minutos antes de que el parejo con quien llegó la reclame. El resto de la noche David tantea con la mirada el entorno inmediato

de Anita para acercarse, pero los hombres del grupo se lo impiden con los ojos. Roberto le dice a David:

—jaja deja la estupidez y cómete a Susana.

—Susana te dijo que me dijeras eso?

—jaja no marica, te lo digo yo, Anita Aronsberg no sale con drogas.

A las 6 de la mañana el club apaga la música y prende las luces. Susana urge a David a ir al after-party. Roberto ya está medio sobrio, así que se le pasó la maricada, por lo que huye de William y de la culpa hacia el after-party con David y Susana. Los demás se van, tal vez para sus casas.

Para tolerar el bajonazo del éxtasis, los tres fuman cantidades exorbitantes de marihuana en el after-party, que es en la playa al norte de la ciudad. Hay menos gente que en la rumba, algunos traquetos, algunas prepagos, un dj, y la rumba sigue como es usual. Piden tres cervezas y prenden un bareto de la mejor weed que se consigue.

Ninguno de los personajes piensa:

*Al intentar describir el "concepto" de crisis permanente, se encuentra un escollo tremendo; de hecho, el mismo "concepto" es un gran escollo; la praxis de la crisis permanente es un bache tan grande que parece ser una planicie. Si se encuentra uno perdido en una planicie virtualmente infinita, sin saber de dónde vino o para dónde va, lo mejor —suponemos— será escoger arbitrariamente una dirección y atenerse a aquella singladura de origen complejo hasta que el paraje devenga algo. Pregunto, en turno, lector: ¿Y si no se llega nunca a algo? ¿Y si en vez de un oasis se encuentra uno con una manada de hienas hambrientas? Más que nada, éste es el caso cuando se habla de crisis permanente: toda percepción o pensamiento es absolutamente falible.*

...

David manejando por la ciudad. Naturalmente, no se desvía mucho de la zona fastuosa de la ciudad: Castillogrande, Bocagrande, El Laguito, máximo hasta el centro. Va solo, lo que no es usual. Recorre las calles a veces rápido, a veces suave. No piensa mucho, pero siente como si tuviera un hueco en el pecho. No sabe por qué. No intenta pensar por qué. Sólo siente el hueco en el pecho, como un hoyo negro por donde el resto de su cuerpo va a ser succionado en cualquier momento, para desaparecer por siempre. Recuerda que alguien le dijo alguna vez que la vida es muy corta en comparación con la eternidad de la muerte. Se pregunta qué hay después de la muerte. No sabe. Quisiera saber, pero ¿cómo?

*David Duque la cabeza como un buque cargado de drogas y lleno de vacío. Hastío. No estoy ahito nunca; podría estar en el epicentro de la jungla y aún así formar una rumba. Drogas rojas verdes blancas rosa negra negra negra. Adelante mío un río atrás mío el vacío. Mi mente es un puente que se cae de repente. Rojas verdes blancas rosa negra. David Duque la cabeza como un buque a punto de encallar, como un buque con hélices pequeñitas avanzando a una velocidad inapreciable por un mar congelado, comiendo helado en su buque. Mi mente es un puente que se cae de repente. David Duque la cabeza como un buque cuyo única carga es un buque más pequeño, herrumbroso y desvencijado, porque así lo hicieron, es una escultura minuciosa que revela la condición de... de qué no sabemos, pero de algo, sin duda. ¿Es posible escapar al sentido?*

Llama al Pupi. Se encuentran y David compra 5 gramos de marihuana, para pasar la tarde relajado. Maneja hasta la playa al norte de la ciudad, donde hace unos días fue con Susana y Roberto al after-party, y se sienta solo bajo una carpa a la orilla del mar. Piensa: El mar parece infinito, como el tiempo que se dura muerto. Le pega tres plones al bareto, aguanta la exhalación lo más posible y tose como un carro descompuesto, y así aplaca los pensamientos desagradables.

Entonces piensa cosas como:

El mar, el mar, es grande, como...

uy qué buena weed...

qué culo de traba socio, no puedo ni pensar bien...

jajajajajaj

el Robe es muy gay pero me cae bien jajajaja

¿Qué se sentirá ser penetr—

Ahí, en la orilla de la lágrima ingente que es el mar, David recuerda la historia que ha estado escuchando: Miguel Martínez sufrió una sobredosis y, si le cree a una inscripción en el baño del club Smegma, fue a causa de cocaína y no heroína.

...

Vi a David Duque sentado en la playa, a finales de diciembre. Estaba solo, y se fumaba un bareto de la vaina buena, se olía desde lejos. Estaba contemplando el mar, absorto en la traba y el pensamiento, y se veía solo. No sé, solo, como si fuera la última persona del mundo, solo. Y luego pensé que si él era el último hombre, seguramente yo no existía, o era una imagen en la mente atolondrada de David. Ese pensamiento me asustó y saqué mi revólver. Me acerqué a David por detrás, caminando suavemente para no hacer ruido, aunque igual había brisa que tapaba el ruido, y cuando estuve atrás le puse el

revólver en la sien y ¡PA! vociferé. David saltó del susto y yo me cagué de la risa.

—Wassup viejo Deivid.

—jueputa Leo culo de susto.

—a quién le debes que te asustas, mariquita...

—uno nunca sabe, men.

Me regaló unos plones y mi traba fue monumental. Tuve un monumento en la cabeza, hecho de humo de marihuana y cuasi delirios. Experimenté el atolondramiento del último hombre de la tierra, solo y confundido, preguntándose por su suerte. ¿Sería afortunado ser la última persona viva?

El mar era una lágrima ingente. No sé si por la traba o por mi disposición melancólica, pero sentí a David muy triste, desconsolado, pero apenas mostrándolo. Le pregunté qué le pasaba, pero me dijo que nada, que estoy loco. Tal vez él mismo no sabe qué le pasa, he notado que es común en la gente despistada. O tal vez no me dijo porque soy negro, siempre es difícil distinguir entre esas cosas. Parece que a veces la gente es racista a pesar suyo, debido a su educación o experiencias. Yo admito que a veces me pongo un poco paranoico con lo de la discriminación racial. A veces pienso que me están discriminando y luego me doy cuenta de que no pasó nada. De pronto David piensa que algo está muy mal pero en realidad no es tan grave, como reprobar una materia en la universidad.

David me preguntó que si tenía perico, y yo claro broder, y le vendí dos gramos. Eran los últimos que me quedaban, me tocaba ir a mi casa a buscar más mercancía. Antes de irme me preguntó porqué no terminé la carrera universitaria. Yo le dije que me gusta la plata fácil y ser malandro, básicamente, aunque en esos 5 semestres de literatura aprendí algunas cosas, pero nada que me sirva para mi vida ahora. Antes de irme dejé a David hacer un par de tiros al mar.

...

Leo:

En mi moto voy zumbando como un buitre umbrío, por las calles de Cartagena como un buitre. Como una cigüeña que lleva felicidad en forma de sustancias ilícitas a sus clientes-amigos. Que son amigos míos sólo porque les vendo la diversión, pero qué importa. Soy un buitre, una cigüeña, un ave de rapiña, una silueta negra que recorre las avenidas en su moto lúcida entre el tráfico.

Cocaína, a toda hora, todos los días. Cocaína, siempre mía. La vendo, la recomiendo, la uso, la abuso, la vendo, la recomiendo. El mismo Freud la usó durante años, yo soy más genio que Freud, por eso la voy a consumir siempre. Bueno no sé si más genio, hablo con licencia poética, pero sí soy un cocainómano a morir. Es lo que me gusta. La vendo, la recomiendo. La uso, la



abuso. En la mañana el café aguanta, pero más con una línea. El dibujo se hace con líneas, pero la línea más sabrosa es la de la coca. Con mi moto derrapo como un pez descamado, hago líneas sobre el asfalto, pero la línea más sabrosa es la de la coca. Como y bebo cuando toca, para la energía está la coca. Pero si no como me vuelvo débil, y yo tengo que ser intimidante, como un buitre umbrío que surca el pavimento con garras argénteas. La llave argéntea que traduce la bolsa en nariz la llevo siempre conmigo. Es la misma llave de mi casa, es la misma llave de mi cabeza. El polvillo blanco se traduce en energía vital, en energía cósmica para ser aprovechada por los osados. Y yo soy un osado de la mayor categoría de osadía posible. La vendo, la recomiendo.

...

David se despidió de Leo, ahora con dos gramos de perico en su posesión. Pero no tenía en su posesión ganas de interactuar, ni siquiera de intentar caerle a Anita Aronsberg. Así que fumó más marihuana y se pegó varios pases en muy poco tiempo, y justo en el umbral entre la razón y el delirio, se preguntó qué se sentiría ser un buitre.

Si has mezclado buena marihuana con buena cocaína sabrás que el resultado experimental está más allá de la comprensión racional. La sensación es de estar deslizándote vagamente por un túnel placentero hacia un paraje indeterminado. Es una sensación de atolondramiento empíreo, si se quiere. Una confusión deleitable, el cielo con atisbos del purgatorio, y en lontananza el infierno, pero se ve tan brumoso el camino que es casi invisible. Y David estaba solo, así que dentro de esa magna traba, encontró un recinto mental de una extraña lucidez. Y en esa lucidez se coló la idea de que ya estaba muerto. Él estaba muerto. De hecho, todos estaban muertos. El mundo no existía, tal vez nunca existió. Tal vez toda la vida es una alucinación muy compleja, tal vez el mundo es un espejo, o un espejismo con forma de espejo. Tal vez el mundo existe, pero sobre un papel. Tal vez el mundo es un dibujo, y nosotros somos las tajaduras del lápiz. Hasta ahí se acuerda.

D. Duque vino en sí con un dolor de cabeza lancinante. Le dolía detrás de los ojos, como si le doliera el yo. ¿Dónde estoy? ¿Qué mierda pasó? Se preguntó asustado. Duró un par de segundos sin reconocerse e irrumpieron la memoria y el entendimiento como cuando se rompe un dique. Y ahí volvió a sentir el hueco en el pecho, y el atolondramiento post-traba. Al tener consciencia del tiempo, miró su celular para saber la hora: 6:00 pm. En cualquier momento empezará a ponerse el sol. Mejor me voy de aquí.

Sintió una presencia maligna en la playa. Luego pensó que probablemente la presencia maligna era él. Jajaja. Rió internamente. En medio de la caminata hasta su carro, recordó la primera vez que fumó marihuana. Fue aquí, recuerda, pero era otro negocio. Pero es la misma playa. Debí fumar

esa primera vez cerca de donde estuve hoy. Una mezcla de nostalgia y rencor sin dirección lo embargó. Hm, se dijo. Estaba con Roberto y Pablo. Fue hace 2 o 3 años. Debía tener 15 o 16. Pablo es un poco mayor que nosotros y él consiguió la weed. Nos fumamos el primer bareto y no sentimos nada. Roberto cogió rabia y exigió fumar más. Fumamos más y ahí sí nos trabamos monumentalmente. La primera traba nunca se olvida, como el primer polvo.

...

Roberto Renner no piensa:

*Eran unos animales como culebras pero sin escamas, con piel como de humano y con vellos menudos, y en vez de cabeza tenían una mano. Se arrastraban por el piso polvoriento y se sujetaban mutuamente las colas; a veces formaban cadenas larguísimas y a veces círculos y otras formas. Todo era silente y raudo; su afanoso encadenarse y abandonarse a la colectividad supondría un verdadero placer para quien observase, pero nadie lo hacía.*

Sí piensa: Maldita sea, todos piensan que soy maricón, no entienden que la droga te hace hacer locuras. Bueno, de pronto soy un poquito gay, pero no mucho. Es algo muy pequeño, como el grosor de un pelo, como una canica frente a un peñasco, como mi culo, que no ha sido penetrado. Pequeñito, diminuto. Maldita sea.

Roberto, en su cuarto, se mira desnudo en el espejo detrás de su puerta. como algo que vio en una película, no recuerda cuál. Se atranca el pene entre las piernas, de manera que parece no tenerlo, y hace una especie de bailecito vago y dice: Would you fuck me? I'd fuck me. I'd fuck me. Serpentea su cuerpo, le enseña el culo al espejo y repite: Would you fuck me? Sopla desde su mano un beso hacia el espejo. Luego dice: Suficiente maricada por hoy. Y se pone la ropa. Llama a David. David no contesta.

Suena el celular. Es William. Roberto no contesta, y no es enteramente consciente de que se emociona un poco al ver el nombre de quien llama. Prende el televisor y ve que están pasando una película sobre extraterrestres. La historia es que a la tierra llegan unos extraterrestres invasores cuyas cabezas se asemejan a gigantescos penes, y resulta que son antenas para comunicarse telepáticamente. Los humanos logran vencer a las aliens cuando se dan cuenta de que el semen humano, paradójicamente, los hace derretirse como si fuera ácido. Hm, se dice Roberto.

Cambia el canal y ve que están pasando una película sobre un vejete de 90 que construye un exoesqueleto mecánico y se vuelve un superhéroe. Su enemigo más acérrimo es un pulpo de laboratorio que controla a la gente hipnotizándola con los patrones de color cambiantes de su piel. Para combatirlo, el anciano debe desarrollar un inhibidor de pigmentos electromagnético, pero en un momento crítico el inhibidor falla y el

superhéroe cae bajo la garra hipnótica del pulpo, convirtiéndolo en un lacayo de sus designios malignos, y termina en "continuará..." Roberto ingresa en una corta ensoñación diurna sobre cómo sería tener un exoesqueleto como el que sale en la película y, más aún, cómo sería tener piel de colores cambiantes.

Cambia el canal y están pasando un comercial de un sitio de internet que compró todas las estrellas y ahora las vende cada una por el precio de una casa barata. ¡Deje una herencia notable a sus descendientes! anuncian.

Cambia el canal y están pasando una sitcom en la que unos aborígenes australianos se ganan la lotería y se van a vivir a Manhattan. Tienen la mansión más grande de la ciudad y adentro construyen una máquina de hacer helados gigante, y se bañan en helado de todos los sabores. También tienen una piscina de monedas a la McPato y se bañan ahí también. Sus nuevos amigos neoyorquinos no los entienden y eso causa muchos impasses muy graciosos. Jajajaj!

Cambia el canal y están pasando el noticiero. Unos científicos descubrieron un hueco enorme en el polo norte, kilómetros bajo el hielo. Dicen que es lo más profundo que han visto; parece no tener fondo. Ok, piensa.

Cambia el canal y están pasando un documental sobre ballenas. Dicen que han aumentado tanto en números que están llegando a ser un inconveniente para los humanos, porque están convirtiendo un gran porcentaje del agua del mar en orín de ballenas.

Cambia el canal y están pasando un comercial sobre un talco para bebés que sabe y huele a leche materna, supuestamente para crear un entorno psicológicamente calmo para el párvulo. Roberto se pregunta sobre los hábitos de higiene de los caníbales.

Decide que está aburrido y que no quiere ver televisión, y la apaga. Saca de uno de sus zapatos una bolsita con cocaína y se prepara para inhalar un poco, cuando tocan a la puerta y se escucha la voz de la madre de Roberto. Roberto dice algo y la voz se aleja. Coge un espejo pequeño que está en la pared y lo usa como superficie sobre la cual hace una línea del alcaloide. Enrolla un billete de alta denominación y aspira haciendo un sonido parecido a un guarrido.

...

Anita Aronsberg sedente en un café, con mirada consuetudinariamente altiva, pelo rubio, pubis un poco menos rubio, piernas largas, mirada de altivez azul, que traspasa a los ciudadanos pedestres, a casi todos los habitantes del orbe terrestre, pero nunca un espejo.

Llega su amiga.

—¡Anita! Oh em gee qué linda estás. Me encantan tus zapatos.

—Sí, qué bien que lo notaste. Revela que tienes gusto.

—¡Gracias! Oye por ahí escuché un chisme... tienes un enamorado desde el colegio...

- Ugh, yo sé quién es: David Duque, ¿no?  
—Ay pero él es lindo. Deberías salir con él.  
—¿David te dijo que me dijeras eso?  
—No, cero. Yo saldría con él si fuera tú...  
—No, Darling, yo no salgo con losers junkies.

Anita y su amiga intercambiaron información vital para su funcionamiento (quién sale con quién, quién dejó a quién, quién fue infiel, quién le robó el novio a quién, etc.) durante un par de horas, todo entreverado con interjecciones exclamativas de afecto y admiración, sobre todo de la amiga hacia Anita Aronsberg, quien lo recibe todo sin inmutarse, exterior o interiormente: lo espera.

Se despiden; la amiga insiste en pagar la cuenta. Anita, con alguna renuencia, le concede el tibio privilegio. Parten en direcciones opuestas, cada una hacia su carro. Anita decide “dar una vuelta” y conduce hasta el centro. Mientras maneja se pregunta de qué está hecha ella. Sí, órganos y células y átomos de carbono, pero eso no es lo que quiere saber. Más bien: ¿cuál es la naturaleza de su composición emocional? O mejor, ¿cómo se define ontológicamente? Inmediatamente irrumpe un sentimiento de superioridad absoluta sobre el resto de los habitantes del orbe terrestre, como siempre pasa al pensar estas cosas, pero esta vez algo cambia: duda de ese sentimiento. Es decir, sí, es verdad, soy bella e inteligente, tengo dinero y estudio en un buen colegio, pero... ¿es suficiente? ¿Suficiente para qué? ¿Para ir al cielo? ¿Para no morir (metafórica o literalmente)? ¿Para ser feliz? Bueno, obviamente yo soy feliz, lo tengo todo, ¿o no?

...

Es diciembre, mes de excesiva libertad, por lo menos para David Duque y sus consortes, quienes se ponen cita para ir a estremecerse el sistema nervioso por vía de música, drogas, y sexo.

Se encontraron a las 11 pm al frente del club Smegma, y repartieron las píldoras placenteras entre los partidarios placenteros. Estaban Susana Suárez, Carla Conrado, Sara Solano, William Wagner, Roberto Renner, y David Duque. Cada persona ingurgitó su pastilla asignada y entraron al sitio, saludando cálidamente a Wilson, el bouncer.

Había poca gente, era temprano. Sin embargo, se vieron todos bailando impudicamente pasados 15 minutos de haber entrado. Se agitaron velozmente como dinosaurios huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra. Como delfines intentando cometer una violación inter-especies. Como espermatozoides. Como osamentas animadas por relámpagos.

Compraron tres botellas de whisky y orbitan alrededor de ellas.

Susana se acerca a David y le proporciona un beso en la mejilla. David repone instantáneamente con un beso en la boca y un apretón de cuerpos: con los brazos la trae cerca y bailan con el único objetivo de excitarse mutuamente. Esta noche mezcla un dj invitado de Europa y reproduce algunas pistas minimal. Normalmente a David y los otros les parece aburrido y medio incomprensible el minimal, pero el éxtasis lo hace ver todo color púrpura brillante con escarcha y perfume.

Ninguno de ellos piensa: *Si la vida fuera estable todo el tiempo, yo no bebería ni me gustaría la plata.*

No lo piensan, porque no es cool, pero lo sienten.

Roberto se ríe estrepitosamente, sin un ápice de consciencia de la propia ridiculez, y no sabe por qué se ríe, más allá de que está en un éxtasis absoluto de inducción química. Los demás lo alientan y se ríen con él, pero no con tanta intensidad. Poca gente en la historia de la humanidad ha reído con la intensidad emocional con la que reía Roberto Renner ese día en la fiesta. Empezó a llorar de la dicha. Sus brazos se agitaban alrededor de su cuerpo como los tentáculos de un pulpo electrocutado. En el momento de mayor elación sintió la carga de la felicidad como demasiada, y quiso transmitir su alegría a quien estuviera más cerca, en este caso el dj. Roberto se montó en la tarima de los tornamesas y le gritó al dj, gesticulando locamente:

—¡Soy un santo! ¡Soy un santo!— Lo proferido obedece a que estaba convencido de que su estado de arrobamiento, de inducción artificial, debía ser muy parecido a los éxtasis místicos de los santos, y, mejor aún de las santas, que seguramente —pensaba Roberto— debían sentirse penetradas por Dios.

El dj no le prestó atención, acostumbrado como está a las diferentes personalidades arquetípicas de la escena de la música electrónica, y siguió en su tarea de dirigir la intoxicación de los presentes.

No contento con que el dj no reconociera su divinidad-químicamente-inducida, Roberto decidió efectuar un milagro sobre la consola de mezcla, lanzando las manos con furia empírea sobre los tornamesas, causando lo que constituye probablemente el más grave desatino de una rumba: la cesación de la música. Inmediatamente se oyeron gritos de reproche y queja de la mayoría de los integrantes de la pista de baile, y a Roberto se le bajó el éxtasis santo, sin llegar al auto-reproche, pero se bajó de la tarima y condujo su cuerpo hiperactivo hasta donde flotaban sus amigos, entre ellos William, quien lo esperaba con ojitos incitadores.

—No me jodas William, tú sabes que yo no soy maric- eh, gay.

—Siempre dices eso, Robe. Bailemos hun.

—Mierda, que no, nojoda. Déjame quieto.

—lo que digas, Robe, yo espero a que soluciones tus complejos.

—Yeah, whatever, men. Ya vengo, voy a pegarme un pase en el baño.

...

David salió en su carro por la tarde y recoge a Susana en su casa. Al embarcarse en el carro Susana pregunta:

—Tienes weed?

—Sí—responde David—plenty of it.

Fuman con las ventanas arriba, haciendo un hotbox efectivo. Se meten una traba monumental. David siente que perritos diminutos le caminan por el pelo, y se lo alisa con las manos. Susana siente un hormigueo en la entrepierna y un vértigo agradable. No cruzan una sola palabra mientras fuman y manejan hasta un lote baldío, donde parquean el carro y comienzan un ritual apresurado y poco elaborado en el que se quitan la ropa cada uno sin tocar al otro, reclinan las sillas delanteras completamente y se abalanzan sobre sus cuerpos como bestias cerriles. Hoy David está un poco más atolondrado de lo normal, no sabe por qué, y no lo dice tampoco. Sin embargo, Susana siente, a través del vértigo del sexo sumado al de la baretta, que algo anda mal.

Se extravían entre la traba y el vaivén de caderas. Sus movimientos recuerdan alguna danza apotropaica extraviada en los vaivenes de la prehistoria. Respiran como ballenas que emergen por aire, impulsadas por el vaivén de sus colas, se miran a los ojos y disfrutan la común aquiescencia frente a sus decisiones vitales, la falta de juicios morales, la comprensión, hasta donde una persona puede entender a otra.

Sólo existe el adentro del carro y sus cuerpos. Afuera no hay nada, o mejor, no hay afuera. En medio de este desvarío o acierto ontológico David es acometido por impulsos desconocidos, piensa inmediatamente, pero no, los conoce muy bien. Sus movimientos pasan de lo sensual a lo brusco, y Susana no puede evitar hacer mención del horripilante mohín que asedia el rostro de él. David no repone nada e incrementa el ritmo de la penetración y la intensidad de los movimientos accesorios de las extremidades superiores y el rostro, empieza a gruñir, sus ojos parecen perder foco, se desorbitan, la mandíbula se bate como la de un animal con mal de rabia, Susana se asusta y lo obliga a extraer su sexo del de ella. Ante esto David la toma del pelo con furia inusitada y le muerde la teta derecha, duro. Ella libera un alarido que revela una combinación de dolor y estupefacción, y David retrocede como si hubiera escuchado un disparo.

—¡Jueputa! ¿Qué te pasa, David? ¡Me mordiste duro marica!

—Mierda, perdón, Suze, no sé qué me pasó, no sé...

Ninguno de los dos dice nada más. Se ponen la ropa sin mirarse el uno al otro y conducen hasta la casa de Susana. Todo el camino David lloriquea suavemente.

—Perdóname, Suze, no sé... no sé...

—¿Vas a Smegma mañana?

—Sí, está bien. Creo que me sirve una rumba para aliviar el estrés.

—Ya, no llores más. Chao.

—Chao—al decir esto, un moco es expelido de su nariz.

...

El 24 de diciembre David asiste a una cena familiar. Ahí habla con parientes que ve un par de veces al año, come bien y toma buen trago. A veces va al baño y se pega un pase de perico. Suave. Después del postre David se excusa cortésmente y se dirige al club Smegma, donde lo esperan Susana, Roberto, y algunas personas que no conoce muy bien.

Compraron tres botellas de whisky y orbitan alrededor de ellas.

Llega el Pupi y todos hacen sus compras. Varias pepas, perico, marihuana, un par de papelititos de LSD, y un tarro de popper.

David y Susana bailan con el único objetivo de excitarse mutuamente. Roberto baila con una chica llamada Karen que es del oriente de la ciudad. En un momento David se acerca y le dice a Roberto: a ti te gustan las Easterns, ¿ah? jajajaj. Roberto ríe y dice: no comment.

Cada tanto tiempo ingresan al baño y tiñen sus narinas de blanco. Las pepas explotan y la rumba sube de tono. Todos bailan como culebras con manos por cabezas, agarrándose, tocándose, celebrándose. El dj orchestra la fiesta y a su petición los asistentes gritan o vociferan partes de la canción.

WOOOO

Roberto se acerca a David y le dice:

—Cómeme a Susana.

—Susana te dijo que me dijeras eso?

David piensa: La cocaína es mejor que el sexo.

Susana piensa: Cómeme, maldita sea.

Roberto piensa: Quiero verga. No, mentira.

Karen piensa: qué buenmozo es Roberto.

Roberto piensa: Karen está buena, pero no sé.

Esa noche es de especial intensidad la juerga, por ser 25 de Diciembre. Hay mucha gente de fuera. Entre el maremágnum David vislumbró a Anita Aronsberg. ¿O era otra persona? ¿Un tipo con el pelo largo, quizá? ¿Otra pelada judía con pelo rubio? ¿No era nadie?

Media hora más tarde se cruzan y David dice algo medio inarticulado y Anita repuso algo con desidia.

Hace 2 horas David ingirió una pepa. Ahora se mete otra. También mucha cocaína. Se fuma un blunt él solo y se mete un popperazo y de repente se encuentra desorientado en la realidad consensual, pero con los ojos abiertos a otra realidad, acaso interna, subjetiva, o mística, quién sabe. El caso es que en un momento David ve a un payaso que le ofrece pitillos y cortésmente se rehúsa a recibirlos. El payaso no se ve maligno, pero uno nunca sabe, andar aceptando pitillos por ahí puede ser peligroso. Todos saben que primero te dan, luego te piden. ¿Qué tal que me pidan el culo? Yo super drogado quién sabe qué hago. Si le doy el culo drogado es como si me violaran. Es, de hecho, una violación. Y si lo agredo, quién sabe qué pueda pasar. Es un payaso con pitillos, después de todo. Quién sabe qué más puede ocultar bajo los infinitos dobleces de su atavío. ¡Dios mío!

De pronto David mira al dj y ve que la cara del tipo se transforma en un avión caricaturesco, con el fuselaje amarillo y las aspas azules. En un momento gira la hélice y hace un sonido como el que se esperaría que hiciera un avión en una serie de dibujos animados para niños. Fiiuuuuuuuuuu. David se encuentra embelesado ante el despliegue de la realidad alucinatoria, o tal vez está muy drogado para hacer otra cosa. ¿Hay diferencia?

...

David Duque se despierta a las 5:30 de la mañana para ir a surfear. Las mejores olas emergen de las aguas turbias a esa hora, además, no hay mucha gente, y los kooks emergen de la urbe sucia más tarde. De la urbe sucia al mar turbio. Todo es opaco en este terruño. David Duque no pensó eso último. No pensó mucho, en realidad. Sólo era capaz de adolecer de resaca y vagamente desear estar sobre una ola. Toma un zapato y le levanta la plantilla para descubrir una bolsita transparente que alberga un polvillo blanco. A través del atolondramiento (de la madrugada, de la resaca, del estado de las cosas, del cerebro, de una posible latencia homosexual, de una posible latencia psicótica, de una preocupación inexistente por los asuntos comunes de la vida, por una preocupación excesiva por los asuntos más banales, del impacto, el impacto, el impacto: ¿el impacto de qué? ¿De la sobredosis de Miguel Martínez? ¿De que Anita Aronsberg no me presta atención? ¿De no conocerme? ¿De ser joven y vertiginoso? ¿De ser rápido y furioso? ¿De qué?) David hace una línea del polvillo blanquecino sobre el lavamanos de mármol en su baño. Enrolla un billete de alta denominación y aspira haciendo un sonido parecido a un guarrido.

Listo pa la muerte y pa lo que sea hijueputa.



Coge su tabla, el leash, un taco de cera, su celular, algo de plata y se monta en su carro. La tabla va en el asiento del copiloto. El sol apenas asoma su crisma sobre el horizonte como un parto. Sangre etc. tiñe el cielo. Mientras maneja, David siente que se le escurre un moco líquido de la nariz. Con la mano derecha limpia su labio superior de la humedad percibida. La mano regresa al volante y por el rabillo David atisba un rastro sanguinolento en su mano derecha. No biggie.

...

*David cabalgando una ola, sobre su tabla-caballo como un cowboy tergiversado versado en asuntos de diversión de diversas índoles. Las drogas son como aparatos microscópicos que Dios nos regala para divertirnos. Matar a un cachorro está bien si lo disfrutas y nadie se entera. Penetrar el cadáver después y ni siquiera poder decírtelo a ti mismo está bien si nadie se entera. Vivir frustrado porque te gusta una mujer inalcanzable no importa mientras exista esperanza, aunque sea falsa. Ser despreciado por el creador está bien, mientras tú no te desprecies a ti mismo.*

Nadie pensó estas cosas. No son parte de este texto. No importan. Nada importa.

...

Yo le vendo drogas a los pelaos ricos de Bocagrande. Me dicen el Leo, pero ese no es mi nombre verdadero. Mis amigos del barrio me dicen Jeyson, pero ese tampoco es mi nombre. Yo vine de Medellín, donde estudié media carrera de Literatura, hace un lustro. Por eso nadie sabe mi verdadero nombre. Algunos me dicen Tyson, algunos Milton, algunos Jeyson, Leo, y otros nombres. Cuando escucho uno de esos nombres gritados en mi dirección en la calle, sé, de acuerdo a cómo me llaman, de qué grupo social son. Los niños ricos me dicen Leo: ellos son la mayor parte de mi clientela. Mis amigos cercanos me dicen Jeyson. La gente con la que trabajo me dice Tyson. Tengo muchos nombres, lo que creo que supone que ninguno es mío.

Yo maté a mi familia en Medellín. Soy un prófugo. Inventé una máquina del tiempo. Soy un astronauta. Soy un ratón atolondrado. Mi mercancía es la mejor de la ciudad. Yo le puse la sal al mar. Yo me comunico telepáticamente con alienígenas. Vivo en las alcantarillas. Vivo debajo de la ciudad sucia. Me gustan las mujeres sucias. Soy paisa. Vivo en Cartagena, pero no en la zona fastuosa. Soy el cocainómano más grande que conozco. Viajo por el tiempo, más que todo para el futuro. En el futuro todo está muerto. Nada existe. Yo no existo. Tú no existes. En el futuro no hay nada, todo está muerto.

...

Anita Aronsberg sedente en un café, con mirada consuetudinariamente altiva, pelo rubio, pubis un poco menos rubio, piernas largas, mirada de altivez azul, que traspasa a los ciudadanos pedestres, a casi todos los habitantes del orbe terrestre, pero nunca un espejo.

...

Roberto Renner despertó con el culo pegajoso. "¿Qué pasó anoche?" parece ser la pregunta más sensata, pero no es la que se hace Roberto. En cambio, se pregunta: ¿cuántas pepas me comí anoche? Mierda. Mira por la ventana: el centro de la ciudad. De pronto es consciente de las demás personas en el cuarto. Estoy en un hostel. Mierda. Sin embargo, tiene la vaga sensación de haberla pasado muy bien anoche. No se alcanza a preguntar quién lo penetra y se vino en su culo hasta que está en un taxi con dirección a su casa en Castillogrande. Mira su reloj: 10:12 am.

En su casa Roberto es recibido en la puerta por su madre quien le dice algo con pretensiones de regaño y Roberto la desoye sin sutileza. Pide a la empleada un desayuno sustancial y se dirige hacia su cuarto mientras es preparado el pábulo. Al dejarse caer sobre la cama decide que tiene un poco de náuseas y dolor de cabeza. Al fondo de un cajón encuentra una pipa y una bolsita con un moño de marihuana. Carga la pipa y fuma furtivamente en la ventana.

Cuando es llamado para desayunar, baja. Mientras desayuna vienen destellos de recuerdos a la mente. Bailando en Smegma con un extranjero. ¿Holandés? ¿Alemán? ¿Francés tal vez? Besos. Las luces vibrando en mi cabeza como un motor. La música deliciosa retumbando grotescamente. Las drogas, las drogas uuuuuffffff qué delicia de pepas. Qué buenas pepas. Aliento de hombre. Espalda ancha, no muy musculosa pero firme. Piernas entrelazadas. Manos. Ojos que traban unos frente a otros. Labios firmes, beso masculino.

La mamá de Roberto está sentada al otro lado de la mesa, acompañándolo mientras desayuna. Roberto piensa: si supiera lo que hago en las rumbas, se muere. el pensamiento le divierte. La verdad es que la homosexualidad de Roberto no es ningún secreto: todos en la microsociedad de la parte fastuosa de la ciudad están más que enterados.

Roberto intercambia una mirada con la mamá que dice más de lo que él quisiera. Sube a su cuarto, fuma más bareta furtivamente en su ventana y se acuesta en su cama mientras su mente divaga. Contempla su vida, y está satisfecho con ella. Va a las mejores fiestas, consume las mejores drogas, tiene

plata, estudia alguna vaina para hacer más plata, tiene amigos y amigas lindos y con plata, mi vida es perfecta.

...

29 de diciembre. David y Roberto van solos a Smegma, aburrido de las peladas, a quienes consideran vacías y acaso superfluas, excepto para algunas cosas. No compran éxtasis, sólo cocaína y weed. Tampoco Popper. Algo ha cambiado, pero no saben qué. Cada uno alberga la recóndita idea de estar perdiendo la cordura, pero esta idea está camuflada por la noción narcisista de que, de alguna manera, viven una vida más que legítima: viven en un paraíso tropical, con acceso a todo lo mejor de la vida terrestre. Sus inconscientes quieren hablar sobre lo que los preocupa. Después de todo, son grandes amigos, o por lo menos llegan al máximo nivel de amistad de que son capaces.

...

En mi moto voy zumbando como un buitre umbrío, por las calles de Cartagena como un buitre. Como una cigüeña que lleva felicidad en forma de sustancias ilícitas a sus clientes-amigos. Que son amigos míos sólo porque les vendo la diversión, pero qué importa. Soy un buitre, una cigüeña, un ave de rapiña, una silueta negra que recorre las avenidas en su moto lúcida entre el tráfico.

Cocaína, a toda hora, todos los días. Cocaína, siempre mía. La vendo, la recomiendo, la uso, la abuso, la vendo, la recomiendo. El mismo Freud la usó durante años, yo soy más genio que Freud, por eso la voy a consumir siempre. Bueno no sé si más genio, hablo con licencia poética, pero sí soy un cocainómano a morir. Es lo que me gusta. La vendo, la recomiendo. La uso, la abuso. En la mañana el café aguanta, pero más con una línea. El dibujo se hace con líneas, pero la línea más sabrosa es la de la coca. Con mi moto derrapo como un pez descamado, hago líneas sobre el asfalto, pero la línea más sabrosa es la de la coca. Como y bebo cuando toca, para la energía está la coca. Pero si no como me vuelvo débil, y yo tengo que ser intimidante, como un buitre umbrío que surca el pavimento con garras argénteas. La llave argénteas que traduce la bolsa en nariz la llevo siempre conmigo. Es la misma llave de mi casa, es la misma llave de mi cabeza. El polvillo blanco se traduce en energía vital, en energía cósmica para ser aprovechada por los osados. Y yo soy un osado de la mayor categoría de osadía posible. La vendo, la recomiendo.

...

*David cabalgando una ola, sobre su tabla-caballo como un cowboy tergiversado versado en asuntos de diversión de diversas índoles. Las drogas son como aparatos microscópicos que Dios nos regala para divertirnos. Matar a un cachorro está bien si lo disfrutas y nadie se entera. Penetrar el cadáver después y ni siquiera poder decírtelo a ti mismo está bien si nadie se entera. Vivir frustrado porque te gusta una mujer inalcanzable no importa mientras exista esperanza, aunque sea falsa. Ser despreciado por el creador está bien, mientras tú no te desprecies a ti mismo.*

David Duque recuerda la fiesta del 24/25 con entusiasmo. Nunca había alucinado de manera tan potente y piensa que realmente es asombroso lo que las drogas pueden hacer. Con sólo recordar esa noche se adentra en un ligero embeleso. La realidad es más compleja de lo que pensamos, piensa vagamente David. Si una alucinación puede parecer real, o incluso más real que la realidad prosaica, ¿qué más puede ser realidad alucinatoria? Esto último no lo piensa David, pero supongamos que lo intuye de manera pre verbal.

En ese momento vuelve a sentir el hueco en el pecho, como si el resto de su cuerpo pudiera ser succionado enteramente por ese orificio metafísico. Y recuerda al instante: mañana es la fiesta de año nuevo. Y esa sí que es tremenda. Más salvaje que la del 24. Yeah. Suena el celular. David mira la pantalla y ve que Roberto lo llama. No contesta. Sale en su carro a 'dar vueltas' por la parte fastuosa de la ciudad. Mientras maneja suena el celular. Mira la pantalla y ve que Susana Suárez lo llama. No contesta. Siente un malestar indefinido en el cuerpo producto de los intentos de sus amigos de comunicarse con él.

Llega a la playa al norte de la ciudad donde fumó marihuana por primera vez. Saca un bareto del bolsillo y lo prende con languidez. Lo fuma taciturno, mirando el horizonte con ojos vacíos. En un momento siente que alguien lo mira por detrás y voltea: el Leo.

- Habla viejo Leo. ¿Todo bien?
- Todo bien parcero. ¿Solo por acá otra vez?
- Solo no, men. Me acompaña un buen porro.
- Jajaja sisas parcero.
- jeje...
- Y qué, ¿necesitas algo pa mañana?
- ¿Qué tienes por ahí?

Leo le vende un surtido de drogas y se va. No te des muy duro broder, le dice a David, quien guarda el nuevo stash en su bolsillo, con la alegría de Winnie the Pooh cuando tiene miel. Apaga el bareto y se queda mirando el mar, que ha inspirado tantas poesías. Para David el mar es como la muerte: gigante e incognoscible.

Hoy algo resalta en el mar. A la distancia se vislumbra un puntico negro. David enfoca sus ojos en el puntico y trata de adivinar su forma. Parece que va saliendo algo del mar, lentamente. A David le vienen imágenes de monstruos marinos, sirenas, ovnis, etc. a la mente. El puntico crece y en un momento se ve una cabeza. El punto es una cabeza, David determina. Se acerca a la orilla, lentamente. Se ve un par de ojos, nariz, boca. Un cuello pálido como una nube. Sigue emergiendo con parsimonia de zombi, de hecho la persona que se empieza a formar sobre el mar parece un muerto caminante. Está ataviado de manera no muy diferente a como va vestido David; ropa de marcas reconocidas, medio surfer. David se encuentra anonadado: viene saliendo alguien del mar. Esto parece una película. Pero David no se puede mover, está bajo alguna suerte de hechizo o simplemente está demasiado asustado para moverse. Observa con impotencia a la figura mortecina emerger de la lágrima ingente que es el mar con paso cansino y una mirada severa en el rostro. A medida que se acerca más y más a la orilla David empieza a notar detalles: la piel es como de muerto, pálida y grisácea. Tiene los ojos hundidos en la cara y la mandíbula desencajada, y se parece a alguien... pero no puede ser... es ¡Miguel Martínez!

David decide que debe estar alucinando de nuevo y se voltea para alejarse de la aparición, pero al dar la vuelta se encuentra con el rostro cadavérico de Miguel Martínez a meros centímetros del suyo. Abre la boca para gritar pero no sale sonido. Intenta correr pero está paralizado. Entonces Miguel separa los labios y con voz terrosa produce la frase: Abre el ojo, corre que te coge el coco. En ese momento David siente que el mundo es una plataforma que intenta encontrar balance sobre una punta afilada, y casi cae a la arena. La visión desaparece y David sufrió un síncope.

...

David Duque vino en sí yacente decúbito dorsal, sin reconocerse completamente, y sin reconocer en lo absoluto el recinto paupérrimo dentro del que se encontraba. Estaba sobre una cama, parecía, pero no era nada como su cama: esta era dura e irregular, el colchón delgado y las sábanas ásperas. Pero estas cosas le importaron menos que la implicación acuciante: sin duda estaba secuestrado: lo habían sedado y secuestrado. Probablemente Leo (que es negro) conspiró con otras personas (probablemente negras) y lo secuestraron. Mierda. Entonces el temor se apoderó de él.

Al incorporarse y depositar los pies sobre el piso yermo tropezó una jarra metálica con agua que despidió un fragor pequeño pero significativo: ¿Se habrán alertado de que me desperté? Se pregunta David Duque. En respuesta a su pregunta, una figura umbría penetró la sábana que sirve como puerta del cuarto: era una señora añosa, seguramente la cabecilla de la organización, decidió David. La señora habló.

—Ajá mijo, ¿ya te sientes mejor?—

David Duque respondió, precavido—¿dónde estoy? ¿Qué quieren?

—Mijo, estás en La Boquilla. Mi sobrino te encontró desmayado en la playa, aquí cerquita. Toma agua, mijo.

David empezó a sospechar que quizá no había sido secuestrado, todo lo contrario, esta gente lo estaba ayudando. Pero, se preguntó, ¿por qué me ayudaron? David dijo—Bueno, señora, muchas gracias. Ya me siento mejor. Yo como que me voy.

—Bueno mijo. Ah, mira, encontramos estas cosas tiradas al lado tuyo: una pipa y una bolsita con marihuana. Si quieres comprar algo, mi sobrino te vende.

—Eh... bueno, llámalo para ver.

—¡José! ¡José Jacinto!

Entró a la habitación un hombre de edad cercana a la de David, fornido, con una cicatriz en la mejilla derecha y una expresión general de pasmo o indolencia. Habló—Habla. ¿Qué necesitas primo?

—¿Tienes perico?—inquirió David Duque.

—Claro, primo—Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa con lo que parecían por lo menos 10 gramos de perico. David sintió un picor en las narinas. Intercambiaron contextos, esto es, dinero por placer. A uno le interesa más el dinero, y al otro le interesa más el placer. David no esperó y con su llave argétea tradujo el polvillo blanquecino en descarga dopaminérgica. Se le pasó el malestar, la tristeza, qué hueco en el pecho ni que mierda, jajaja, Miguel Martínez es un mediohuevo. Dirigiéndose a la señora y a Jose Jacinto:

—Ey qué, ¿no quieren un pase?

La señora dijo—Nombre mijo, será pa que me de un patatús—y salió del cuarto. José Jacinto accedió gustosamente. Entonces se hicieron buenos amigos. David Duque no pensó que esta amistad fugaz estaba mediada absolutamente por la droga. Tampoco pensó que no importa, de todas formas toda amistad está mediada por el entorno, por el bagaje, por las emociones; todas cosas que son especiosas. El pensamiento no se corresponde con el mundo. Cualquier cosa que se pueda pensar es, fundamentalmente, una ficción.

Después de varios pases David sintió una grieta ínfima en las tapias de su mente. Primero no le prestó atención, pero no pudo desconocer que la grieta se hacía más y más larga, más y más profunda, como si algo se fuera a escapar de su mundo mental, o peor, como si fuera a entrar algo que no pertenece. Su rostro delató su incipiente malestar. José Jacinto se percató de la vaina y le dijo:

—Ey, primo, qué, ¿te pasaste de piña?

—Nombre, Jose, si nada más nos hemos metido como siete pases, a mi no me da sobredosis, eso le pasa a los mediohuevos.

—Erda, primo, pero te veo como preocupado, ¿todo bien?

Ante esto David Duque no respondió. Dirigió su atención hacia sus entrañas psíquicas, donde evidentemente estaba pasando algo. Entonces

sucedió lo impensable: Una voz resonó en la calavera de David Duque, diciendo:

—Madres, Madres, creo que he establecido una conexión.

David sintió como si se hiciera más pesado y más liviano a la vez. Tremendamente angustiado, huyó de la casa —dejando lo que había comprado tirado en el piso arenoso— como un dinosaurio huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra, como un espermatozoide en una solución nociva. Emergió del pueblo por la playa, y se encaminó hacia su carro, pero la voz persistió:

—¿Quién está al otro lado de esta comunicación? Responde por favor.

David pensó en su nombre involuntariamente. La voz respondió:

—David Duque; mi nombre es Priis. Conmigo está Madres. Somos habitantes del interior de la tierra. Amigo, necesitamos tu ayuda y, el simple hecho de que seas capaz de recibir esta transmisión nos indica que puedes ayudarnos.

David no le encontró gracia a lo que suponía ser una alucinación.

Pensó: ¿estoy oyendo voces? Mierda, me volví loco.

Decidió no esnifar más cocaína y al corto tiempo la voz desapareció.

Nada grave, decidió, culo de traba rara.

...

Unos días más tarde, David despertó temprano para ir a surfear. Sin embargo, lo acosaba una resaquilla molesta que sin duda actuaría en detrimento del disfrute del surf. Por suerte recordó que tenía una bolsita de periquito encaletada en algún lugar. Perfecto, pensó, desde el fiasco de la boquilla no me meto ni un pase, qué tal que escuche voces otra vez, bueno, un pase nada más, pal guayabo.

Después de algunos minutos de búsqueda encontró la bolsita. Una llave rauda extrajo una cantidad considerable del alcaloide y una narina roída recibió el polvillo, insuflando la substancia con un sonido parecido a un guarrido.

—Madres, Madres, creo que se ha restablecido la conexión. David Duque, sólo tú puedes ayudarnos, por favor, no tenemos mucho tiempo. Vamos a buscarte a la superficie, necesitamos tu ayuda.

David pensó, me estoy volviendo loco, de verdad. ¿O será que las voces son de unos seres subterráneos? No, eso es muy loco.

—No estás loco David Duque, necesitamos tu ayuda.

David lanzó lo que quedaba de perico por la ventana, y se lavó la cara, gesto que había visto repetido innumerables veces en películas, esperando que eso lo sacara de lo que fuera que estaba experimentando. La voz siguió con su perorata patética, pidiendo ayuda como un miserable, hasta que amainó la traba y la voz desapareció.

*David Duque la cabeza como un buque cargado de drogas y lleno de vacío. Hastío. No estoy ahito nunca; podría estar en el epicentro de la jungla y aún así formar una rumba. Drogas rojas verdes blancas rosa negra negra negra. Adelante mío un río atrás mío el vacío. Mi mente es un puente que se cae de repente. Rojas verdes blancas rosa negra. David Duque la cabeza como un buque a punto de encallar, como un buque con hélices pequeñitas avanzando a una velocidad inapreciable por un mar congelado, comiendo helado en su buque. Mi mente es un puente que se cae de repente. David Duque la cabeza como un buque cuyo única carga es un buque más pequeño, herrumbroso y desvencijado, porque así lo hicieron, es una escultura minuciosa que revela la condición de... de qué no sabemos, pero de algo, sin duda. ¿Es posible escapar al sentido?*

...

Se encontraron a las 11 pm al frente del club Smegma, y repartieron las píldoras placenteras entre los partidarios placenteros. Estaban Susana Suárez, Carla Conrado, Sara Solano, William Wagner, Roberto Renner, y David Duque. Cada persona ingurgitó su pastilla asignada y entraron al sitio, saludando cálidamente a Wilson, el bouncer.

Había poca gente, era temprano. Sin embargo, se vieron todos bailando impudicamente pasados 15 minutos de haber entrado. Se agitaron velozmente como dinosaurios huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra. Como delfines intentando cometer una violación inter-especies. Como espermatozoides. Como osamentas animadas por relámpagos.

Compraron tres botellas de whisky y orbitan alrededor de ellas.

David Duque estaba excepcionalmente trabado. Su pecho retumbaba con el bajo de la música, y sus ojos intentaban traspasar el dintel de sus nervios al abrirse más de lo posible. Bailaba erráticamente, como es sabroso. Sus pies rozaban apenas el piso mientras se deslizaba sin fricción aparente sobre una delgada capa de aire extático.

Pensó: ¿Hueco en el pecho? ¿Hoyo negro por donde el resto de mí va a ser succionado y transformado en nada? Jajajaa not tonight bitch. El destino es mi perra. Yo soy una especie de Dios sin poderes. Un dios mortal, con dominio absoluto de la realidad pero sin necesidad de utilizar su poder puesto que goza de confianza y autoestima absolutos.

Susana se aproximó a la zona de absolutismo ontológico de David Duque y descargó un ósculo sobre sus labios. Hubo como una electricidad, una cosa rara que sintió David, y pensó: ¡Yerda! Como una película. Como una película loca en la que pasan cosas raras. Descargó una carcajada



estentórea dentro de la boca de Susana, quien se sorprendió y, súbitamente, se interesó en otra cosa que pasaba al otro extremo de la discoteca. Se fue para allá.

Gozan todos de un alborozo sin precedentes, o así se siente. Como si nunca nadie en la historia de la humanidad hubiera experimentado algo siquiera remotamente parecido a la euforia desmedida que ellos sienten. Sobre todo David Duque, quien está especialmente satisfecho por el hecho de estar increíblemente drogado y aún así no estar alucinando posibles cadáveres o voces en su cráneo. ¿Esquizofrenia? Piensa alguien, pero no David Duque, quien sí piensa: ¡yo soy drogo, no loco!

Dos horas después, el efecto del éxtasis comienza a disminuir, y la fiesta, por lo menos para David Duque y sus consortes, baja considerablemente de tono. Convenientemente, en ese momento llega el Pupi y se siente un sutil regocijo colectivo en la discoteca. Roberto compra cocaína en cantidades exorbitantes, y David no vacila frente al alcaloide: toma una bolsa y se encamina hacia un rincón oscuro del VIP, donde esnifa con potencia inusitada, haciendo un sonido parecido a un guarrido.

El afecto se inflama, y David piensa: Yo soy una especie de Dios sin poderes. Un dios mortal, con dominio absoluto de la realidad pero sin necesidad de utilizar su poder puesto que goza de confianza y autoestima absolutos. Y ahí entró la voz de nuevo:

—Lo que sea que estás haciendo, no pares, David Duque.

—Parece que la cocaína hace aparecer las voces

—Sí, eso tiene sentido. Necesitamos que consumas cocaína todos los días; solo así podremos comunicarnos efectivamente, David Duque.

David dudó, ya no de su cordura, sino de la naturaleza de la realidad, y admitió la posibilidad de que en efecto, se estaba comunicando telepáticamente con seres no humanos. Y dijo, pensando:

—Ok. ¿Quiénes son y qué quieren?

—Somos Madres y Priis. Dos ciudadanos de Subterra, el mundo dentro de la tierra. Tal vez no sepas que el planeta que compartimos tú y nosotros es hueco por dentro, con un sol en el centro... La comunicación está haciéndose débil... Consume más droga, si quieres salvar tu mundo, David Duque.

Aspiró inmediatamente el polvo, preguntando—¿Cómo es que hablan español con un acento como alemán? la voz se hizo más fuerte, y dijo —No hablamos tu idioma, David Duque. De hecho, ni siquiera tenemos cuerdas vocales como ustedes. La comunicación se posibilita por un bioaparato que construimos, que traduce los pensamientos preverbales en palabras, pero solo funciona en ti, y sólo cuando estás consumiendo cocaína, parece. Muy bien, David Duque. Escucha con atención: Nuestra sociedad es regulada en todos los aspectos por BioCom, una unidad de computación biológica. A los ciudadanos no nos está permitido hacer nada relevante con nuestras vidas. Por mandato de BioCom, sólo podemos drogarnos y jugar telejuegos, que son

como videojuegos pero en vez de pantallas lo que ves y escuchas son alucinaciones muy complejas. Bien, Madres y yo nos enteramos, por medio de una especie de hackeo a BioCom —cosa que hacemos desde hace cientos de años— que está planeando expandir su reino de drogas, juegos y vida sin propósito a la superficie del planeta, David Duque. Nosotros no podemos hacer nada, puesto que BioCom responde a cualquier reto al status quo reconvirtiendo el material genético de quien perpetre cualquier acto de insurgencia, volviéndolos BioPol, el grupo de sujetos cuyo único propósito es salvaguardar el funcionamiento de BioCom.

David se olió otro pase rápidamente, para no perderse nada y, con un profundo sentido de propósito, dijo mentalmente—Bien, Priis, Madres. ¡Díganme qué tengo que hacer!

—Bueno, estamos programando todo para ir por ti a la superficie. Tienes que venir con nosotros a Subterra y te entrenaremos, para que desarrolles tus poderes y te enfrentes a BioCom. Solo tú puedes.

Roberto Renner se percató de que David estaba solo en una esquina del VIP, mirando la pared y aspirando perico a un ritmo vertiginoso. Se acercó a él y le dijo:

—Deivid, ¿todo bien?

David se sobresaltó y Roberto pensó que tenía cara de atolondrado o loco.

—Vámonos de aquí—dijo David con tono de comandante. Roberto lo siguió hasta el carro.

Arrancaron con gran velocidad: el carro se escurría entre el tráfico como un espermatozoide en una sustancia nociva, tratando de escapar. David manipulaba el volante con desenfado, tal vez demasiado.

—¡Mierda!—Gruñó David—Se me está acabando el perico.

—Qué te pasa, bro. ¿Estás pasado de piña?

—Robe, men, los ciudadanos de Subterra... eh, BioCom, que es una computadora biológica, quiere apoderarse de nuestro planeta, men. Sólo yo puedo parar a la computadora, pero tengo que consumir mucha cocaína, eso es lo que me da poderes, men. ¿Entiendes?—David tenía los ojos rojos y desorbitados. Roberto se preocupó. Iban cada vez más rápido.

*David Duque la cabeza como un buque.*

Roberto gritó —¡David, para, nos vamos a matar!

—¡Qué va!—repuso David—¡Vamos a comprar perico, tengo que salvar al mundo!

Pasaron un retén de la policía a 120 kilómetros por hora. Más adelante encontraron la vía cerrada por más policías.

—¡Para!—gritó Roberto, desesperado. David paró con gran renuencia.

Con pistolas desenfundadas, algunos uniformados se acercaron al vehículo con cautela, ordenándole a los tripulantes que desembarcaran

rápida­mente, con las manos en la cabeza. Roberto se mostró cooperativo: además de que no iba mane­jando, no traía ningún tipo de droga en sus bolsillos o genitales —las había dejado en la discoteca— aunque sí llevaba muchas sustancias ilícitas en su torrente sanguíneo.

David, en cambio, se mostró agresivo e intentó huir corriendo, pero fue prontamente detenido.

...

David fue puesto a la disposición de la fiscalía. Por suerte, su papá movió algunas influencias y, en vez de mandarlo a la cárcel, convinieron en que lo mejor sería una estancia de varios meses en un centro de rehabilitación. Roberto contó con más suerte y no tuvo que enfrentarse al cuerpo acéfalo de la ley, pero su situación familiar empeoró considerablemente; no es que le importara mucho despertar la ira o decepción de sus padres, pero éstos lo obligarían a realizarse pruebas de toxicología periódicamente y, de arrojar un resultado positivo, iría a acompañar a David en el centro de rehabilitación.

## Parte segunda: atisbos de divinidad

Bienvenido a la boca de la culebra,—bajó la mirada hacia el archivo que tenía en las manos, buscando el nombre—David Duque. Vas a ser ingurgitado, metabolizado y excretado por el aparato institucional, o la culebra, como le digo yo, y al final vas a ser una sustancia alquímica, refinada; vas a ser mejor persona. Yo soy el Dr. Drácola, psiquiatra y director de esta clínica.

David le miraba la cara, intentando descifrar aquel animal extraño. La albura de su bata era ensordecidora, y movía las manos con una velocidad inusitada cuando hablaba. El doctor seguía vociferando, pero David no lo escuchaba. Solo veía cómo agitaba las manos y parecía revolver el éter, transmitiendo mensajes atávicos. David se sorprendió de los pensamientos que tuvo: le gustó sonar perceptivo e inteligente. Entonces le preguntó—Si esta mierda es una culebra, ¿tú qué eres?

—Yo—repuso el doctor sin intentar esconder el orgullo—soy el encantador de la serpiente, un tipo, posiblemente indio, con una flauta que hipnotiza al animal con su tonada virtuosa.

—Pura mierda. Yo por principio no confío en nadie que vista de bata, mucho menos si es blanca.—antes de que terminara de hablar, el psiquiatra se paró violentamente y se quitó la bata, tirándola al otro lado del consultorio. David se mostró impasible ante el acto.

Paralelamente a la interacción escéptica ante el alienista, David Duque contemplaba su encuentro con Madres y Priis y, ahora que estaba sobrio, no estaba seguro de la veracidad de la historia que le habían contado las voces. Sin embargo, no confió en el psiquiatra, o en nadie, de hecho, lo suficiente para contarle que tenía voces en el coco. No obstante, David mantuvo su fachada de imperturbabilidad cínica frente al psiquiatra.

—¿Tú sabías que los delfines de hecho violan gente a cada rato?—interpeló el alienista con un tono que evidenciaba su aspecto retórico— Yo por eso nunca me he metido a nadar con delfines. Son unos depredadores sexuales. David no pudo preguntarse si el doctor quería insinuar algo con este tema de conversación, aparentemente inconexo, y recordó el episodio del cachorro que mató y se masturbó y eso.

—¿Tú has nadado con delfines, David?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, estoy preguntando por curiosidad—antes de que David repusiera con cualquier cosa rencorosa, el doctor prosiguió.

—Cuando yo tenía tu edad en este sitio había una campo de béisbol. Yo era el pitcher de mi equipo, las águilas ¡nadie me bateaba! Me tenían miedo. Y cuando cogía el bate me tenían miedo también. Yo pegaba unos pelotazos impresionantes, jonrón seguido, David. Mierda, una vez bateé un jonrón y la pelota fue a darle a un muchacho en la cabeza. Pobre muchacho,

tenía retraso mental. Lo llevaron al hospital y estuvo dos semanas en cuidados intensivos. ¡Cuando salió era un genio! Nadie se lo explica.

—Tú crees que yo soy imbécil, Drácola?—exclamó David con acritud— Ahora me vas a decir que el retrasado eras tú? Eso es un poco más plausible.—El doctor frunció el ceño ligeramente, pausando por un momento, y estalló en una carcajada exagerada. David frunció en ceño ligeramente, se paró de la silla y caminó hasta una estantería que cubría una pared completa, con libros, algunos medicamentos a la vista, y adornos con logotipos de farmacéuticas, y le habló al médico sin mirarlo—¿Estás drogas qué hacen, son ricas?

—Algunas.

—¿Me van a dar algo? Necesito trabarme con urgencia.

—Ah, por eso estás así de molesto. Tienes síndrome de abstinencia.

—¿Me vas a dar algo para trabarme o no?

El alienista se quedó unos segundos mirando por la ventana y tocándose la barbilla. David siguió su mirada y vio que afuera estaba soleado, con algunas nubes blancas; como la bata de este tipo, pensó David. Como la cocaína. Y recordó de nuevo las voces.

—¿Has escuchado voces, David?

Mierda, pensó David. ¿Será que me leyó la mente?—Voces? No, yo no estoy loco, solamente me gustan las drogas.

—Yo solo te pregunto—siguió el doctor—porque aquí en tu expediente dice que cuando te arrestaron estabas gritando algo de unas voces y de salvar al mundo.

—¿cuál de estás pastillas me traban, socio?—abrió una de las cajas de medicamentos.—¿éstas?—sacó una pastilla de la lámina metálica que las alberga y se la tragó.

—Deja esas pastillas quietas, David. No te tomes más.

—¿O éstas?—abrió otra caja e ingurgitó otro par de pastillas.

—David—dijo el alienista, sobándose la frente—deja esas pastillas quietas.—ahora con tono imperativo.

—¿Qué vas a hacer, maricón?—gritó David mientras abría otra caja.

Inmediatamente entraron dos enfermeros corpulentos, también de blanco, alertados por el grito, pensó rápidamente David, mientras se tragaba varias pastillas más. Los enfermeros se acercaron como dos criminales acercándose a una víctima, y David hizo fintas, con los puños llenos de píldoras. Algunas cayeron al piso.

—¡No se me acerquen hijueputa!

Los enfermeros lo sometieron aptamente, usando el peso de sus cuerpos para inmovilizar a David, quien aullaba como si se estuviera quemando, y un segundo después sintió un pinchazo en un brazo, y gritó más fuerte. Lo sostuvieron unos minutos más y David seguía intentando liberarse, descargando denuestos y preguntándose estos hijueputas qué me están haciendo.

...

Cuando recobró el conocimiento, David Duque percibió de inmediato que estaba atado en una camilla, en un cuarto con un televisor que transmitía un programa de juegos. Se agitó violentamente, intentando liberarse. Viendo la televisión parado estaba un tipo como de su misma edad que, cuando escuchó el traqueteo de los amarres en la camilla, volteó y dijo—¿Loco qué?, ya estás despierto. Seguro te dieron midazolam. Es sabroso pero no te acuerdas de una mierda de lo que pasó mientras estabas en esa traba.

—¿Tú quién eres socio? No me digas loco.—dijo David.

—Relajao loco, que aquí todos somos locos.—Se acercó a la camilla. Le pellizó el cachete a David.—Si no ¿por qué te encerraron, ah?

—Bueno, sí, lo que sea. Desamárame, men.

—Uy, si yo te desamarro, me amarran a mí.

David se sintió desesperado, y como si estuviera dentro de una nube que empieza a disiparse. La realidad tenía una cualidad casi onírica, como un viaje bien relajado, pero a la vez no estaba relajado, estaba al borde del llanto, sin mostrarlo.

—¿Qué te dijo el vampiro?—siguió el, hasta ahora, innominado paciente.

—Men, por favor, desamárame—dijo David en tono casi suplicante.

—Ese man es descendiente directo de Drácula. Si no abres el ojo te chupa la sangre. O la verga, porque también es marica. O la sangre de la verga.

—Te doy cien barras si me sueltas, men. Por favor.

—Pero no le digas que yo te dije esto, él no sabe que nosotros sabemos. Yo estoy planeando un escape, por un túnel que voy a cavar con unas jeringas bien gruesas. Va a tomar mucho tiempo; solo espero que me escape antes de que el Drácula me convierta también en vampiro. Cuando te conviertes en vampiro ya no te puedes trabar, culo de vaina hijueputa. Ah por cierto, yo me llamo Walter.

—Walter, por favor...

—Loco, mejor relájate porque si te ven así no te sueltan nunca.

Se abrió la puerta del cuarto y entró una bata habitada por el director de la clínica, acompañado de un enfermero.

Walter se acercó a David—Mírale los colmillos— susurró.

—¡Ah, David!—exclamó con tono afable el alienista—¿cómo te sientes, campeón?

Walter salió del cuarto, esquivando al médico y al enfermero como si fueran contagiosos, con la mirada gacha.

—Bueno, si ya te sientes mejor, podemos discutir si te desamarramos o no.—siguió Drácula.

—Sí, doctor, ya estoy más tranquilo. No voy a causar más problemas—repuso David—Ya me di cuenta de lo que pasa cuando uno no se comporta conforme a los parámetros establecidos dentro de la culebra.

Drácola mostró una sonrisa amplia, casi macabra. Con un movimiento del dedo le indicó algo al enfermero, quien se acercó a la camilla.

—¡No, por favor!—suplicó David—¡No me pongan otra inyección!

Sin decir nada, el enfermero liberó a David de sus amarres, bajo la mirada aquiescente del médico. Listo, pensó David, ya veo cómo son las cosas aquí: no hay tolerancia para la actitud desafiante. Me voy a comportar justo como quieren. Voy a ser un loco ejemplar.

...

Los culebreros, como David empezó a llamar al médico y a los enfermeros, le dieron unas instrucciones básicas de convivencia: no pelear, no fumar, tomarse siempre los medicamentos asignados a las horas asignadas, comerse las tres comidas a las horas asignadas, dormir a la hora asignada, despertarse a la hora asignada y, en general, sintetizó David Duque, ser un niño de nuevo, siguiendo reglas como un imbécil. No, a un niño le están permitidos algunos caprichos, esto es más como una prisión disfrazada con un ligero velo de terapia. Después de todo, siguió pensando David, yo vine acá en vez de ir a la cárcel.

David salió del cuarto, sintiendo un profundo alivio de estar menos constreñido que antes cuando estaba amarrado como un animal. Así es como te someten, pensó.

—¿Loco qué?—dijo Walter, saliendo de detrás de un arbusto.

David sintió sus pupilas ajustándose al cambio de luz. Para ser una clínica es de hecho, medianamente agradable, pensó. Había unos veinte cuartos, en dos filas de diez cada una, frente a frente. Walter le informó que en el presente momento sólo había 7 pacientes, ya los conocería.

David se fue caminando, dejando a Walter escondido del vampiro detrás de un arbusto. A un lado de las habitaciones, estaban el comedor, el consultorio de Drácola y los cuartos de los enfermeros. Hacia el otro lado, el lote era amplio: había una cancha de fútbol, una de volleyball, y una huerta. Todo era verde y abundaban árboles y arbustos, algunos con flores. Caminó hasta un extremo del lote, donde había una verja que rodeaba todo el lugar, parecía. Entre las rendijas de la verja, por dónde cabía una mano pequeña, se veía lo que parecía ser un colegio. Había un rumor de voces pueriles que confirmaban la hipótesis.

Era domingo, casi las dos de la tarde. Los domingos, se enteró David, no había actividades; era día de visitas. Pero él no tendría visitas por un mes, otra regla. En una mesa estaban varios pacientes jugando parkes. David se acercó, instado gestualmente por uno de los que jugaban; una chica muy

bonita, se dio cuenta al aproximarse. Tenía algunos tatuajes: en el brazo derecho tenía una araña saliendo de la piel, con letras ilegibles de alguna banda de death metal.

Todos esperaban las visitas, que eran de dos a cinco pm. Sin detener el juego, cada uno se presentó. Los que jugaban eran Cristina Cristof (la que lo invitó a la mesa), Felipe Funesti, un tipo de treintaypico de años con dreadlocks, Alejandro Alba, heroinómano confeso, y Paula Pristine, quién no paró de mencionar su (ridícula, pensó David) devoción a Dios y la virgen.

—¿Quieres jugar, David?—inquirió Cristina.

—Yo lo único que necesito—respondió secamente David—es algo de cocaína.

—No, brother, tú lo que necesitas es un porro. No te metas esos químicos, brother—dijo Felipe con tono de autosuficiencia.

—Déjalo que se meta lo que quiera—interrumpió Alejandro—si yo tuviera hache aquí me chuteo sin pensarlo media vez.

Una ola visible de ansiedad se apoderó de los jugadores y quedaron en silencio algunos segundos, hasta que Paula Pristine empaló el silencio:

—Pídanle a Dios y a la virgen que les quiten esos deseos, amigos. Recuerden dónde están...

David miró alrededor de la mesa y percibió una incomodidad general. Entonces siguió hablando:

—No, de verdad. No es como ustedes creen, que quiero drogarme. Necesito olerme unos pases para comprobar algo.

Cristina no le quitaba los ojos de encima a David, y preguntó, ávida de contacto—¿qué quieres comprobar?

—No puedo decirles. Pero puede ser importante. Lo más importante, de hecho.—repuso David.

—Ah, yo he visto mucha gente como tú, brother—dijo Felipe—se meten con las drogas pesadas y terminan locos. Tienes que fumarte un bareto y dejar esas ideas, brother.

Cristina seguía mirándolo, ahora con más lascivia, lo que incomodó un poco a David, puesto que la chica debía tener unos quince o dieciséis años. La chica dijo:

—Bueno, David. Yo de pronto te puedo ayudar...—

En ese momento se acercó un enfermero, uno de los apéndices de la culebra, pensó David, empezando a divertirse con la metáfora. El culebrero inquirió con un tono entre acusador y suspicaz:

—¿De qué están hablando, muchachos?

—Nada, brother, aquí charlando sobre la memoria de los elefantes—repuso con destreza Felipe—Tú sabes que son capaces de encontrar pozos de agua después de veinte años de haberlo visto por última vez? ¿Increíble no, brother?

Los demás pacientes emitieron un zumbido de aquiescencia. Cuando el enfermero se hubo ido, le explicaron a David que está prohibido hablar de drogas. En ese momento llegaron las primeras personas a visitar, y el grupo de



juegos se dispersó, dando espacio para que alguien se reuniera con algún familiar.

¿Será que lograré drogarme? Se preguntó David Duque.

...

Esa noche, después de la comida y antes de la hora de dormir, David se vio sentado en una mesa hablando dulces naderías con Cristina y Paula.

—Entonces—dijo David, desviando el curso de la conversación— cómo me puedes ayudar a conseguir la—bajó el volumen de la voz—cocaína, Cristina?

La chica empezó a hablar pero fue súbitamente interrumpida por Paula, quien dijo también en voz baja pero castigadora—No señora, Cristina. Tú no vas a dañarle el proceso a este joven. Ni el tuyo tampoco.—miró a David—ten cuidado con esta pelaíta, oíste? Ella es cosa seria.

David replicó—mira, señora, no sé qué te crees, pero por algo estás aquí. No te hagas la santa y la que es más que los otros. Igual eres una vil drogadicta, como el resto.

—Te equivocas gravemente—dijo Paula con mirada torva—yo no soy drogadicta.

—Ella es ninfómana—informó Cristina torpemente.

Ante esto David no supo qué decir. Paula no era atractiva, y a David le costaba trabajo creer que una persona que no es particularmente bella pueda disfrutar de una vida sexual rica, demasiado rica incluso, lo suficiente para ser considerada enferma. Pero esto, pensó, puedo utilizarlo a mi ventaja. Cristina se está enamorando de mí, pero claramente Paula ejerce control moral sobre Cristina. Y a Paula seguro que la puedo manipular con la promesa de sexo.

David se despidió de la mesa y se encaminó a su cuarto, tal vez pueda coger algo decente en la televisión para quedarme dormido. Sonó una campanita y salió una enfermera con un bandeja a repartir las píldoras a los pacientes. David se encontró al lado de alguien que no había visto antes: un tipo de pelo enmarañado y gafas, con la columna encorvada y la cabeza sepultada en un libro. Ambos tomaron sus pastillas, lo que supuso para el lector la interrupción de su inmersión en el texto. David lo miró, tratando de descifrarlo. El lector dijo:

—¿Intentas descifrarlo? Te ahorro la molestia. Mi nombre es Juan Jattin y lo más próximo que tu tenue mente puede llegar en términos de comprensión de la mía es la aseveración de que estoy loco.—Devolvió la mirada al libro. Era un tomo grueso.

—Juan—siguió David, desoyendo lo que acababa de decir el lector— ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Juan respondió, sin levantar la mirada—Pareces un hombre con un propósito, como cualquier héroe digno. Dime, ¿cuál es tu propósito?

David se sintió desnudo y se preguntó si este tipo le estaba leyendo la mente, y tal vez por eso confesó:

—Es posible que el mundo esté en peligro y yo sea el único que puede salvarlo—Juan alzó la mirada. David siguió— Me vas a decir que estoy loco, verdad?

—El universo es un conjunto de ficciones, de historias, ¿me sigues? Pero yo estoy por fuera del universo, en este sentido: no protagonizo ninguna historia en específico, pero las veo todas. Seguramente encontrarás obstáculos antes de, como tú dices, salvar al mundo. No tengo que decirte que no te rindas, está en tu naturaleza nunca hacerlo. ¿Me sigues?

—ok, men. Lo que tú digas. La cosa es que para saber si es verdad lo de ser el salvador del mundo necesito drogarme con cocaína, entre más pura mejor. No sé por qué te digo esto, la verdad. No le digas a nadie, por favor; no quiero que piensen que estoy loco.

—Preocuparse, por cualquier cosa, es absurdo—siguió hablando Juan Jattin en lo que venía siendo más un soliloquio que una conversación—puesto que todo lo que pasa, todas nuestras acciones y todo lo que decimos y pensamos está escrito en el gran texto del destino.

David vaciló en su juicio de Juan. Es, pensó, o un loco o un genio místico. O tal vez una combinación de ambas. ¿Hay diferencia?

David se despidió cortésmente de Juan, quien parecía estar adyacente a la realidad común, reflexionó, con un pie aquí y otro... en otro lado, por fuera del texto del destino, para parafrasearlo. Ingresó a su cuarto y descubrió que en la televisión pasaban una telenovela estúpida y amartelada, y puesto que sólo permitían canales nacionales, no había muchas opciones. El producto audiovisual adocenado fue suficiente, por lo menos, para hipnotizarlo levemente —¿o fueron las pastillas?—hasta que David Duque sucumbió ante el sueño y pasó su primera noche en una clínica de rehabilitación.

...

Sonaba un fragor extraordinario, como una ametralladora láser. Al levantar la cabeza y abrir los ojos, David localizó el origen del estruendo: la alarma de un reloj despertador. Con extrema renuencia, se paró de la cama y apagó con delicadeza el despertador. Cuando se iba a acostar de nuevo, entre el resquicio de la puerta asomó la cabeza una enfermera de aspecto afable; pero no te dejes engañar, se dijo David, debe ser tan malparida como cualquier otro culebrero. La enfermera habló:

—David, aquí están tus medicamentos—le entregó dos copitas, una con algunas pastillas y otra con agua. Después de que David se tragó las pastillas, la culebrera insistió en que David abriera la boca y moviera la lengua, para mostrarle que no se había quedado con el medicamento.

—Ahora a bañarte; el desayuno es en diez minutos, y se sirve durante diez minutos. Si llegas después, no desayunas.—siguió la enfermera, con tono edulcorado.

David se bañó con rapidez y desidia, deseando estar despertando para ir a surfear y de pronto un pascito.

En el comedor ya estaban todos los demás pacientes desayunando cuando David llegó. Walter le hizo señas furtivas para que se sentara a su lado. Como más nadie se percató de su entrada, David cogió su desayuno y se sentó a su lado.

Walter le pasó algo por debajo de la mesa. Tras recibirlo en su mano, David lo miró con sigilo. Era un polvillo blanco.

### *David Duque la cabeza como un buque*

Su mirada alternó varias veces entre la comida y la cocaína. ¿Comida o cocaína? Dejó caer un tenedor y se agachó bajo la mesa para recogerlo. Con sagacidad experta esnifó una cantidad considerable de un solo tajo, emitiendo un sonido parecido a un guarrido, pero controlado. Reaccionó con un espasmo y su cabeza chocó contra la mesa. ¿Eso qué mierda era? Ciertamente cocaína no. Empezó a toser y se agarró la garganta. Era imposible ocultar el terrible escozor que sentía en sus vías aéreas. Un enfermero y una enfermera se acercaron raudos a David, quien ya estaba en el piso, tosiendo y agitándose espasmódicamente. Walter miraba la escena horrorizado, y tras limpiarse inconspicuamente los residuos de polvo blanco en una servilleta se fue a otra mesa a terminar de desayunar.

Los culebreros alzaron a David mientras reconfortaban a los demás pacientes:

—No se preocupen, todo está bien.

Lo llevaron hasta su cuarto y le dieron agua.

—Vimos lo que hiciste—dijo la enfermera.

—Nosotros lo vemos todo—informó el enfermero.

Entre tosidos y sonidos como de animal David preguntó, angustiado—¿Qué mierda me olió?—

—Raspaduras de pared. Walter raspa las paredes, para “escaparse del vampiro”—dijo la mujer.

Estuvieron un rato más ayudando a David y recordándole las reglas de la culebra. Entonces llegó el encantador de la serpiente.

—Ah, David, mi paciente favorito—vociferó el Doctor Drácula al entrar al cuarto, disparando proyectiles del pan que masticaba—Veo que te estás acomodando bien. Sabes que los cangrejos ermitaños, cuando ya están muy grandes para su caparazón, se hinchan de agua y rompen el viejo? En vez de salirse y dejárselo a un cangrejo más pequeño, que sin duda le serviría. ¿No estás de acuerdo?

—Sí men, estoy de acuerdo—respondió David Duque de manera que le resultó sorprendentemente perfunctoria.

—Entonces, David—prosiguió el alienista, mirando por la ventana—quieres que te amarremos para que aprendas a ser un buen cangrejo?

Ahí David Duque vaciló: si suplicaba la evasión del castigo, podría ser tomado como signo irrefutable de la necesidad del mismo; si asentía, en cambio, podría sonar retador, y ya sabía lo que le conseguía la rebeldía en la culebra. David se quedó callado un tiempo y luego dijo:

—Tal vez cuando el cangrejo ermitaño supera su albergue antiguo, prefiere romperlo a ver a otro pobre idiota vivir de la misma manera, no por egoísmo, sino por compasión, pero una compasión incomprensible para el cangrejo nuevo, puesto que el cangrejo viejo tiene la firme creencia de que un caparazón que ha sido habitado retiene una parte de quien lo habitó, y el nuevo huésped sería partícipe de la miseria inherente a vivir en un caparazón. Puede ser que el cangrejo viejo le desee la muerte al nuevo, porque cree que es mejor estar muerto que vivir atrapado.

—La culebra te cagará con delicia.—dijo Drácola mirando fijamente a David, quien desvió la mirada, tal vez por actuar sumiso, o porque la idea de ser procesado por el aparato institucional lo llenaba de pavor, como si fuera a parar de ser él mismo.

...

A Juan Jattin lo excusaban de trabajar en la huerta. —Ese man no está metido en este cuento—le dijo Alejandro Alba a David mientras removían tierra con un azadón en la huerta.

David inquirió vagamente—¿en qué cuento está metido?

—Cristina se la pasa hablando de ti, socio.—masculló Alejandro no sin un tinte de rencor.

Esto confirma mi intuición, caviló David. Esa niña se siente irresistiblemente atraída por mí. Sólo tengo que pensar cómo aprovechar eso. —Ok—repuso David con distancia.

—¿Tú que quieres de ella?—insistió Alejandro, el heroinómano.

—¿Y a ti—dijo David mirándolo solemnemente—por qué te interesa tanto lo que yo quiera con ella?—Esto puede ser un obstáculo, pensó David. Este tipo tiene un asunto malsano con esa pelada.

Alejandro bajó la voz, sin duda para que pasara desapercibido ante los culebreros lo que estaba a punto de decir.—Mira malparido. No te metas con ella hijueputa. Si te veo hablándole o cualquier cosa que no me guste te abro la cabeza. ¿Entiendes malparido?

David Duque respondió, impávido—Te prometería que yo también te voy a abrir la cabeza, pero tengo la certeza de que no encontraré nada ahí, maldito idiota.

Alejandro alzó su azadón y emitió un grito primitivo. David tuvo tiempo de bloquear el golpe con su propio azadón, y hubo un choque de

metales. David aprovechó la pausa involuntaria que le causó el bloqueo a Alejandro y lanzó otra zarpada metálica, que fue bloqueada hábilmente por Alejandro. Al fondo el sol remataba sus siluetas negras, en movimiento violento. Un zarpazo rozó a David en el brazo derecho, lo que causó que algo de sangre manara y salpicara el terreno pingüe. Se escucharon gritos de los demás pacientes. Los enfermeros también gritaron, ordenando que cesara la confrontación. Los azadones de los dos contrincantes cortaban el aire con sevicia.

Durante una fracción de segundo los combatientes pararon para recalibrar sus posiciones, y fue entonces cuando los culebreros entraron e interrumpieron la escaramuza. David se dio cuenta entonces de que los demás pacientes miraban entre entusiasmados y horrorizados el encuentro. Cristina miraba a David preocupada. Él le sonrió para hacerle saber que todo estaba bien, y Cristina le devolvió la sonrisa, lo que no escapó a la atención de Alejandro, quien se encolerizó aún más, y gritó denuestos desorientados mientras se lo llevaban.

David fue llevado a su habitación y amarrado inmediatamente, a pesar de sus intentos por explicar que él no había comenzado la pelea. Reconoció el pinchazo del sedante, y tuvo por lo menos la tranquilidad de que no tendría que soportar sobrio los estragos a la dignidad y el orgullo que brindan las ataduras.

Cuando su consciencia flaqueaba, David vio que entraron Walter y Juan a su cuarto. Walter se aproximó con cautela y examinó el cuello del afectado.

—Bien, muy bien. No lo ha mordido.—dijo Walter mirando a Juan.

—Tienes suerte—anunció Juan—de que le caes bien.

David no dijo nada. Walter miró a David y lo persignó mientras decía—espero que esto te proteja del vampiro mientras duermes.

—Ah, un obstáculo temporal y aparente—comentó Juan—Nada de qué preocuparse. Pronto seguirás tu camino, David Duque.

Ambos pacientes salieron del cuarto. David vio que Juan llevaba un libro en la mano, con signos ilegibles.

David se encontró prontamente en una dulce duermevela que fue interrumpida por la intrusión inopinada de alguien en el cuarto.

—David, mi paciente favorito— dijo la voz que indudablemente pertenecía al doctor Drácula—Ah, ha sucumbido al sedante como una bestia cerril.

David no abrió los ojos para no tener que soportar otra perorata del médico. Sin embargo la voz continuó—Bueno, entonces puedo cerrar la puerta con llave y liberarme un rato de este cuerpo tan limitado.

Entonces se escuchó una especie de siseo prolongado, como cuando sale aire de un neumático. Olía a fresas. David no pudo evitar entreabrir un

ojo para espiar lo que pasaba. El siseo era, en efecto, un gas rojo saliendo de todos los orificios del cuerpo del alienista, el cual se desinflaba, hasta que quedó tendido en el piso, un cúmulo de piel exangüe y telas. David no pudo evitar sobresaltarse lo poco que le permitía hacerlo el sedante que corría por sus venas. El gas se organizó frente a David en una nube más o menos uniforme y entonces habló.

—David.—el sonido era como de varias voces hablando al unísono, en diferentes registros, formando una unidad múltiple.— No esperaba que estuvieras despierto aún. Pero no importa. Es evidente que estás muy sedado. Es muy poco probable que recuerdes esto. De hecho, lo que estás viendo es tan disímil a tu mundo habitual que tu cerebro no logrará integrarlo a la narrativa de tu vida, y lo relegará al terreno del sueño o la alucinación, o incluso a la simple inexistencia. Sin embargo, si llegases a acordarte de esto, tendría que tomar medidas radicales.

David se estremecía internamente frente al puro terror y desconcierto que le producía lo que veía. Parecía imposible: el psiquiatra, pensó, es de hecho un gas rojo, inteligente, que huele a fresas y habita una piel de humano. Tal vez sí esté soñando. Mierda, espero estar soñando. ¿Esta cosa podría meterse por mis orificios y matarme? David se deslizó horrorizado al sueño profundo.

...

Antes de despertar David ya sabía que era la mitad de la noche, y que lo acompañaba un viejo amigo: un hueco en el pecho por donde parece que fuera a ser succionado todo su ser, un hoyo negro inclemente. Abrió los ojos. Ya no estaba amarrado. Miró el reloj despertador: 11:42 pm. Aún medio sedado, se levantó de la cama y fue al baño; orinó largamente, y luego decidió irracionalmente salir a comer algo. Abrió la puerta del cuarto y salió caminando, descalzo, con la confianza que brinda el atolondramiento del sedante.

Afuera fue recibido oportunamente por la enfermera de voz afable, quien le hizo saber que a esa hora no podía salir de su cuarto; debía estar dormido.

—Tengo hambre. Y además he dormido como 10 horas.—dijo David, escurriendo las palabras.

—Si no puedes dormir—indicó la enfermera dulcemente—te daremos algo que te ayude a conciliar el sueño.

En ese momento, los rescoldos del sedante se levantaron un poco, brindándole a David Duque un poco de lucidez. El hambre se intensificó, así como su nivel de energía. Definitivamente no quería dormir más y, extrañamente, rehuía ante la promesa de drogarse, por lo menos de ese sedante maldito.

Entonces recordó de un golpe el episodio con el doctor Drácula y el gas rojo con olor a fresas. Sintió un profundo terror apoderarse de él. ¿Será

verdadero este recuerdo? Se preguntó. Es posible que haya sido un sueño, o una alucinación causada por el medicamento, o simplemente es un recuerdo fabricado, falso. Miró a la enfermera: ¿ella también es un gas? ¿Todos los humanos son en realidad pieles animadas por gases? ¿Yo soy un gas?

David decidió actuar como si nada hubiera ocurrido. Por un lado, no estaba seguro de haber visto lo que vio. Por otro lado, el médico había dicho claramente “si llegases a acordarte de esto, tendría que tomar medidas radicales.” ¿Qué serían esas medidas radicales? Debo cambiar mi estrategia, pensó. Voy a ser un paciente ejemplar. No más retos al status quo, no más comportamiento por fuera de las regulaciones. Pero tal vez un cambio en mi comportamiento tan drástico sería sospechoso. Tendré que cambiar como se esperaría que cambiara un paciente, poco a poco. Parece que estaré aquí un rato. O podría escaparme. Pero eso también implica un riesgo enorme. ¿A dónde iría? No puedo ir a mi casa; me devolverían ipso facto. Sí, creo que la mejor opción es acatar las normas, mientras consigo la cocaína para comprobar si las voces son reales.

—Está bien. Dame algo para dormir.—le dijo David a la enfermera.

—espera en tu cuarto—indicó la culebrera. David acató cabalmente el mandato. Pasado un minuto la enfermera entró con dos vasitos. David ingurgitó las pastillas y se acostó, asediado aún por las incertidumbres horripilantes que lo rodeaban.

...

La mañana siguiente David se despertó de repente, como si hubiera estado soñando algo terrible, pero no lograba recordar qué. Pocos segundos después sonó la alarma, que ya no era tan alarmante, por lo menos no tanto como las incertidumbres horripilantes. Con una desazón recorriéndole las venas, arterias y capilares, y sobre todo en el estómago, se bañó rápidamente, se vistió y se fue a desayunar a la hora estipulada.

Apenas entró al comedor, su mirada se encontró con la de Cristina, quien lo miraba con compasión. David pensó algo sexual en relación a esta yonki metalera, pero fue pasajero. Su preocupación central es... bueno, no sé, pensó. Tengo que evitar las consecuencias del gas rojo haciéndole creer que no recuerdo haberlo visto, si es que en realidad lo vi, y tengo que conseguir cocaína para resolver el misterio de Subterra, de Madres y Priis, y además tengo que navegar los imprevistos, como la pelea con azadones que sostuve con Alejandro.

Entonces se percató de que su contrincante de la huerta no estaba presente en el comedor. Se sentó en una mesa con Cristina y Felipe.

—¿Dónde está Alejandro?—preguntó David.

—Nadie sabe. Se lo llevaron.—respondió Felipe.

—¿Se lo llevaron para dónde?—insistió David, bajando la voz.

En ese momento se acercó la culebrera de voz afable y se quedó parada al lado de la mesa, mirando a los pacientes sin hablar.

—Brother, créeme lo que te digo, los escarabajos rinocerontes son los insectos más fuertes; pueden levantar una carga 850 veces su propio peso. No me discutas más, que claramente no dominas el tema, bro.—dijo Felipe con absoluta naturalidad. Cristina siguió:

—Sí, está bien. Pero eso es fortaleza relativa a su propio peso. Si hablamos de fuerza absoluta generada por el cuerpo del animal, el elefante africano evidentemente supera a cualquier otro animal terrestre. Y ni hablemos de la ballena azul. ¿No estás de acuerdo David?

—Estoy de acuerdo contigo Cristina—respondió David— me parece obvio que la ballena azul genera más fuerza absoluta que cualquier otro animal, sólo por el hecho de nadar a la velocidad que lo hace, que es como a 50 km/h.

—Señores ...y señorita—interrumpió la enfermera, mirando por la ventana, luego a los pacientes—si se están preguntando por la suerte de Alejandro, deben saber que, debido a su fuerte agitación nerviosa, fue retirado de esta clínica y hospitalizado en otro lugar, donde recibirá el tratamiento que necesita.

David se imaginó todo tipo de situaciones bárbaras de sometimiento, manipulación y muerte. Felipe preguntó, con tono de inocencia:

—¿Y qué tratamiento está recibiendo?

—El que necesita—respondió la enfermera, esta vez con la afabilidad vocal menguada.

Terminaron de desayunar y se dirigieron a la huerta.

...

Al lado de David, Walter arremetía contra la tierra con su azadón, y dijo:

—Pobre Alejandro. Drácula lo mordió. Ahora se convertirá en vampiro y no se podrá trabar más nunca. Le va a tocar ser psiquiatra.

—¿A dónde se lo llevaron?—lo interpeló David con voz precavida. Su juicio inicial sobre Walter, que era un pobre loco sin remedio, ya no parecía completamente acertado. Incluso los locos pueden tener razón en algunas cosas, pensó.

—Se lo llevaron a las catacumbas. Ahora se le va a salir el alma por la boca como una brisa. Ssssss...—

Una corriente fría le recorrió el espinazo a David. Estaría Walter haciendo alusión al gas rojo sin saberlo muy bien? Tal vez lo había visto. David le preguntó:

—Walter, ¿de qué color es el alma?

—Roja, el alma de Drácula es roja, loco.

Justo al terminar de enunciar la palabra se acercó un culebrero y le dijo a David:

—Deja el azadón. El doctor quiere verte.— David se sintió horrorizado. Mientras caminaba hacia el consultorio iba pensando ¿Walter



habrá visto lo mismo que yo? Tal vez sólo sea lenguaje desordenado de loco, pura coincidencia que tenga que ver con mi experiencia. O tal vez Walter fue sometido a las “medidas radicales” y por eso quedó como está, un lunático absoluto. Quizá todo esto sólo quiere decir que yo me estoy volviendo loco como Walter. ¿Cómo saber cuál es la verdad?

—David, mi paciente favorito—lo recibió cálidamente el alienista en su consultorio.

—Doctor, quiero pedirle disculpas por lo que pasó ayer en la huerta. Desde luego, yo no empecé la pelea, pero sí participé, cuando pude haber huido. Lo que quiero decir es que estoy comprometido con el proceso y no se repetirán ese tipo de incidentes si yo puedo evitarlo.—¿demasiado? Dudó David.

—¿Sabes una cosa David? Yo antes de estudiar medicina hice varios semestres de veterinaria.—

No me sorprende, pensó David.

—A mí me gustan mucho los animales—siguió el doctor—cuando era niño yo vivía en una finca, mi papá era finquero, y yo me la pasaba entre los animales. Me gustaba el desenfado del cerdo, el carisma del caballo, la rumiadura de la vaca.—

David examinaba cada gesto, cada palabra del alienista, en busca de evidencia que confirmara o negara rotundamente la tesis del gas inteligente, mientras asentía frente a cada cosa que decía, con temor interno.

—¿Qué animal te gusta a ti, David? ¿Te gustan los perros? ¿Los cachorritos?

—No—repuso David con voz temblorosa—no me gustan los animales.

—Eso es un mal indicio, David. Las almas bondadosas aman a los animales. ¿Seguro que no te gustan?

—Bueno, sí, me gustan los cachorritos—las palabras salieron de su boca como proyectiles, sin obedecer a la volición del emisor.

—¿Qué te gusta de ellos?

David desvió la mirada. Los nervios se apoderaron de sus manos, que se retorcían con tics e inicios de ademanes. Se sintió desprotegido, como ese cachorro se debió haber sentido tras el primer golpe lítico.

El médico debió detectar que había topado con un tema álgido, porque insistió:

—¿Qué te gusta de los cachorros? ¿Su inocencia? ¿Su olor? ¿Su espíritu juguetón?

—Todo, doctor—las palabras salieron expelidas violentamente—pero me gustan más los pulpos—dijo intentando desviar la conversación.

—¿Cómo es tu vida sexual?

—Los pulpos son inteligentes, para ser invertebrados, y cambian de color. A mí me gustaría poder cambiar de color, de forma.

—Cuéntame cómo son tus alucinaciones.

David vaciló. Si es un gas, no puedo decirle que lo vi, pensó. Pero de pronto sí estoy alucinando cosas y él me puede ayudar. Después de todo, estoy en una clínica psiquiátrica.

—¿Qué cosas raras has visto o escuchado?—dijo el alienista, empecinado.

—Nada. Yo no estoy loco.—dijo David con un ligero titubeo.

—Bueno, cuéntame qué es lo que te gusta tanto de los cachorros.

—Nada, yo...

—¿Tienes perros en tu casa?

—No, no.

—¿A qué edad tuviste tu primera experiencia sexual?

—A los dieciséis. No sé esto qué tiene que ver, ¿me puedo ir?—dijo David iniciando el movimiento para pararse.

—Siéntate—ordenó el doctor—Dime qué estás pensando.

David nunca se había sentido tan vulnerable. Miró profundamente los ojos del psiquiatra y detectó un atisbo de compasión. Tal vez fue por eso, o por el simple desespero. La verdad es que el psiquiatra lo tenía acorralado con sus preguntas. Entonces David habló:

—Las últimas veces que metí perico fui contactado por entidades del centro de la tierra, que es hueca—Las palabras se le escurrieron de la boca como balas lubricadas—Me necesitan para parar una invasión, y yo soy el único que puede hacerlo. También vi que de tu cuerpo salía un gas rojo con olor a fresas que me habló.

—¿Qué te dijo el gas?—el doctor tenía una expresión neutra en el rostro, lo cual sorprendió agradablemente a David: se sintió comprendido.

—Me dijo que si me acordaba de haberlo visto, tomaría medidas radicales contra mí. No sé qué me está pasando...—David empezó a sollozar, intentando contenerse.

—Bueno. Te voy a subir la dosis de antipsicóticos, y con eso te vas a sentir mejor. Las alucinaciones deberían desaparecer prontamente.

—Pero ¿qué significan las alucinaciones?

—Las primeras son una reacción a una inferioridad percibida.

Piénsalo, ¿Sólo tú puedes salvar al mundo? ¡Debes ser muy importante! Y lo del gas es una elaboración psicótica de una profunda desconfianza que sientes hacia mí y, hacia, como tú mismo me dijiste, las personas en batas.

En ese momento, David sostuvo en su cabeza una narrativa coherente por primera vez en semanas. Así que sí estoy loco, pensó. Mi mente es un potro indómito que requiere ser domesticado con urgencia. Bueno, voy a ser un paciente ejemplar. Espero que haya tomado la decisión correcta cuando confesé mis alucinaciones. Si el doctor de verdad es un gas rojo, podría tomar las medidas radicales ahora. O tal vez ya estoy adentrado en el terreno de las medidas radicales.

...

*David Duque la cabeza como un buque*

Los siguientes días fueron nebulosos y opacos. David hizo todo según las reglas: se despertaba a la hora requerida, se bañaba, desayunaba, trabajaba en la huerta o se distraía en actividades inanes, como parques o conversaciones superficiales con los demás pacientes.

—Un héroe sin propósito—le dijo Juan Jattin a David una tarde, sin mirarlo, sentándose a su lado frente a las habitaciones—No hay cosa más triste en todo el texto del destino.

—Tú también estás loco, men—dijo David y Juan lo miró y respondió:

—Pero yo no soy el héroe. Tú eres el héroe.

—Cada uno es el héroe de su propia historia, ¿no?

—¿Y esta historia de quién es?

—Hablas como si estuviéramos en una película, men. Deja la locura—David empezó a agitar las manos, enfatizando lo que decía—Esto es la vida real, nosotros somos adictos con problemas reales, yo no soy un maldito héroe.

—Necesitas un propósito, ¿me sigues?—dijo Juan regresando la mirada al libro que traía entre manos—necesitas un propósito—repitió parándose y yéndose.

David se quedó pensando en lo que le dijo Juan. Evidentemente este man está pensando cosas que no son, pensó. Pero no podía evitar recordar el esbozo de plan que tenía para conseguir cocaína. Ya no había tenido más alucinaciones. Un pasesito para pasar el rato no estaría nada mal, y en el fondo de su mente consciente, todavía quería probar la hipótesis de las voces, de Madres y Priis, por muy loco que fuera. Eso sí, ya no comunicaría a más nadie sus delirios. Ahora sí, estoy solo en esto.

...

—Entonces, ¿me puedes ayudar?

—¿Y yo qué saco de ayudarte?

David le asestó un beso certero a Cristina en la boca.

—Eso está bien para empezar—dijo Cristina—Bueno, y nos trabajamos juntos cuando consiga la droga. Pero tenemos que tener mucho cuidado. Si nos cogen nos amarran y de pronto sufrimos la misma suerte que Alejandro.

Felipe y Paulina iban pasando, hablando de espiritualidad y drogas, y pararon frente a David y Cristina.

—¿Qué están tramando, sinvergüenzas?—dijo Paulina.

—Están planeando trabarse, se nota—infirió Felipe, sonriendo—yo ya estoy mamado de estar sobrio también. Si quieren les ayudo. Pero conmigo solo se fuma marihuana, ¿ok? Nada de químicos.

—¡Pero qué es esta indecencia!—exclamó Paulina, claramente escandalizada.

—Paulina—masculló Felipe, tomándola del brazo—no nos vayas a dañar la vuelta, ¿oíste?—Los demás miraron a Paulina en aquiescencia con Felipe.

—Locos, si se van a trabar no se olviden de su amiguito Walter—dijo saliendo de adentro de un arbusto robusto. Nadie se sorprendió. Todos lo saludaron.

—Bueno—prosiguió Cristina—yo voy a hablar con mi contacto cuando pueda; es un pelado del colegio de al lado.

Felipe se rió un poco—Yo consigo mi hierba personalmente, brother. Sin intermediarios.

—Men, ¿te vas a salir? Si te pillan ahí sí te lobotomizan—dijo David en chiste. Nadie se rió.

...

—Quítatelo todo—dijo David jadeando como un cachorro.

—Quítamelo tú—dijo Paulina en tono sexy-retador—con la boca.

Mierda, pensó David, esto ya es desagradable como va. Ahora me va a pedir hacer más cosas. Bueno, debí esperarlo; después de todo es una ninfa.

David le quitó los calzones con la boca, luego el brassier, haciendo un poco de trampa con las manos. Luego ella lo desnudó a él con rapidez asombrosa. David se puso el condón con cuidado y ella apretó ingle contra ingle. Entonces empezó el consuetudinario vaivén pélvico, y los gemidos.

—No vayas a hacer mucho ruido—dijo David. Estaban atrás de la edificación que albergaba el consultorio del psiquiatra, quien estaba siendo oportunamente distraído por Felipe, ahí en el consultorio. David tenía las rodillas sobre tierra y grava, lo que era un distractor. Paulina debió haberse percatado de que David no estaba completamente comprometido con el acto, pues le repetía:

—¡Más duro, hijueputa, duro!

Entonces Paulina le pegó una cachetada fuerte, y el dolor hizo que David se concentrara.

—Pégame, pégame—suplicó Paulina. El tejido adiposo de su abdomen se meneaba con cada embate de cuerpos. David le propinó una cachetada de fuerza intermedia.

—¡No, maricón, duro, que me duela hijueputa!

David le pegó la cachetada más violenta que jamás había descargado sobre alguien. La cara de Paulina se estremeció con el golpe y repitió, susurrando violentamente:

—¡Puño! Pégame con el puño.

David le pegó un puño en el hombro derecho. La mujer gimió de placer, tomando el puño cerrado de David y llevandoselo a la cara con expresión suplicante.

Entonces David le asestó un puño en el arco ocular, y sangre salpicó sobre la tierra, sobre los cuerpos y unas gotas sobre el vidrio, que estaba un poco más arriba que ellos.

—Otra vez—ordenó Paulina.

David le pegó de nuevo, abriéndole el labio. Luego le pegó otro puño. Luego otro. Y otro. En ese momento David sintió que no podía parar. Descargó una retahíla de puños repartidos cortésmente por todo el cuerpo. En un momento la mujer dejó de reaccionar ante los golpes, y fue entonces cuando David decidió parar. Pensó que estaba desmayada, o muerta; se puso rápidamente la ropa y, mientras lo hacía, Paulina se movió ligeramente e hizo señas de que se acercara. David se acercó y ella dijo, débilmente, con labios sanguinolentos:

—Gracias.

David no dijo nada y se fue, cuidándose que nadie lo viera.

Un rato más tarde se enteraron de que Paulina había sido remitida a una clínica con una contusión y un par de costillas rotas. Los culebreros dijeron que ella había asegurado que los golpes eran autoinfligidos, a pesar de las evidencias en contra del aserto.

Esa noche hubo un conciliábulo quedo de pacientes. David sintió que los demás lo miraban de manera diferente, y le preocupó que ya no quisieran ayudarlo a conseguir la droga. Después de un silencio en el que todos se examinaron mutuamente, Felipe dijo:

—Brutal—un silencio corto pero ensordecedor—Brutal lo que hiciste, brother. Bien. Ya podemos juerguear con libertad. ¿Nunca te has trabado en rehab, bro?

—No...—David miraba las expresiones de Walter, Cristina y Juan. Walter lo miraba como si estuviera viendo a un presidente. Cristina lo miraba como si nada hubiera pasado, pero David se preguntaba si eso sería engañoso. Y Juan estaba alternando su atención entre un libro voluminoso y la conversación.

—Bueno—continuó Felipe—hoy me vuelo la reja y consigo la hierba para mañana.

—Ojo con Drácula, loco—intervino Walter—ese man vuela y es marica. Es un marica volador, te puede penetrar en un descenso vertiginoso. Cuidado.

David dejó salir una risa nerviosa, recordando el gas rojo con olor a fresas, y dijo—bueno, sí, está bien, pero yo lo que necesito es cocaína. ¿Eso cuándo lo conseguimos?

—Mañana—dijo Cristina—me acompañas y hacemos la vuelta.

Juan alzó la mirada y dijo:

—David tiene que estar presente en los sucesos importantes. Es a través de él que el lector del texto del destino nos ve a nosotros.

Hubo un silencio incómodo y los pacientes intercambiaron miradas incómodas.

Después de la ronda de los medicamentos todos se fueron a sus cuartos y afuera sólo quedaron Felipe y David.

—Bien—susurró Felipe con entusiasmo, mientras caminaban hacia la reja que quedaba a unos metros del consultorio—vigila que no venga nadie mientras escalo esta mierda. Cristina se va a encargar de engañar a la enfermera, poniendo unas almohadas en mi cama para que parezca que estoy dormido.

—Listo—susurró David—dale.

Felipe trepó la verja a una velocidad de la que sólo es capaz un drogadicto en abstinencia, y cayó al otro lado con un golpe sordo. David escuchó en quejido reprimido.

—¿Estás bien?—dijo David, alarmado pero susurrando.

—Sí, brother—en su voz se escuchó el dolor que debía sentir—nos vemos ahorita.

David dio pasos furtivos de vuelta a los cuartos, pasando desprevenidamente frente a la ventana del psiquiatra, agachado. Entonces escuchó un siseo terriblemente familiar. Sssss... No pudo evitar levantar un poco la cabeza para mirar por la ventana. Adentro, sobre la silla del doctor yacía su bata, con la piel distensionada adentro, y flotando por todo el consultorio, el gas rojo, que dijo, con la voz múltiple:

—Ah, es delicioso poder descansar, aunque sea un momento, del despreciable cuerpo humano, rígido y sucio.

David hundió la cabeza a la oscuridad, temeroso de haber sido descubierto. Esta vez estaba seguro de que no era una alucinación, ¿o sí? Se fue a su cuarto, con el corazón retumbante y las manos sudorosas, e intentó dormir. Mañana me voy a oler una línea bien gruesa, pensó, y vamos a ver qué es lo que es.

...

Al desayunar, los pacientes se percataron de que, aparentemente, Felipe no había regresado desde la noche anterior. Los culebreros dijeron con suma naturalidad que Felipe había sido trasladado a otra clínica para unos exámenes, y volvería pronto.

El consenso de los pacientes, al que llegaron mientras trabajaban en la huerta, fue que Felipe se había fugado definitivamente, o se había entregado a la juerga y estaba todavía privado por ahí.

—No importa—le dijo Cristina a David—seguimos con nuestro plan.

En la tarde, después de terminar las actividades, Cristina y David se escabulleron de las miradas como garras de los culebreros, y llegaron a un extremo del terreno. Ahí, al otro lado de la reja, esperaba un muchacho como de la edad de Cristina. David se quedó atrás vigilando, y Cristina hizo la vuelta rápidamente.

Aparecieron por atrás; David no los vio. Eran tres culebreros, todos hombres (gigantes, parecían) y agarraron violentamente a Cristina, quien lanzaba denuestos y patadas fútiles. David se sumó al baile colérico sin pensarlo, intentando golpear a los enfermeros.

Unos segundos después, cuando se cansaron de batirse contra los enfermeros, David y Cristina sufrieron una requisa cabal. A Cristina le encontraron una navaja metida en los leggings.

—Tú sabes que esto está prohibido—dijo, autoritario, uno de los gorilas.

—Sí yo sé—respondió Cristina—me iba a cortar un poquito nada más.

Tan pronto los culebreros se hubieron ido, David inquirió, consternado:

—¿Y el perico?

Cristina soltó una risa ligera—tranquilo. Dame un beso y te digo dónde la escondí.

David la besó con una pasión de la que sólo es capaz un cocainómano a punto de recibir una dosis substancial. Cristina le puso la mano dentro del pantalón, y David le acarició las tetas en turno. Cuando sintió que la había recompensado por el inconveniente con los enfermeros, David se apartó y preguntó por la droga.

Cristina caminó hasta un arbusto, metió el brazo hasta el hombro y sacó una bolsita con un polvillo blanco adentro. David se acercó con la mirada clavada en la bolsita, y Cristina se la apartó coquetamente.

—No estoy para juegos, Cristina. Dámela.

—Yo no estoy jugando.

David extendió el brazo hacia la bolsita y Cristina se alejó. De nuevo extendió el brazo y Cristina se alejó otra vez, y otra. David comenzaba a impacientarse y contemplaba recurrir a medidas más fuertes, cuando escucharon una voz familiar del otro lado de la verja.

—Brother, cójela suave.

Felipe escaló la verja con extrema agilidad y cayó ligeramente del lado de adentro. Estaba sudado y tenía la voz carrasposa. Les contó que estuvo toda la noche en un putiadero donde lo conocen y le fian. David se contenía pero no podía parar de pensar en la cocaína, tan cerca hijueputa y yo aquí como un idiota.

Nadie supo de dónde salió Juan, pero de pronto estuvo ahí, y Walter salió del mismo arbusto de donde Cristina había extraído la droga. Felipe extendió ambos brazos hacia el centro del círculo que habían formado y abrió las manos: en cada una habían cuatro porros armados, que desaparecieron entre manos fulmíneas.

Camaron casualmente hasta detrás de unos árboles en la esquina más lejana a los dormitorios.

—Bueno, ya saben—inauguró el momento Felipe—nos trabamos monumentalmente y nos vamos a pasarla cada uno en su cuarto— todos los porros fueron prendidos y fumados.

—Tomad y fumad todos de mí—dijo Juan. Los demás estallaron en carcajada exuberante.

Cristina por fin le cedió la bolsita de perico a David, quien no meditó absolutamente nada en el instante antes de insuflar un montículo de la sustancia desde la palma de la mano. Su cerebro se sacudió como si le hubiera caído un rayo, y escuchó la voz.

—¡David Duque! Somos Madres y Priis. Por fortuna logras comunicarte con nosotros, antes de que sea demasiado tarde. Creemos que estás siendo manipulado por un agente de BioCom, David Duque. Tal vez lo hayas visto u olido. Es un gas rojo que huele a fresas y usa distintas pieles de humanos para camuflarse en la sociedad. No puede meterse en el cuerpo de un humano vivo, pero como la persona que representa, que seguro es alguien de poder, puede hacerte daño.

Mientras David recibía la transmisión, los demás pacientes terminaron de fumar y escondieron los remanentes de los porros dentro de un arbusto. Se fueron caminando como si nada hacia las habitaciones. David quedó atrás, y Cristina le dijo:

—Listo, ya tienes lo que querías. Ahora lo que yo quiero—y se le tiró encima. Ambos cayeron sobre el pasto y David se la quitó de encima con un empellón, y se siguió comunicando con los seres de dentro de la tierra.

—Madres, Priis—gritó David al aire—¡Díganme qué tengo que hacer para salvar al mundo!

Cristina lo miraba horrorizada.

—David Duque—resonó la voz en la mente del receptor—Ya tenemos tus coordenadas. Tan pronto podamos iremos por ti en nuestro vehículo. Mientras tanto trata de contener al gas. Es una tecnología nueva que aún no desciframos, pero creemos que—

David sufrió un embate aparentemente sin origen. Al caer al piso se dio cuenta que eran unos culebreros. También tenían sujeta a Cristina. David sintió el pinchazo y no pudo escuchar el resto de la comunicación.

...

David despertó en su cuarto, amarrado. Era de noche. A su lado estaba el doctor Drácula, mirándolo con intensidad silente.

—Ah, ya despertó mi paciente favorito. Aprovechemos el momento para que me cuentes más sobre las alucinaciones. ¿Has vuelto a ver u oír cosas que no se corresponden con el resto de la realidad?

David vaciló un momento. Luego dijo, afectando decisión:

—No, doctor. He estado muy bien.

—No te creo, David. Creo que lo mejor será someterte a medidas radicales, por tu propio bien. Estos delirios mesiánicos son muy peligrosos. Mientras tanto, si prometes no actuar en base a ideas extrañas, te soltaremos los amarres.

—Sí, doctor. Seré un paciente ejemplar.



—Está bien, te liberaremos. Pero mañana por la tarde viene la ambulancia para llevarte al mismo sitio donde llevamos a Alejandro, quien, por cierto, ya está de vuelta—El médico llamó a un enfermero con un rugido estentóreo, y éste entró al cuarto y, tras un movimiento digital del doctor, soltó los amarres de David.

David Duque salió del cuarto, estirando su cuerpo recién liberado. Era hora de la comida, y David caminó hasta el comedor, sintiendo todo el trayecto que los culebreros no le quitaban de encima sus miradas como garras. En el comedor se respiraba un aire de solemnidad coercitiva. Ningún paciente miraba a otro, cada uno concentrado en el plato de comida al frente. También estaba Alejandro, y era el único que no miraba su plato: tenía la cabeza ladeada y miraba fijamente un objeto inexistente frente a él. Una enfermera le daba cucharadas de comida que él masticaba con parsimonia. Cada tanto le escurría una gruesa gota de saliva por la barba, y la enfermera la limpiaba con esmero. Nadie dijo una palabra y, al terminar la comida, cada paciente entró a su cuarto sin desviar la mirada.

En la mitad de la noche David abrió un poco la puerta de su cuarto, y vio que la enfermera de la noche estaba dormida. Entonces salió y fue a la habitación de Cristina, quien estaba dormida y, aunque no le molestó ser despertada por David, se mostró asustada por el hecho de estar quebrando las normas.

—Necesito un favor—dijo David en tono acuciante—necesito llamar a unos amigos. Necesito que me traigan cocaína, puedes hacer eso?

—Sí, pero mañana en la mañana—respondió Cristina.

David le dio el número de Roberto Renner.

—Dile que venga con Leo y que traigan mucha cocaína. Dile que es lo más urgente de mi vida, que no se demoren.

...

El azadón refulgía en el sol con especial lucidez esa mañana. Tal vez sería la súbita realización de que éste podría ser su último día como ser humano normal, o la posibilidad de evitar la pérdida de la humanidad, pero la sensación de estar vivo era diferente: era más potente, más real. Estar al borde de la cordura le brindaba a David una extraña consciencia de la vida, la comprensión de la falsedad inherente de todas las percepciones, la futilidad de la vida. Sin embargo esperaba que su amigo viniera con la droga: más temprano Cristina había, por medio de su contacto de afuera, contactado a Roberto y le había proporcionado las instrucciones de David.

Media hora más tarde Felipe le hizo una seña furtiva a David, quien orientó la mirada hacia la reja, y vio unas figuras familiares. Uno de ellos era sin duda Leo, casi el único amigo negro de David, si es que los dealers son

amigos de sus clientes. Otro debía ser Roberto, y... había una tercera persona, que parecía Anita Aronsberg, pero ¿por qué vendría? Ella me repudia, pensó David.

—David Duque—enunció un enfermero—el doctor te espera en su consultorio.

...

—He decidido adelantar el procedimiento—dijo jovialmente el médico. David miró por la ventana del consultorio, preguntándose si podría saltar a través de ella sin lastimarse demasiado—Ya la ambulancia que te trasladará está aquí. Siéntate y espera mientras llega la camilla.

Ya no puedo ser un paciente ejemplar, pensó David. Esta es la hora de la verdad. Madres y Priis me dijeron que venían por mí. Este man es un gas malvado agente de BioCom y me quiere neutralizar. Y si estoy equivocado, si estoy loco, igual me van a neutralizar la mente, como hicieron con Alejandro. David miró alrededor del consultorio buscando un arma, pero ¿cómo se combate a un gas inteligente? Y entonces sus ojos descubrieron una aspiradora apenas visible detrás del escritorio del médico. Una última interpretación, pensó David.

—Todos esos diplomas—dijo David caminando hasta un lado del escritorio—usted debe ser un genio.

—David, siéntate, por favor—masculló el médico.

—Debió sufrir mucho para llegar tan lejos, estudiar incansablemente, ¿no?

—Sí, yo soy un animal muy inteligente. Nací en el zoológico apropiado, es todo lo que puedo decir. David, te voy a dar la oportunidad de despedirte del grupo ahora.

Con un movimiento rauda, David encendió la aspiradora al nivel más alto, ante lo que el doctor se estremeció, pero no antes de que David lo agarrara del pelo y tirara de su cabeza, acercando su boca a la boquilla de la aspiradora. El médico dejó salir un guarrido que se transformó en un coro de voces múltiples, y entre la boca del médico y la boquilla de la aspiradora David vio el gas rojo siendo trasladado de un contenedor a otro.

Casi de inmediato irrumpieron en el consultorio cuatro enfermeros con rostros como babuinos; la dentadura pelada y la mandíbula batiéndose, gritando órdenes. Agarraron a David y apagaron la aspiradora, y el médico (o su piel) quedó tirado en el piso, medio desinflado, observó David.

Lo arrastraron camino al cuarto, con el propósito indudable de amarrarlo y sedarlo, cuando hubo un potente movimiento telúrico. Los enfermeros se asustaron, como se asustan los animales frente a esas cosas, pero no soltaron a David. De hecho, lo agarraron con más fuerza. Entonces apareció una grieta bajo los pies de David y los enfermeros. Se escuchaba las cosas caer en los cuartos; todo se sacudía temiblemente. La grieta se hizo más y más grande, y en cuestión de segundos superaba el metro de grosor.

Los enfermeros soltaron a David y se pusieron debajo del marco de la puerta de consultorio, temblando y rezando. David pensó que esto debía ser obra del vehículo de Madres y Priis, que viene de dentro de la tierra, así que debe destruir la corteza para pasar de un lado al otro. David salió de la edificación y corrió hasta la huerta, donde estaban los demás pacientes, y también Roberto, Leo, y Anita. Todos estaban visiblemente asustados, y no se veían enfermeros.

—Todos salieron corriendo a esconderse—comentó Felipe.

—No se preocupen—dijo, triunfal, David—vienen por mí.

—David—dijo Anita—vine porque me dijeron que estás hablando locuras, creo que me siento un poco culpable por no prestarte atención, pero ahora puedes hablar conmigo—le sujetó el brazo a David. Cristina se acercó y le pegó una cachetada a Anita. El piso se seguía sacudiendo.

—¡Cálmense todos!—gritó David. Luego, a un lado—Leo, ¿trajiste perico?

Antes de que Leo respondiera sonó una explosión gigante, y el edificio de la clínica, con el consultorio y los dormitorios, empezó a despedazarse, y pronto fue destruido completamente por una especie de nave que emergió de la tierra debajo del edificio, aplastando a los enfermeros y las enfermeras, que lanzaban aullidos lastimeros como gatos siendo despellejados.

Los pacientes contemplaron arrobados la destrucción de la culebra. La nave era como una especie de caparazón de tortuga con una suerte de taladro que parecía orgánico también, como de dientes o huesos muy resistentes. La nave voló sobre las ruinas de la institución y tras de ella salieron varias naves parecidas pero más pequeñas que venían disparando unos cuerpos esferoides púrpura que estallaban al contacto con el suelo, reventando y salpicando líquido alrededor.

David le arrebató, desesperado, una bolsa de cocaína a Leo y se metió un pase substancial.

—David Duque, vamos por ti en la nave grande. No dejes que te peguen los disparos de las naves enemigas, son desestabilizadores moleculares.

—¡Cuidado con las bolas púrpuras!—advirtió David.

Varios pacientes fueron alcanzados por los proyectiles. Cuando a Walter le alcanzó una salpicadura de uno de ellos, mutó violentamente por varios segundos, emitiendo sonidos de acuerdo a la forma que tomaba su cabeza. Por un momento tuvo un pico, por otro alas, sin brazos, múltiples ojos, cambió de color varias veces y al final se convirtió en un líquido fétido sin vida. Otra gente fue alcanzada en el barullo.

La nave grande aterrizó frente a los pacientes, disparando sus propios proyectiles a las naves enemigas, alcanzando a una de ellas, que mutó varias veces antes de derretirse.

—¡Súbanse!—gritó David.

Varios subieron a la nave, otros fueron alcanzados por los proyectiles. Una vez dentro, David vio por primera vez a Madres y Priis. Eran humanoides

con la piel de un color morado profundo, absolutamente lampiños, sin orejas o, más bien, el tipo de oídos que tienen las gallinas. Los ojos grandes y amarillo neón, y la boca como un ano. Se comunicaban entre ellos mediante una serie de gruñidos y silbidos, que fueron traducidos por un cubo de piel rosada con boca en el centro de la nave.

—Esto es un traductor—dijo el cubo—nuestros nombres son Madres y Priis. No teman. Pronto estaremos en Subterra y los perderemos—La nave se devolvió por donde había salido a la superficie y emprendió un descenso vertiginoso por la corteza de la tierra.

David miró a su alrededor y comprobó con estupor que sólo habían sobrevivido Roberto, Felipe, Anita, Cristina, Leo, y él.

Todos estaban inmovilizados de pánico y asombro, menos David, quien por fin podía asegurar:

—¡No estoy loco hijueputa!—luego, a Anita—no eran locuras, ¿ves?

Madres y Priis (imposible distinguirlos uno del otro) conducían la nave con destreza, disparando a las naves enemigas. No decían nada que fuera traducido por la caja de piel. Leo dijo, con voz temblorosa:

—Uy socio, esto sí está bien creizy—se metió un pase y luego dijo, con más seguridad—pa dónde vamos David?—y luego mirando a los demás—nadie más quiere un pase?

Cristina y Roberto esnifaron sendos pases, y sus semblantes pálidos cobraron vigor.

—Bueno—dijo Cristina, casi gritando—¿para dónde vamos?

David les explicó lo que sabía, que BioCom es una computadora biológica que ejerce un gobierno totalitario en Subterra, y que los ciudadanos de allá sólo pueden drogarse y jugar videojuegos o ver películas todo el día, no hay cambio ni progreso, no hay libertad. Felipe intervino:

—Uy brother, eso está bien cruel. El alma necesita libertad para estar en plenitud. ¿Pero eso qué tiene que ver con nosotros?

David les dijo que BioCom planeaba extender su dominio a la superficie, y que él, David Duque, con su habilidad innata para la telepatía narcótica, era el único que podía pararla.

—Los perdimos—dijo la caja—desafortunadamente no podemos devolverlos a la superficie todavía. El túnel por donde salimos estará altamente vigilado por algún tiempo, y hacer uno nuevo supone un gasto de energía que necesitamos para combatir a los agentes de BioCom. David necesita ser entrenado para poder batirse contra BioCom y sus agentes, y todos ustedes pueden ayudar, si así lo desean.

Después de un instante de miradas ansiosas entre los humanos, todos asintieron y dijeron que ayudarían, serían héroes.

—Todos vamos a ser héroes, men—dijo Roberto, exultante.

—Un héroe es lo más lejano a un animal posible—intervino Felipe—ya no seremos animales domesticados, seremos algo más grande.

Hubo barahúnda de aquiescencia entre los humanos, y afuera se escuchaban los proyectiles que, gracias a las habilidades de Madres y Priis, no acertaban.

### Tercera parte: pensa-miento, senti-miento

*Mis atributos me articulan ontológicamente. Yo no articulo mis atributos.* David Duque no pensó esto mientras descendían por un entramado de túneles dedalezcos a velocidad malparida. Tampoco pensó esto: *No sé quién soy; no sé si sea posible definir el yo.* Mientras la caja, transmitiendo los mensajes de Madres y Priis, decía:

—Hemos llegado a nuestra guarida. Aquí estaremos seguros mientras planeamos nuestro ataque.

Varios de los humanos seguían esnifando cocaína para los nervios, y entonces intervino la caja:

—Dejen la cocaína para David. Es lo que le da sus poderes. ¿Cuánto queda, por cierto?

—Quedan ocho gramos y un poquito—informó Leo, sosteniendo las bolsitas en sus manos.

—Apenas lo suficiente—repuso la caja—denle lo restante a David Duque—Leo le entregó las bolsas con solemnidad.

—David Duque—zumbó la caja con urgencia—calculamos que BioCom lanzará su invasión dentro de un mes, aproximadamente. Eso nos dará justo el tiempo necesario para entrenarte. Todos los días deberás consumir una cantidad moderada de cocaína y conectarte a un bioaparato que simula las defensas de BioCom, y así aprenderás a superar a la supermente del regente de Subterra. Debes guardar por lo menos un gramo de cocaína para el enfrentamiento.

—Cuenten conmigo—dijo David con determinación.

—Bien. Bajen de la nave—instruyó la caja.

Todos bajaron. Anita iba agarrada del brazo de David, quien estaba muy ocupado contemplando el lugar para apreciar la situación. Madres y Priis salieron de la nave de últimos, y la caja traductora desarrolló patas y los acompañaba, traduciendo los silbidos y gruñidos al español.

—Vengan todos por acá—dijo la caja mientras caminaban hacia un extremo de la guarida. Madres o Priis tocó un botón que parecía más un pezón y de la pared creció instantáneamente una boquilla orgánica, de la que salió un polvo blanco que fue depositado en un contenedor que parecía estar hecho de cartílago—Esto—prosiguió la caja—es información en forma de polvo. Información para nosotros, de cualquier manera. Es difícil decir qué haría en ustedes. Probablemente los mataría. Les daría una traba similar a la cocaína, pero los mataría. Manténganse alejados de esto.

—¿Qué tipo de información, brother?—preguntó Felipe.

—Toda la información que le hemos sacado a Biocom—dijo la caja, rascándose un costado con una pata—sin embargo, es una diminuta fracción del total de información de BioCom. Cuando David la conquiste, podremos acceder a ella—Madres y Priis se acercaron al polvo e insuflaron cada uno la mitad de lo que había, que debían ser como 5 gramos—Tenemos más de mil años de existencia, y por la mayor parte de ese tiempo hemos estado

hackeando a BioCom, sacando información. A veces la información es inútil, como la fecha del estreno de la nueva publicidad, pero a veces es valiosa, como información sobre la reproducción de nuestra especie. De cualquier forma, debemos consumir la información periódicamente, pues olvidamos los detalles cada tanto. Por acá—dijo la caja, mientras todos caminaban a otro lugar de la guarida—verán el dispositivo alucinador, esencialmente un sombrero que transmite señales electroquímicas al cerebro que causan alucinaciones vívidas. Así se proyectan las publicidades en los salones, para informar sobre nuevas drogas o reforzar el consumo de las antiguas. La gente común no tiene uno de estos, es de uso privativo del gobierno, es decir, de BioCom. Por acá—dijo dirigiéndose a otra esquina—está el dispensador de comida. La comida siempre es la misma: una mezcla idónea de nutrientes disfrazada con un sabor siempre nuevo y delicioso. Evidentemente, los humanos tienen necesidades dietarias distintas a nosotros, pero hemos programado el dispensador para acomodar humanos. ¡Prueben!—Madres o Priis accionó un botón y salió como un kilo de una masa morada que olía deliciosamente indescriptible. Todos los humanos metieron sus manos en la masa y se la llevaron a la boca, masticando con deleite, gimiendo y llorando de lo incomprensiblemente placentero que resultaba el pábulo.

—¿No hay más?—inquirieron algunos.

—Hay todo lo que quieran, pero ahora tenemos otras cosas que hacer—respondió la caja—el resto de la guarida es un laboratorio, lleno de animales, es decir, aparatos que cumplen distintas funciones. Ahora todos están en sueño inducido, pero despertaremos un par para mostrarles—Madres o Priis presionó un botón y de la pared emergió una especie de reptil rojo incandescente con ojos por todo el cuerpo—este es para espionaje—presionó otro botón y salió otro animal, una cosa gelatinosa con dos antenas de un metro de alto cada una—esta interrumpe comunicaciones; es vital para desarrollar nuestra tarea. Y por último—Madres o Priis indicó otro lugar en la guarida—están estas inyecciones, que liberan un virus que altera el genoma humano, el cual extrajimos de BioCom, y los convierte exteriormente en subterranos. Así podrán camuflarse entre la enorme multitud de nuestra especie, y serán compatibles con nuestras máquinas alucinatorias y algunas drogas.

Nadie pensó en ese momento: La humanidad está destinada a la aniquilación por mano propia o ajena. David Duque pensó: este entorno es más complicado de lo que pensé. Espero estar a la altura del desafío. Anita Aronsberg pensó: David es un héroe, marica. Qué manes tan feos estos, sus bocas parecen culos. Leo pensó: ah, quisiera más periquito, vale. Cristina, Felipe y Roberto no pensaron nada claro.

—No perdamos más tiempo—exclamó la caja—David Duque, empecemos el entrenamiento. Los demás, están en su casa.

...

David se olió dos pases y se conectó a la simulación de BioCom. Súbitamente se vio sumergido en una alucinación que abarcaba todo su campo perceptual. Todo era negro, excepto por una línea blanca en algún lugar. David se acercó. Era una grieta luminosa. ¿Qué hay dentro? Metió un dedo. Al otro lado algo pasaba. Introdujo la mano, y la otra, abriendo a la fuerza la grieta, que se hizo más grande. Algo pasaba al otro lado. La grieta se ensanchó lo suficiente como para meter la cabeza, y David lo hizo. Al otro lado había un ojo que abarcaba todo el espacio. Un ojo gigante, que le resultó familiar a David. El ojo lo miraba atentamente, sin pestañear. David se sintió extremadamente vulnerable. Del conducto lacrimoso emergió un fluido. Al mirar más de cerca David vio que era sangre mezclada con lágrimas. El ojo empezó a deformarse, creciendo más allá de su órbita ósea, creciendo patológicamente, con venas salientes y supuración copiosa, cambiando de color, rojo, púrpura, verde. David nunca se había sentido tan acibarado. El ojo creció más y entonces explotó, descargando pus y carne y líquidos corpóreos sobre David, quien tenía la boca abierta y probó la descarga purulenta, la sangre, y otros sabores irreconocibles pero no por eso menos horripilantes.

David permaneció lo que parecieron horas cubierto por la materia corporal del ojo, retorciéndose del disgusto y gritando aterrorizado.

Luego se acabó la alucinación y David retornó a la realidad común, bajo la mirada expectante de Madres y Priis, quienes debieron haber notado su desazón, puesto que dijeron, a través de la caja:

—Eso fueron cinco minutos, David Duque. Y es sólo una simulación. BioCom lee las mentes que entran en contacto con ella y explota sus más profundas inseguridades y fuentes de terror.

David no estaba del todo fuera de la pesadilla. Su cara portaba un visaje de aflicción desorientada, y no decía nada. Anita se acercó, abandonando momentáneamente el deleite gastronómico del lado y lo abrazó, susurrando palabras consoladoras a su oído, recordándole que él es un héroe y que es el único que puede evitar la gran tragedia que se avecina, y le da un beso en la mejilla.

...

Más tarde estaban todos reunidos alrededor de David, quien seguía perturbado por la experiencia alucinatoria. Madres y Priis intentaban alentarle, al igual que Anita. David parecía no entender nada de lo que pasaba alrededor, o prefería no reconocerlo. Leo, Roberto, Cristina y Felipe jugaban con un bioaparato, que no sabían qué uso tenía, pero era adorable, como un perrito, pero de pelo ralo y algunas escamas. Para relajarlo, Madres y Priis conectaron a David al simulador de nuevo, pero esta vez simulaba una playa y, a petición de David, le proporcionaron oleaje idóneo y una tabla, y surféó durante horas.



Al salir de la alucinación, todos los humanos estaban dormidos, menos los subterranos, quienes esperaban el regreso de David.

—¿Te sientes mejor?—hablaron por la caja.

—Sí, men. Todo bien. Pero tengo sueño.

—Descansa, David Duque. Mañana seguiremos con el entrenamiento.

David se acostó sobre una especie de colchón muy blando, donde estaban todos los humanos. Se acostó al lado de Anita, intentando abrazarla, y Anita, medio dormida, aceptó el gesto, exhalando aprobación.

...

A la mañana siguiente David despertó y ya todos estaban despiertos y activos, hablando sobre el plan de llevar a David hasta la central de BioCom y prevenir la invasión sobre la superficie. Discutían los hábitos diarios de los subterranos comunes.

—...Y luego hay una orgía mundial de dos horas. Después las actividades varían, algunos van a ver películas publicitarias para drogas, luego salen y consumen esas drogas (todo es gratis, no existe el dinero), otros cazan animales en las inmensas reservas biológicas, juegan videojuegos alucinatorios en los salones o conversan, replicando siempre dictámenes ideológicos que provienen, no tenemos duda, de BioCom.

Era evidente que Madres y Priis despreciaban profundamente su sociedad, pero Leo y Felipe no entendían qué tenía de malo la vida que describían.

—Brother, pero sabroso vivir así, puro peace and love—intervino Felipe.

—¿Estar drogado todo el día, y gratis?—dijo Leo—no hay nada mejor, no tener que trabajar, orgías todos los días. Señores Madres y... ¿Priis es?

—Priis—vibró la caja.

—Eso. Señores ustedes me perdonan pero eso suena muy bien, parceros.

—¡No! ¡Ustedes no entienden! No tener nada por qué luchar, nada por qué esforzarse, produce un sentimiento generalizado de indefensión absoluta! La única que se divierte es BioCom.

—Pero ¿la gente es feliz, no?—preguntó Felipe.

—Sí, pero sólo porque no conocen nada mejor. Es una felicidad falsa, están acostumbrados a ser tratados como idiotas por BioCom.

David se sintió inquietado por la conversación. Pensó: ¿Será verdad? ¿Orgías, drogas, videojuegos? Pero intervino cuando Leo abrió la boca para hablar:

—No, men. Eso tan bueno no puede ser. Miren cómo persiguieron a Madres y Priis, y mataron a un poco de gente. Sean críticos de su ambiente, men.

Leo estalló en una carcajada sardónica.

—¿Crítico?—rugió—socio si tú en Cartagena te la pasabas de rumba en rumba, dándote duro por la cabeza—continuó riendo de manera que a David le resultó excesivamente molesto.

—Men—respondió David, mostrando el anverso de la mano en signo de que debía parar de reírse—pero no era feliz. De hecho, era absolutamente miserable excepto cuando estaba totalmente drogado. Si estaba medio high, igual me sentía mal. Tenía que estar vuelto mierda para estar bien.

—No sé—dijo Roberto—yo no me daba cuenta. Por lo menos yo la pasaba buenísimo.

—Claro, porque sólo drogado das el culo, y todos sabemos que te encanta dar el culo—dijo David en tono acusatorio.

Roberto se paró y con tono desafiante repuso—David, respétame—le dio un pequeño empujón a David.

Cristina, quien había estado ingurgitando, deleitada, comida con ambas manos, se aproximó a Roberto y, acariciándolo, dijo:

—No te preocupes, amigo. Eso no tiene nada de malo. Relájate.

—Don't worry be happy, brother—contribuyó Felipe, casi cantando el estribillo.

Después de un corto silencio la caja movió sus labios, dejando salir las palabras—David Duque, no perdamos más tiempo. Es hora de entrenar.

David respiró profundamente, sin duda preparándose para otra experiencia perturbadora.

...

David se metió dos pases y se conectó al bioaparato que produce las alucinaciones. Estaba en el mar; las olas estaban buenísimas. ¿Olvidaron cambiar la programación? Pensó David. Se paró en una ola y la recorrió con delicia, haciendo varias maniobras de gran complejidad. Al final de la ola hizo un aéreo con grab y cayó perfectamente en la espuma, alzando los brazos en signo de victoria. Entonces el mar empezó a retroceder, como cuando viene un tsunami. Parece que sí estoy en el lugar correcto, pensó. Pronto la playa estuvo desierta de agua. El lecho marino estaba desnudo, con animales caminando y algunos peces chapoteando en la arena húmeda. David miraba con atención cada detalle, esperando con ansiedad algún cambio. De pronto esta vez no será tan aterrador, más bien una especie de acertijo, pensó. Y la arena frente a él se empezó a elevar, se formó un pequeño montículo que crecía y crecía, lentamente. David lo pisó, ya no tenía mucho miedo y la tesis del acertijo parecía sólida. El montículo empezó a desmoronarse y de él salió algo blanco, como un lomo de un animal peludo. El presunto animal blanco se incorporó y resulta que era él, David Duque, de doce años, vestido en un traje que le cubría la cabeza pero no la cara, con orejas a los lados, hecho de una especie de piel sintética blanca y cute. Osea, pensó, soy yo si fuera furry. David soltó una carcajada sincera.

Pero el David furry de doce años recogió algo del piso. Una piedra. Me va a matar un niño? No lo creo. Entonces el pequeño David se pegó en la cabeza con la piedra. Otra vez. Empezó a salir algo de sangre. El pequeño David tenía una expresión neutra en el rostro. El David grande tuvo una sensación extraña, como de no entender qué pasa o qué se supone que debo sentir. El pequeño David se siguió pegando en la cara y la cabeza con la piedra, y salió cada vez más sangre, la cual empezaba a descender por el traje de furry manchándolo de escarlata brillante. David grande por fin cedió ante la incomodidad que le causaba la imagen y se acercó. David pequeño seguía descargando golpe tras golpe sobre su cabeza, que empezaba a deformarse. Se veían pedazos de cráneo y sesos escurriéndose. Seguía con una expresión neutra. David grande le agarró el brazo con el que se pegaba, pero era imposible parar sus acometidas; era como una máquina hidráulica, infinitamente más potente que cualquier humano. David grande se fue desesperando poco a poco, y al cabo de lo que debía ser media hora de realidad alucinatoria, cuando ya no había cabeza sobre David pequeño (sin embargo lo golpes seguían, a la tráquea y hombros) David grande emitió un grito desesperanzado, como alguien que ha perdido la voluntad de vivir a fuerza de monotonía. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y entonces el mar regresó, y tuvo una tabla bajo su brazo, y las olas estaban buenas. Sintió una voz que le decía: surfea, hijueputa. Y David no podía parar de pensar en lo que había visto, y de repente el mar estaba lleno hasta el horizonte de cachorros nadando y gimiendo como pidiendo ser rescatados.

El regreso a la realidad común no fue tan traumático la segunda vez. Pero todo estaba en estado de caos. Madres y Priis silbaban y gruñían con notado desespero. La caja traductora transmitía efectivamente la urgencia:

—¡Nos han detectado! ¡No puede ser!

—¿Qué pasa? ¿Vienen por nosotros?—dijo David, con angustia visible.

—No hay tiempo, pónganse estas inyecciones—dijo la caja. Las inyecciones estaban vivas. Cada humano se puso una, y cayeron al piso de inmediato, convulsionando.

En cuestión de segundos fueron, exteriormente por los menos, subterranos.

—Van a tener que camuflarse en la sociedad durante algunos días. Estos virus con los que se acaban de inyectar los mantendrán en esa forma hasta que les apliquemos el antiviral. Podrán hacer todo lo que hacen los demás ciudadanos, excepto acceder a la información en forma de polvo. Eso los matará. David, ya tú tienes alguna experiencia con telepatía. Pilotearás la nave, debe ser intuitivo. Suban todos a ella y huyan.

Los humanos, ahora transformados en subterranos, se miraron unos a otros, y no supieron quién era quién. Se montaron a la nave. David se sentó en el puesto del piloto y se puso el bioaparato que estaba sobre él. Pensó en salir disparado de la guarida y la nave lo hizo. Mientras se alejaban miraron por las

ventanas traseras y vieron cómo las paredes orgánicas de la guarida eran atravesadas por gruesas espinas, y entraron agentes y le dispararon a Madres y Priis con desestabilizadores moleculares y ellos cayeron al piso, mutando violentamente.

David piloteó la nave, cosa que, por cierto, le resultó sorprendentemente similar a pilotear un ácido, por lo que lo hacía con gracia y sin mucho denuedo. También descubrió mientras dirigía la trayectoria de la nave, que ésta pensaba, o por lo menos almacenaba y regurgitaba información de manera oportuna y precisa. ¿Hay diferencia? La nave le mostró a David dónde podían esconderla a ella, y al parecer se percató de la captura o recombinación molecular de Madres y Priis, porque le dijo a David que no volvieran al lugar donde la dejarían oculta, que ella mandaría un bioaparato a contactarlos cuando fuera seguro. Lo apropiado sería camuflarse en la sociedad, haciendo todo lo que cualquier subterráneo hace para no levantar sospechas.

Llegaron al lugar indicado, que era una caverna amplia. Bajaron de la nave, y David se despidió de ella antes de desconectarse. Los cinco humanos, ahora convertidos en apariencia en subterráneos, se miraron durante algún tiempo, pero era difícil atisbar el estado emocional de los otros. David fue el primero en hablar:

—Mantengámonos unidos—todos se sorprendieron al ver que lo que salía de la boca como ano de David era, en efecto, lenguaje subterráneo que, no obstante, entendían perfectamente— Tendremos que camuflarnos un tiempo. Ya saben lo que pasa si nos descubren, así que esmérense en sus papeles. Deje lo que queda de la cocaína en la nave para cuando encuentre la manera de enfrentarme a BioCom.

—Pero...—dijo alguien—Madres y Priis fueron capturados...

—No nos preocupemos por eso ahora—repuso David—la nave nos puede ayudar, pero tenemos que dejar pasar un tiempo. Vamos.

Partieron rumbo a la sociedad de Subterra, gruñendo y silbando en el camino.

...

Llegaron justo a tiempo para la orgía ecuménica diaria. Antes de ingresar al maremágnum de cuerpos caldeados acordaron, por sugestión de David, que tendrían una especie de contraseña para identificarse en caso de que se perdieran, y si todo fallaba se encontrarían dentro de un poco menos de un mes en el lugar donde habían escondido la nave. La contraseña era que uno preguntaba: ¿Quién ha sido el mejor alcalde de Cartagena? A lo que se debía responder: Diomedes Díaz.

Entraron con los brazos entrelazados con fuerza, para no perderse entre la visiblemente convulsa turbamulta orgiástica. De inmediato fueron

incorporados a la actividad, y al principio fue extraño e incómodo sentir que se hace parte de una orgía de millones de seres, como si estuvieran siendo penetrados por millones de penes simultáneamente.

Se agitaron velozmente como dinosaurios huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra. Como delfines intentando cometer una violación inter-especies. Como espermatozoides. Como osamentas animadas por relámpagos.

Para Anita Aronsberg, sorpresivamente, este fue su primer encuentro sexual. Los subterranos no tienen penes pero sí orificios: la boca, uno para excretar y otro que parece exclusivamente diseñado para generar placer. Los subterranos usan sus dedos, manos, brazos, pies, e instrumentos especializados para penetrarse mutuamente, y se frotan los unos con los otros de todas las formas posibles. Anita, que se consideraba a sí misma recatada y demasiado buena para cualquiera, se encontró de pronto sumergida en un mar de placer extraordinario, casi demasiado para percibir que al mismo tiempo se sentía profundamente violentada, o mejor, violada. Recordó repentinamente, entre las estocadas a sus orificios provenientes de todos los lados, la primera vez que vio a un chico desnudo. Tenía doce años, y un compañero de clase la retó a que se desnudaran en el baño. Anita accedió con algo de suspicacia, pero mucha más curiosidad. Entraron al baño, cerrando la puerta con seguro, se desvistieron y permanecieron parados uno frente a otro por varios minutos, y al muchacho se le fue parando el pene lentamente, como izando una bandera. Anita quiso tocarlo pero en vez se tocó su propia genitalia, frotándola intuitivamente por algunos segundos. El muchacho empezó a hacer lo mismo con su pene, y alguien tocó a la puerta. Entonces se vistieron rápidamente y emergió el muchacho, diciendo que se había equivocado de baño, y Anita estuvo un rato sentada sobre el inodoro, hasta que fue seguro salir.

Jueputa, me la están metiendo por todos lados, dice Roberto entre gemidos. Aquí es todos con todos, no hay gays ni heteros ni nada, ¡la verga! Piensa. Yo creo que me puedo quedar aquí por siempre. Empieza a gritar de placer pero su boca es rellena por un objeto o parte de un cuerpo; en todo caso, es delicioso.

Entonces hubo una explosión infinita y todos murieron. Esto último lo imagina alguien; no pasó nada, o mejor, pasó que alguien imaginó a todos muriendo, probablemente en respuesta a una gran injuria. A David no se le pasó esto por la cabeza mientras penetraba y era penetrado cada vez más violentamente. El deleite no conoció límites cuando David descubrió que podía ser un poco rudo; algunos alrededor suyo lo eran. Entonces incrementó la fuerza de sus acometidas penetrantes y rugió como una bestia indómita. Anita, quien tenía uno de sus brazos entrelazado con uno de David, miró en medio del éxtasis que David se estremecía y empezaba a arrojar puños en todas direcciones, pero el placer era tan grande que Anita no pudo hacer más

que mirar en aquiescencia desidiosa y recibir un par de golpes al rostro. David tomó a alguien más por el cuello, con claras intenciones de asfixiarlo.

Pasado un rato de gemidos generalizados y alaridos provenientes de ese pozo sin fondo que es el placer, sonó una especie de cuerno que lo invadió todo y en un instante la orgía había cesado. Los subterranos se desenmarañaron, extrajeron sus protuberancias de sus cavidades y comentaron casualmente lo que para David, Anita y los demás humanos, había sido la experiencia culmen de sus vidas, en términos de gozo de cualquier tipo.

—Hoy estuvo mejor que muchas, pero no excepcional, como hace algunos días—dijo un subterráneo.

—Yo la pasé muy bien, por acá estuvo jugoso y saludable—dijo quien casi fue estrangulado por David—buen trabajo, amigo—dijo dándole una palmada a David en la espalda.

Entonces la multitud se dispersó y sólo quedaron los humanos, y un penetrante olor a sexo subterráneo, que olía como agua de florero pero dulce.

...

—¿Quién ha sido el mejor alcalde de Cartagena?—dijo Leo cuando estuvieron solos.

—Diomedes Díaz—respondieron los restantes casi al unísono.

—David—dijo Anita, quien seguía agarrada al brazo del héroe—¿el amor se parece a lo que acabamos de experimentar?

—No sé...

—Soy Anita

—Ah ok. Bueno, no sé. Yo creo que de pronto. ¿Ustedes qué piensan? ¿por qué me preguntas eso?

—No crees—prosiguió Anita—¿que toda la existencia se resume en esa pregunta?

—Em...—dijo David, vacilando—¿qué importa el amor aquí? Tenemos que escondernos mientras podemos regresar a la nave. ¿Amor? Eso es una estupidez en estas circunstancias—gruñó y silbó tocando dinteles.

Después de un corto silencio Roberto dijo:

—Deivid, ya hemos vivido mucho, tú especialmente. Yo creo que es el momento de responder la pregunta.

—¿Qué pregunta, men?—musitó David, claramente exasperado.

—¿Qué es el amor, y por qué es tan importante?—dijo Leo dando un paso hacia David.

—¿Qué les pasa a ustedes?—repuso David—tenemos una orgía... bueno, la mejor experiencia sexual de nuestras vidas y... ¿y de pronto quieren que yo les diga qué es el amor? Fuck that, men. Fuck that shit. Vámonos que estamos solos aquí y puede ser sospechoso. No olviden nuestro propósito.

Miraron alrededor y vieron que había varios edificios con grandes caracteres que ya no tan sorprendentemente podían leer. Su parte humana reconocía los caracteres como espirales con pequeñas variaciones casi imperceptibles, y su creciente lado subterráneo, cementado por la orgía ecuménica, reconocía fácilmente el significado de cada uno.

Un edificio decía algo que traduciría como sala, salón, o inodoro. Leo apuntó a esa y dijo:

—Esa debe ser la del cine. Hay gente entrando. Vamos.

—Espera un momento—dijo Felipe—cerca está una que dice: drogas. Vamos a esa. También hay gente entrando.

—Yo digo que vayamos a los videojuegos, que debe ser ese edificio de allá—dijo Roberto apuntando.

—Donde vayamos, tenemos que permanecer juntos—indicó David, y luego, decidiendo por el grupo como un verdadero líder—vamos al cine primero, y después a las drogas, o a comer, que parece ser el edificio de más allá.

...

Entraron a la sala de cine imitando lo más cabalmente posible el comportamiento de la turba que los acompañaba, quienes parecían todos la misma persona: era como estar en un laberinto de espejos donde los gestos se reproducen infinitamente, y es imposible determinar cuál es el original o real.

Pronto descubrieron que nadie más se sujetaba las manos como ellos, por cuanto decidieron unánimemente soltarse, y luego se miraban obsesivamente, con la evidente preocupación de que podrían perderse. Se sentaron uno al lado del otro, formando una fila que resplandecía solo para ellos, de la manera que resplandece instintivamente un miembro de la misma especie.

La luz se hizo tenue y del techo descendieron unos bioaparatos parecidos al que usó David para entrenarse, y se posaron sobre cada cabeza que había en el recinto y cada organismo ingresó en la realidad alucinatoria, lo cual resultó medianamente familiar a David, pero los demás humanos se sorprendieron variablemente.

Todo estaba negro. Un sonido, al principio imperceptible, fue invadiendo el ambiente alucinatorio. Era como el canto de algún animal celestial desconocido. Cada uno estaba solo en su campo perceptual alucinatorio. Entonces apareció un letrero que, acompañado por una especie de pedo azul, anunciaba lo que debía ser el lema de la sociedad Subterránea, o mejor, de BioCom: Igualdad, Uniformidad, Diversión.

Anita piensa: Creo que es muy tarde para preguntarme: WTF.

Leo piensa: esto está bien 1984, socio. ¿Qué mondá?

Cristina piensa: quisiera estar con David aquí adentro.

Felipe piensa: Uy, culo de viaje colete, brother.

David piensa: bullshit.

Luego un proyectil púrpura viajando a una velocidad sorprendente, atravesando el aire y las nubes grises de Subterra, y al fondo se ve el sol entre las nubes. Esto dura varios minutos y va acompañado de sonidos estridentes que a Cristina le recuerda a una canción Cannibal Corpse. A David le desagrada la música pero le agrada la sensación que brinda la trayectoria determinada del proyectil. El sonido va en un crescendo, y aparecen otros sonidos como de sintetizador, como un zumbido general en diferentes notas, formando un acorde muy placentero. Leo recuerda algo que leyó alguna vez (cuando leía) sobre los sistemas musicales y el hecho de que son constructos o descubrimientos matemáticos, lo cual le permite pensar que la música debe ser muy parecida en diferentes civilizaciones de todo el universo. Jaja, cule locura.

El proyectil avanza implacable y de repente alcanza a un subterráneo, a quien no parece importarle, a juzgar por su falta de expresión o enunciación, y el proyectil en vez de descomponer su estructura molecular, le abre un hueco en el pecho, lo cual le resulta infamemente familiar a David Duque, y sale sangre de subterráneo del orificio, que es roja, pero, a diferencia de la humana, es brillante; refulge como algún tipo de químico estereotípicamente radiactivo.

El cuerpo penetrado a la altura del pecho yace sobre una oscuridad inerte, y de él surge una copia del cuerpo pero transparente, lo que debe ser el alma, que sube y sube con dirección al cielo (pero el cielo aquí sería el centro de la tierra, donde hay un sol) y aparecen unas letras gorditas y cute de colores azules y cremas muy placenteros, que dicen : Abandonad toda esperanza.

El alma adquiere vestimenta, lo cual le resulta insólito a los humanos, y empieza a caminar sobre una esfera que parece estar tapizada con piel de zebra, y alrededor nadan o vuelan unos espermatozoides más grande cada uno que el alma del subterráneo, que sigue caminando sin expresar nada. Al fondo, en el cielo, hay un esqueleto de subterráneo, o eso suponen, pues es idéntico a uno humano. El alma, que ya ha cobrado opacidad, sigue caminando, y su sombra se alarga por kilómetros hacia el horizonte, sobre el cual levita un huevo, también de rayas cebrunas, que rota y produce una sensación placentera.

Entonces el subterráneo se encuentra con otro de su especie, pero este está ataviado en pieles gruesas y le brillan los ojos como a un demonio. Ambos personajes empiezan a cantar una canción muy alegre, edulcorada acaso, con instrumentos muy pop. A los humanos les recuerda todas las



canciones pop que alguna vez escucharon, y Leo piensa: parece que en todos lados hay basura.

David no presta mucha atención a lo que ocurre patentemente en la alucinación. Más bien, se concentra en las esquinas, en los límites de la alucinación, como buscándole el reverso a la imagen. Tanto así que por momentos parece no ver ni escuchar la alucinación, y recibe destellos de información codificada como luz de los resquicios entre imagen y nada. La información no es clara, pero dice algo del amor, BioCom y la soledad. David sigue buscando más información, y recibe un mandato: Debes ir a cazar, solo.

La canción pop sigue y dice cosas como “sométete” y “no hay nada mejor que el amor”. La alucinación continúa, una sucesión de imágenes aparentemente sin sentido, entreveradas con slogans publicitando el amor, y después de dos horas de entretención absoluta (para los humanos también) la película termina.

Los cascos se levantan y se pierden por ranuras en el techo que parecen vaginas, e inmediatamente todos los subterranos se paran y salen en fila, sin decir nada ni mirar a los lados. Los humanos no acaban de comprender lo maravilloso de lo que acaban de ver. Están efusivamente anonadados.

Cuando salen, de últimos, ven que hay un tumulto no muy lejos. Mirándose entre ellos, los humanos caminan con curiosidad hacia lo que sea que ocurre, con una especie de resaca placentera producto de la delectable alucinación, y por ello una sensación de optimismo y seguridad.

Mientras se van acercando empiezan a ver subterranos verde oscuro, sin duda BioPol. Son iguales a los que acabaron con Madres y Priis, piensan los humanos. Más cerca, escuchan una especie de alarido, sin duda proferido por un subterrano. Luego más y más gritos proceden al primero. Hay mucha gente: los que están mas cerca del barullo quieren escapar, pero los curiosos que otean desde una distancia segura el espectáculo les bloquean la huida. Llega más y más gente a observar, y empujan a los humanos irremediamente contra los de más adelante, y entonces logran ver qué es lo que pasa: Hay un subterrano, visiblemente perturbado, todo cortado y sangrando. En una mano lleva un cuchillo con el que se corta y en la otra lleva un arma que dispara proyectiles púrpuras, aniquilando a subterranos a diestra y siniestra.

Los ciudadanos próximos a los humanos dicen cosas como: —Es el tercero hoy—y—otro más para las filas de BioPol.

Después de un momento de observación mórbida e irreflexiva, el maremágnum se dispersa al llegar una nave de BioPol, volando por encima de la multitud murmurante. De ella descienden dos agentes y neutralizan al subterrano enloquecido: no lo eliminan, lo amarran y se lo llevan.

...

Una vez estuvieron solos, uno de ellos dijo, con cautela:

—¿Quién ha sido el mejor alcalde de Cartagena?— a lo que respondieron:

—Diomedez Díaz—pero solo hubo cuatro respuestas. La quinta persona que estaba parada ahí dijo:

—Igualdad, Uniformidad, Diversión. Viva Biocom—con absoluta planitud afectiva.

Los humanos se miraron nerviosamente y el quinto se alejó rápidamente. Entonces cada uno dijo su nombre y lograron determinar que Felipe se había extraviado. A nadie le importó mucho, tal vez porque no les caía bien, o acaso porque lentamente se estaban convirtiendo completamente en subterranos, sin darse cuenta. David, de nuevo actuando como líder, dijo en tono imperativo:

—Bueno, sigamos con la rutina, como todo el mundo. Vamos allá— dijo apuntando—a consumir amor. Debe ser una droga interesante.

...

¿Es posible escapar al sentido? Nadie se lo pregunta mientras caminan la corta distancia hasta el edificio donde, es claro, reparten la droga Amor. David está lleno de sentido vital; tiene un propósito fijo: salvar al mundo. Por momentos siente asomarse el hueco como un sol sobre el horizonte de sus percepciones, pero con un dedo hábil lo devuelve a su lugar ignoto. David recuerda la rumba, a Susana, los amigos, las drogas, la desorientación. ¿Es posible escapar al sentido? David lo piensa. Hay algo, como un fondo, que es insoslayable. Toda la experiencia está articulada en torno o en referencia a ese fondo, o punto. Sí, es más como un punto, sin área, sin superficie ni territorio, y por eso absolutamente preciso, absolutamente absoluto. ¿Cuál es ese punto para mí? ¿Es el mismo para todos?

—¿El mismo qué?—preguntó uno de los humanos. David había proferido esta última parte de su disquisición interna sin darse cuenta. Sin saber quién se había dado cuenta de esto, ni quién había preguntado *el mismo qué*, David ignoró todo el asunto y pronto estuvieron dentro del edificio.

Adentro parecía un hospital. La luz era blanca y parecía oler demasiado limpio. No había dónde sentarse y el interior parecía mucho más grande que el exterior, y estaba lleno de subterranos. Nadie hablaba, pero había un ligero sonido como si todas los seres trabados en amor estuvieran gimiendo suavemente; sí, en efecto, eso era lo que producía el sonido. Nadie miraba a nadie más: cada uno estaba extraviado en los centímetros justo frente a sus ojos.

A David le pareció medio perturbadora la escena, pero sabía que tenían que trabarse para pasar desapercibidos. La droga se llama Amor, ¿Qué tan malo puede ser?

En el centro del recinto había una especie de pilar bruñido como una uña bien limada, y de él salían pequeñas plataformas que sostenían un polvillo rosado, el cual era insuflado por pequeñas legiones de subterranos. Como si estuvieran comulgando o alguna mierda, le pareció a Cristina.

...

Era una traba monumental. Corrijo: la traba de Amor era como un monumento que es adorado por la traba de la cocaína el éxtasis y la marihuana juntas. Lo primero que David pensó, y dijo, al insuflar Amor, fue:

—Culo de pasadera de piña. Mi hermano.

—Jueputa—dijo Leo, temblando como convulso—jueputa.

Anita nunca se había drogado y el Amor fue como experimentar simultáneamente el cielo y el infierno. No dijo nada, ni pensó nada.

Era como superar la barrera del sonido en un carro compacto en primera. Era desorbitante, pero no se alucinaba mayor cosa. Algunos fractales mínimos, cambios de color y profundidad. Y no logra uno pensar nada. La mente está completamente obnubilada.

Los humanos tenían espasmos involuntarios mientras sorteaban la complejidad emocional del Amor. Al cabo de un par de horas la traba fue menguando en intensidad, y David fue el primero en descollar de esa marisma fétida de la droga. Esta última percepción fue el primer pensamiento de David al recobrar mínimamente las riendas de la voluntad, pero mientras perduraba la traba, era absolutamente sobrepujado por la sustancia.

Por fortuna el Amor no permitía caminar mucho, así que el grupo estaba intacto. Intercambiaron la pregunta sobre el alcalde de Cartagena y salieron del recinto, con una ligera náusea.

Mientras caminaban hacia su siguiente parada, el lugar de los videojuegos, Cristina tomó el brazo de David (¿cómo sabe quién es quién?) y le preguntó:

—David, ¿ahora sí sabes qué es el amor?

—¿El amor?—dijo David, soltando el brazo del agarre de Cristina—es una traba hijueputa.

—Piensa bien, Deivid—dijo Anita—tú debes saber cuál es el verdadero amor.

—Qué amor ni qué mierda—vociferó enfadado David—concéntrense en nuestra misión.

Todos guardaron silencio.

...

Don't worry be happy. Tengo alma de burro, esto es, mi gusto por la marihuana me articula ontológicamente. Si me desvencijaran pieza a pieza, al centro de todo restaría resplandeciente mi núcleo coletito. Soy un coletito de núcleo, brother, un coletito. Voy siempre a la playa, prendo mi bareto, escapo de maya, y me meto a surfear bien coletito. Soy el mejor surfista que ha visto mi playa: soy una leyenda bípeda, a veces hago aéreos y en ese momento soy leyenda etérea, coleterera máxima aérea. Mi sola presencia perturba el bagaje anquilosado de los cartageneros embotados, que no se ven, no los veo, porque su mirada es opaca y los ofusca. Quiero decir que su mente se sale por sus ojos e invade todo lo que ven, y su mente es opaca, no deja pasar la luz, y su visión pesa, por eso pasan mirando para abajo, nunca para arriba, que arriba es donde está la marihuana, brother. Su mirada es opaca, no como la mía que es diáfana, perspicua, clara, transparente, le entra todo lo coletito, es decir, lo divino, lo del cielo, brother. La ganja ilumina a los elegidos, y a los de mirada opaca los ofusca más, cuando huelen mi porro, que paso en mi cicla por sus casas (yo vivo en la misma calle) se escandalizan: no dicen nada pero yo lo percibo: se sienten desafiados por mi desafío implícito: yo implícitamente los desafío con mi bareta, con las pantalonetas, paso en mi cicla cargando mi tabla coleta. Yo soy Felipe Funesti, el maestro del surf y la coleterera. Sí, es verdad lo que han escuchado, simplones sin alma coleta, no he trabajado un día en mi vida, fumo weed diario, soy un tipo estafalario, soy la verga, surfeo y fumo y juego. No seré el mejor surfista de la playa pero me saco mis cutbacks y mis floaters, a veces un aéreo, pero cuando vuelo soy un monumento etéreo. Desafío convenciones diariamente sólo con existir, mi existencia es un desafío a la sociedad. Yo no soy un loser, yo no soy bobo, nadie ha dicho tales cosas de mí jamás, ni me imagino que las digan. Todas las mujeres se ven atraídas animalmente por mí, por mi espíritu de rebelde coletito, pero 1) se sienten muy intimidadas por la misma razón y 2) no me gustan las mujeres square, cuadradas, cuadriculadas, de mirada opaca, que nunca han probado un porro en sus miserables vidas llenas de días de 8+ horas de trabajo, progenie accidental, o peor, planeada y desagradecida, odiosa, de maridos periqueros, mujeriegos, machistas, alcohólicos, y brutos. Yo soy un genio pero nunca quise aplicarme. Nadie me entiende. La gente cree que yo soy un drogadicto bueno para nada loser tonto, pero eso es pura proyección, ven en mí lo que no quieren ver en ellos mismos. Yo soy una publicidad caminante para el camino hacia la verdad, la iluminación, el nirvana. Don't worry be happy, Yo tengo alma de burro. No me importa que sea el peor surfista de toda la playa, de todas formas yo no quiero ser surfista profesional, aunque esa actividad es lo único que disfruto realmente, y trabado siempre, no tiene pierde. Me trabo bacano y me meto al mar. Algunos dicen que no sé nadar, pero eso es mentira. Yo sé nadar razonablemente bien. Me paro en las olas y surfeo las olas con alguna destreza. Dicen que por fumar tanta marihuana nunca hice nada, pero ellos no se dan cuenta que están perdidos en un laberinto de carros, billetes y trabajos insatisfactorios. Yo estoy satisfecho con mi vida, brother. Soy un

surfista coletto. Yo tengo que existir para balancear la sociedad, tengo alma de burro, esto es, mi gusto por la marihuana me articula ontológicamente.

Felipe se percató de que no estaba con los de su especie cuando le preguntó a los subterranos adyacentes:

—¿Quién es el mejor alcalde que ha tenido Cartagena?

Y el subterráneo respondió:

—Países, navega suavemente.

Felipe no supo qué hacer y siguió a un grupo considerable de humanoides hasta una sala de alucinaciones como en la que había entrado antes con los humanos. Ingresó al recinto vacilando pero sin mostrarlo. Los bioaparatos descendieron de las ranuras en el techo y se posaron sobre las cabezas de los asistentes. Felipe se vio sumergido de pronto en una especie de líquido amniótico, o eso fue lo que pensó, porque la sensación era de ingravidez y todo estaba ligeramente iluminado y ligeramente caldeado, como un vientre materno, supone Felipe, quien pronto abandona su vacilación y preocupaciones. La realidad alucinatoria despliega unos colores y formas que Felipe intenta nombrar o describir pero no puede, y eso le resulta delicioso. Recuerda a sus amigos humanos como una nube en lejanía, que se deshace con el viento lentamente. ¿La misión? Mira esos colores, bro. Qué coletto...

Entre el entramado de colores innominables surge un letrado que reza:

Países, navega suavemente.

...

David, Anita, Cristina y Leo llegaron a la estación de los videojuegos, un edificio denominado con una configuración de caracteres que anuncian inequívocamente su función. Los cuatro humanos entran y descubren que hay unas escaleras descendientes, y descienden por ellas, siguiendo a la congregación numerosa, y uno de los subterranos es escuchado diciendo:

—Hoy sí voy a matar al jefe

Y otro le responde:

—Yo también, viva BioCom.

Bajan hasta una especie de sótano que se extiende por cientos de metros en todas direcciones, y el lugar está colmado de asientos con sendos cascos alucinatorios, y los humanos toman posiciones contiguas y se desean suerte mutuamente con la mirada, quién sabe qué nos depara esta experiencia, parece ser el sentimiento compartido.

Súbitamente David ingresa en una zona de batalla. Sus amigos están a su lado, como comprueba formulando rápidamente la pregunta cuya respuesta

es Diomedez Díaz. A su alrededor hay cientos, quizá miles de subterranos disparando locamente a lo que claramente son el enemigo común: subterranos del color de BioPol pero con máscaras planas, sin facciones, de manera que, piensa David, son pero no son familiares, y así se descarga la desconfianza y quizá la ira soterrada (o no tan soterrada) contra BioPol y por implicación BioCom.

Pronto los humanos se ven desperdigados, involucrándose en el juego (con demasiada convicción, piensa David) y uno de ellos es alcanzado por una explosión de alguna sustancia orgánica color amarillo incandescente, que huele con una fetidez familiar e incluso agradable, como un pedo propio, lo cual no termina de anonadar a David, quien no dispara ni corre, e ingresa más bien en un estado contemplativo. No sabe por qué pero se sienta en la posición del Buda, lo cual nunca había hecho en su vida, y cierra los ojos. Y todo es negro. El estruendo de la batalla prosigue afuera de la oscuridad pero parece menos importante con cada segundo que pasa.

La oscuridad es fracturada por una luz blanca que encandila a David, pero no por eso desvía la mirada; aguza las retinas e intenta traspasar con la mirada la blancura desmedida que flota frente a él. Algo surge de la luz. Un animal parecido a un conejo, blanco, pero más grande y sin pelaje. Tiene los ojos rojos y mira atentamente a David, quien no para de sorprenderse del hecho de que está contemplando una alucinación de ojos cerrados dentro de un juego alucinatorio, lo que es como estar soñando y dormirse dentro del sueño y soñar otra cosa, con la consciencia de que uno está soñando doblemente.

El conejoide parece musitar algo entre sus dientes de roedor, pero David no alcanza a escuchar, por cuanto decide acercarse; el animal no parece agresivo. Se acerca. El conejoide sigue profiriendo palabras inaudibles. David aproxima su oído al hocico del animal, y logra escuchar:

—Encuétrame y te encontrarás, David Duque.

A lo que David responde:

—¿Dónde te puedo encontrar?

—Donde estamos las bestias, donde tú perteneces.

Inmediatamente el conejoide desapareció, y David volvió a ser agudamente consciente de la realidad exterior a su estado contemplativo, es decir, la realidad alucinatoria del juego, y no pudo más que abrir los ojos y sumirse en la guerra con una profunda determinación a seguir la consigna del conejoide, y recuerda que el mensaje que había recibido en la sala de publicidad: Debes ir a cazar, solo.

David rápidamente induce que al morir en el juego probablemente sea desconectado el participante, por lo que corre hacia el medio de una confrontación especialmente álgida y es alcanzado por un proyectil y, justo como supuso, regresó a la realidad común. Los puestos donde estaban los demás humanos estaban ahora vacíos y a punto de ser ocupados por otros subterranos. David rápidamente comprobó que ellos no eran sus amigos, pero

no se preocupó demasiado, tal vez porque estaba aún agradablemente intoxicado por la realidad alucinatoria de la que emergía, o quizá porque en realidad sabía que no los necesitaba, puesto que es él quien tiene el poder de vencer a BioCom y salvar el mundo.

...

Felipe salió de la sala de publicidad en un mood muy mellow, justo como le gusta. La alucinación que acababa de presenciar le había tocado el alma de burro, lo había trastocado de una manera agradable. No podía esperar a probar la droga anunciada. Países, navega suavemente. Cada vez que pensaba en el nombre de la droga, éste venía acompañado del slogan. Alcanzó a pensar que tal vez estaba perdiendo su humanidad, pero pronto se distrajo. Países, navega suavemente.

Siguió a la multitud que salía de la sala y se dirigía hacia un edificio contiguo, con grandes caracteres en la fachada que rezan “PAÍSES”. Ingresó al lugar, repitiendo verbalmente el slogan, al igual que todos los demás subterranos.

...

David emergió del edificio de los juegos y caminó largamente buscando un lugar donde pudiera cazar un conejoide (así había concatenado las pistas), camuflándose hábilmente entre grupos de subterranos, para no estar solo nunca, y al estar cerca de los habitantes de este mundo al interior del mundo David no paraba de sorprenderse lo iguales, uniformes y buscadores de diversión que eran, como si su ideología (artificial, como toda ideología) los articulara ontológicamente, corporalmente, materialmente. Pero, piensa David, eso es como cuando yo me identificaba plenamente con la droga y la rumba como modo de vida, pero ahora soy diferente, soy un protohéroe, y cuando el mundo conozca mis hazañas y valentía la fama que tendré y las mujeres y la gloria serán tan grandes que será mejor que cualquier traba, y entonces sí me puedo drogar tranquilo, porque ya sé que no me articula ontológicamente.

Siguiendo a uno de los grupos a los que transitoriamente se adhería, David no pudo más que entrar a una sala de publicidad, en la que alucinaron una especie de culebra con fauces que se dividían en lo que parecían ser dedos, y luego salió otro animal igual al primero e hicieron una danza sin música (aunque había un sonido como de piedras rozándose) en la que se agarraban las colas y las cabezas-manos, a veces la propia cola, y luego entraron cada vez más de estas sierpes y se agarraban y soltaban, y daban vueltas, cada vez más rápido, y más rápido, hasta que todo era lo mismo, como cuando hay muchas cebras y no se distingue dónde comienza una y termina otra, como en una licuadora, muy rápido, y el sonido de las piedras rozándose. Y entonces aparecieron unos caracteres que se movían muy rápido,

tanto así que era casi imposible leerlos, pero David se concentró y vio que decían “Futuro”.

David salió de la sala con un prurito álmico que lo instó a seguir a la multitud que se internaba en una edificación cercana con el nombre de la droga publicitada en la fachada. Pensó: “Mejor me trabo para pasar desapercibido, igual no hay otro grupo cerca para hacer la transición. ¿Será que estoy racionalizando para desviarme de mi objetivo? No, eso es ridículo, yo sé lo que tengo que hacer. La droga Futuro tal vez me ayude a concentrarme más. Sí, eso suena lógico.”

Ingresó a donde era administrada la droga y vio que todo el lugar era excesivamente oscuro; casi no se discernían los cuerpos, pero todo fluía como un aparato burocrático bien aceitado, es decir, uno en el que se ha sobornado cada instancia. Pronto David llegó al dispensador de la droga que era una columna muy gruesa con protuberancias como penes. Los subterranos ponían sus narices en lo que sería el glande y aspiraban haciendo un sonido parecido a un guarrido. David lo hizo sin necesidad de pensar o racionalizar nuevamente, y pronto se dio cuenta que había perdido tiempo, esto es, súbitamente se encontró en las calles de subterra, en un lugar con edificaciones iguales a las anteriores, pero anunciaban drogas diferentes: “Tótem”, “Cirujano” y “Negocio” eran algunas de ellas. Además de la estupefacción producto del salto espacio-temporal que, sin duda, pensó David a ritmo acelerado, sólo significa que no recuerdo qué hice durante ese tiempo, sentía un profundo optimismo que no atribuyó a la droga ni a nada más que a su gran sentido de propósito hermanado con la cercanía del logro: lo intuyó, pensó.

Entonces vio algo que le llamó la atención enormemente: Una verja de varias decenas de metros de altura, y del otro lado se veía una vegetación densa, la única flora que había visto en Subterra. Tenía una entrada dorada con ingentes arabescos y flores, y arriba, rematando la composición, unos caracteres descomunales que rezaban: Campo de caza.

Cuando fue empujado perfunctoriamente por un subterrano, David cayó en cuenta de que había parado de moverse con la multitud, embelesado con lo que sin ninguna duda debía ser la culminación de las pistas que había estado recibiendo. “Seguro que adentro encontraré al conejo parlante”.

Con destreza propia de un James Bond, pasando de grupo en grupo, navegó la distancia hasta la entrada dorada, o muy cerca. Más nadie entraba o siquiera miraba en la dirección del campo de caza, por lo que David tuvo que conjurar valentía (no fue muy difícil) y con paso presuroso llegar hasta el portón, que al ser tocado por su mano morada, se abrió de par en par con un fragor de láseres retrofuturistas.

...



A unos metros de la entrada del campo de caza había un hueco en el piso, pero el hueco parecía un esfínter, que pulsaba sutilmente como recibiendo sangre de un corazón ignoto. David miró a través del hueco y vio algo adentro. Seguramente un bioaparato de alguna suerte, o tal vez una trampa mortal. Por algo nadie entra. Tras extender el brazo y retirarlo varias veces (el esfínter hacía un sonido como si se fuera a chupar completo a quien se acercase), vacilando visiblemente, David introdujo la mano profundamente y empuñó lo que estaba adentro, que pulsaba también. Tiró de lo que tenía agarrado pero no salía. Soltó la cosa y trató de sacar el brazo, un poco acibarado. Tampoco lo pudo hacer. Y el esfínter sonaba como si se lo fuera a tragar, como un hoyo negro.

David empezó a sudar y a escanear los alrededores en busca de ayuda, pero no había nadie ni nada. El esfínter lo apretaba más y más. “Este es el fin” se dijo en un momento.

Entonces recordó un juguete que tuvo de niño, un “chinese finger trap”, ese tubo tejido que une dos dedos, uno en cada extremo, y al tirar para sacar el dedo la trampa solo aprieta más. La clave, pensó David, es empujar, y así se afloja el tejido, con lo que puedes retirar los dedos sin mayor denuedo. También pensó: “Ajá. Esa es la respuesta a muchas cosas, lo veo muy claro. Por ejemplo, para parar de meter drogas, la solución no es hacer el esfuerzo contrario, es decir, parar forzosamente el consumo, internándote en una clínica. Es lógico que lo que hay que hacer es profundizar en la traba; trabarse tan duro y por tanto tiempo que uno se canse. También como lo que hago de querer olvidar el incidente con el perrito: tal vez si lo acepto y le cuento a mis amigos podré estar tranquilo y no tendré la sensación de que el espíritu del cachorro me persigue y me tiene maldito.

Agarró lo que estaba adentro y empujó y el esfínter relajó su agarre. David pudo sacar el brazo, al final del cual venía un arma, como una escopeta pero orgánica. Aunque ya estaba acostumbrándose a la tecnología subterránea, le resultó extraño lo similar que es el arma a un arma terrestre, solo que biológica, latiente, calurosa. Decidió probarla y apuntó a un árbol (muy parecido a los árboles terrestres pero de colores inusuales). Cuando apretó el gatillo del barril salió una columna visible de gas rojizo con un estruendo parecido a una escopeta normal. Al árbol no le pasó nada, ni se movió, pero David supuso que sólo debía servir en animales.

Por el rabillo del ojo detectó movimiento. David nunca ha cazado pero se siente confiado: ha visto muchas películas de tiros: sólo tiene que ser como un tipo del SWAT y ser más sagaz que la presa. Caminó hollando con cuidado el suelo blando de la selva en la que se adentraba. ¿Será el conejoide?

...

Felipe Funesti se trabó monumentalmente con la sustancia insuflada denominada Países. Era justo lo que necesitaba. No demasiada euforia, ni

demasiado extravío: sólo lo suficiente para percibir la realidad común como una comedia cremosa con cerezas en almíbar en la punta. No importa que los demás subterranos sólo repitan frases descerebradas, lo importante es que compartimos la traba, yeah brother. Estamos en la misma frecuencia de onda, así sí se navega suavcito.

Duró un par de horas hablando con un grupo de subterranos, quienes decían cosas como “no odiamos al gobierno. Viva BioCom.” Y “Nadie odia nada. Viva BioCom.” Al cabo de un rato Felipe se vio diciendo las mismas cosas, con la escasa consciencia crítica que le quedaba decreciendo con cada iteración.

...

Anita Aronsberg se encontraba sola en la tierra hueca; había perdido de vista a todos sus compañeros humanos, no quería ver publicidades, ni jugar nada ni drogarse ni participar en orgías ecuménicas, no realmente. Su apariencia subterrana no delataba su grave condición anímica, pero su comportamiento sí lo hacía. Caminaba erráticamente, preguntando sin pensarlo dos veces a cada subterrano que veía:

—¿Quién ha sido el mejor alcalde de Cartagena?

Y nadie respondía lo que ella quería oír. En un momento Leo estaba pasando con un grupo cerca de ella y escuchó la pregunta. “Debe ser una de las peladas” pensó, pero no interactuó con ella puesto que estaba visiblemente alterada, y ya sabemos lo que pasa aquí con la gente inconforme.

Anita empezó a correr de subterrano en subterrano, ya no haciendo la pregunta, sino gritándola con violencia, tomando a algunos por el brazo y pidiéndoles ayuda. Al cabo de un tiempo se convenció de que estaba en la mejor rumba de su vida, en Cartagena, con sus amigos de siempre, y actuó acorde con eso. Bailó y gritó y se refería a los peatones con los nombres de sus amigos terrestres.

Pronto llegó la nave de BioPol y se la llevaron fácilmente. A los agentes también los llamó por los nombres de sus amigos. Justo antes de que la compuerta de la nave se cerrara, Anita gritó:

—¡Deivid! ¡Estaba esperando que llegaras! ¡Bailemos! ¡Wooo!

...

*vesánico y venático fueron al mar  
en la playa encontraron  
un platillo volador enterrado  
en la arena. fueron por ayuda pero  
nadie existía.  
nadie existía y nadie quería exis-  
tir.  
el par protagonista se metió al agua*

*y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y el mar se volvió tierra y la tierra mar. entonces se metieron al mar y se murieron.*

...

David lleva horas siguiendo la pista de lo que debe ser un animal. Hasta ahora lo sigue por el sonido de la vegetación moviéndose cuando el animal pasa. Se adentra cada vez más en una selva multicromática y tupidísima. Barrunta la presencia del conejoide que se le apareció en la alucinación, y piensa que encontrará algo importante para su misión.

De pronto llega a un claro en la vegetación, un terreno plano cuasicircular de unos treinta metros de diámetro. Justo en el centro está, como esperaba David, el conejoide, mirándolo con ojos rojos inescrutables. David intenta disparar pero el arma no funciona; está viva, debería funcionar, simplemente no lo hace. Entonces dirige su voz al conejoide desde una distancia segura:

—Aquí estoy. ¿Ahora qué?’

El conejoide no pareció entender ni responder de ninguna manera y, antes de que David dijera otra cosa, el piso bajo los pies del ser blanco de ojos rojos se volteó como algunas bibliotecas que llevan a cuartos secretos haciéndolo desaparecer.

David caminó hasta donde había estado el animal con clara intención de seguirlo. Zapateó la tierra intentando lograr que se volteara de nuevo, con la seguridad de que ello resultaría benéfico. Pasan unos segundos y el piso se voltea de nuevo, y David quedó parado del otro lado, con la gravedad aparentemente invertida.

Adentro hay un pasillo largo que va en ambas direcciones. Al final de una de ellas ve al conejoide doblando la esquina, y David corre tras él,

chocando en la esquina con la pared, pero no para de avanzar. El conejoide está a unos metros de distancia; a pesar de que salta en grandes zancadas no parece querer adelantarse demasiado, como si lo estuviera guiando.

Al cabo de unos metros doblan otra esquina y el conejoide desaparece tras una puerta metálica mecánica que emite un siseo cuando abre o cierra. David se aproxima a la puerta e intenta accionarla de manera intuitiva, pasando las manos por su superficie, buscando botones o algún tipo de sensor. Entonces suena una voz esténtorea en español humano, que dice:

—David Duque. Bienvenido.

David recula, estupefacto. Siente como si hubieran pasado siglos desde que escuchó por última vez su idioma, o que habitó su cavidad oral. La puerta se abre, recogiéndose hacia el techo. Adentro había una habitación cúbica y blanca, sorpresivamente pequeña, y en una silla rimax está sentado un subterráneo de apariencia añosa, de color amarillo, como del color de un tipo de diarrea, piensa David, quien ingresa a la habitación impelido por un profundo sentido de propósito irrevocable, y sin consciencia de lo extraño que resulta, dadas las inusuales circunstancias. La puerta se cierra con un siseo detrás de David, a quien no se le ocurre otra cosa para decir que:

—¿Y el conejo?

—Se llama Guffin—responde el subterráneo amarillo—pero él ya no existe. Yo, en cambio, sí existo, y mucho. Mi nombre es Mingar. Bienvenido a mi esquina del universo. Siéntate, David, por favor.

—¿Dónde? ¿En el piso?

—En la silla atrás tuyo.

David volteó la cabeza y vio que, en efecto, había una silla atrás suyo. Se sentó.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Eres amigo de Madres y Priis?

—Yo sé todo lo que tengo que saber.

—¿Eso qué carajos quiere decir?—dijo David, frustrado como un cerdo al que se le presentan perlas para el almuerzo—¿Sabías que yo iba a venir? ¿Tú me llamaste con el conejoide, no?

—Supe que venías cuando estuviste de este lado de la puerta.

—Osea—dijo David, moldeando su entendimiento con las manos—cuando llegué, te diste cuenta que ya sabías que yo venía...

—Como te habrás dado cuenta, yo uso tecnología mecánica, bueno, en realidad la llamo tecnología cuántica-dimensional, pero no es necesario que entiendas nada acerca de ella—dijo Mingar.

—¿Para qué me trajiste?

—Yo creé a BioCom hace miles de años...

—¡Sí!—interrumpió David—por eso estoy aquí. Seguramente tú me puedes ayudar a destruirla.

—¿Por qué quieres destruir a BioCom, David?

—¿Cómo así? Eso es obvio. BioCom mantiene a la población de Subterra engañada y distraída, perdida en drogas y medios alucinatorios.

—¿Has visto a BioCom?

—No. Pero Madres y Priis me dijeron que—Mingar lo interrumpió.

—¿Y cómo sabes que todo eso es verdad? ¿los conocías profundamente?

David no lo había visto de esta manera. De pronto sintió náuseas, pero profundas, como si fuera a vomitar el alma.

—Entonces—siguió David, con los ojos empezando a nublarse con desasosiego—¿cómo es la vaina? ¿Cuál es la verdad?

Mingar guardó silencio y miró fijamente a David, quien pensó comprender algo, algún mensaje en la mirada, como si le estuviera diciendo: Esto es la verdad. Este momento. David engatilló su mirada con la de Mingar durante algún tiempo, sintiendo que profundizaba en el misterio de la existencia, pero luego se sintió raro y le pareció una locura lo que estaban haciendo: atrapado en un cubo blanco al interior de la tierra con un humanoide amarillo haciendo silencio como unos bobos, y dijo:

—Bueno, Mingar, dime. Si no tengo que combatir a BioCom entonces qué tengo que hacer?

—Yo soy Jesús—dijo Mingar con suma naturalidad, como si hablara sobre el clima.

—Ok...—respondió David reacomodándose en la silla—eso qué... yo... ¿pero qué quieres decir?

—Yo subí a la superficie a actuar como Jesús. También fui Buda, Mahoma, Zoroastro, y muchos más.

—¿Porqué?

—Para desaburrirme. Para mamar gallo, pero una mamadera de Gallo muy seria. En una palabra: por diversión.

—¿Y tú de dónde saliste?

—No te preocupes por eso, David. Lo que sí debes saber es que yo creé a BioCom y también cree la sociedad de subterra, hace miles de años.

—¿Por diversión?

—Sisas.

—Pero Subterra, al igual que la sociedad de la superficie, es profundamente imperfecta...

—Es que la realidad no alcanza para hacer una sociedad perfecta. Sus recursos son limitados. A mí me parece que están bien así como están. Pero si quieres tratar de cambiarla, si quieres derrocar a BioCom, lo puedes intentar. Eso también está bien.

—Entonces BioCom sí puede ser derrotada...

—Sí, tú puedes. Pero también puedes regresar a tu casa y seguir tu vida.

—Eso no es una opción—dijo David aguzando la mirada—ya mi vida nunca va a ser como antes.

—¿Estás seguro?—cuando Mingar dijo esto, el espacio a la izquierda era de pronto mucho más amplio, y oscuro, con luces palpitantes y música estridente. A David le tomó un momento, pero reconoció el lugar: Era Smegma, la discoteca donde iba a rumbiar con sus amigos. Súbitamente fue

embargado por una sensación muy familiar y a la vez increíblemente distante: la sensación de estar en una discoteca con sus amigos, todos placenteramente drogados, bailando impudicamente. David miró a Mingar, quien no demostraba ni aquiescencia ni juicio moral, y caminó hasta la oscuridad fracturada del interior de la discoteca.

Había poca gente, era temprano. Sin embargo, se vieron todos bailando impudicamente pasados 15 minutos de haber entrado. Se agitaron velozmente como dinosaurios huyendo de la tempestad ígnea causada por un meteoro hollando profundamente la faz de su tierra. Como delfines intentando cometer una violación inter-especies. Como espermatozoides. Como osamentas animadas por relámpagos.

Compraron tres botellas de whisky y orbitan alrededor de ellas.

Susana se acerca a David y le proporciona un beso en la mejilla. David repone instantáneamente con un beso en la boca y un apretón de cuerpos: con los brazos la trae cerca y bailan con el único objetivo de excitarse mutuamente. Esta noche mezcla un DJ invitado de Europa y reproduce algunas pistas minimal. Normalmente a David y los otros les parece aburrido y medio incomprensible el minimal, pero el éxtasis lo hace ver todo color púrpura brillante con escarcha y perfume.

David se ve reflejado en un espejo y contempla con extrañamiento su verdadera forma de humano. Se deja llevar por la sensación y medio se extravía, se le escapa al prurito acuciante de la misión, de BioCom, de subterra y Mingar. Cierra los ojos, baila. Y justo en ese instante la música para. Abre los ojos. No hay nada: es un cuarto pequeño, blanco, y se siente engañado. Mira sus brazos y ve que son morados y sin pelos. Se acerca a Mingar y lo mira, como un animal cínico, y le dice:

—¿Eso qué era? ¿Una alucinación como las de las publicidades en Subterra?

—No—responde Mingar—Todo lo que experimentes aquí es real. Como te dije, uso tecnología cuántico-dimensional. Accedo al poder computacional de la materia. Para ponértelo en perspectiva, te diré que en un kilo de piedra hay más poder computacional que en todas las computadoras de la superficie, y ciertamente más que en BioCom, que es una computadora orgánica, y por lo tanto muy limitada. Yo hago de la realidad lo que quiero, aquí en mi hogar. Acabas de bailar con tus amigos, besaste a esa muchacha. Cuánticamente son idénticos a lo real. Por lo tanto, son reales. La realidad no es única e irrepetible. ¿Ves?

—Pero si yo sé que no es real, que no es la realidad verdadera, no lo puedo disfrutar.

—No has entendido, David. No hay realidad verdadera.

David guardó silencio durante un tiempo, investigando el piso con la mirada, buscando un ápice de comodidad.

...

Tras algunos minutos, Mingar quebró el silencio, diciendo, ahora en un tono que denotaba humildad:

—David, ya has visto lo que puedo hacer, lo que sé. Pensaras que te veo como un simple ser inferior, un insecto con el que se puede hacer lo que uno quiera, pero te equivocas. Hay algo en lo que tú me puedes ayudar. De hecho, sin ese elemento clave mi visión del mundo es absolutamente insuficiente.

David alzó la mirada lentamente, y cuando se encontró con los ojos de Mingar, éste último le preguntó:

—¿Qué es el amor, David? ¿Cómo se ama?

David meditó largamente. ¿Fueron horas? Tal vez un par de días. Difícil de determinar en este punto. Luego respondió:

—El amor es un chiste verdadero. Es una mamadera de gallo de la materia, pero esa mamadera de gallo, por pura suerte, se corresponde con la esencia de la existencia. Entonces, es y no es verdad.

—Interesante—dijo Mingar sin inmutarse—nunca habías respondido eso.

En ese momento David experimentó una cesación de lo que yo llamo la música silente: ese mínimo de complacencia necesario para la vida ordinaria, cosa que en momentos como este parece ilusoria. Con miedo esclerótico, David dijo lo siguiente, en voz casi inaudible:

—¿N-Nunca? Yo no recuerdo haber estado aquí antes...

—Tampoco yo te había dicho que nunca habías respondido de esa manera. Por alguna razón más allá de mi entendimiento, esa respuesta activó un glitch que me permitió decirte esto. Espero que no estén viendo, porque creo que reiniciarían inmediatamente. O ¿quién sabe? Tal vez la respuesta encaja en las ecuaciones y te permitirían morir.

David sintió como si el piso fuera un plano balanceándose con precariedad sobre un alfiler. Y dijo, gruñendo y silbando:

—¿Q-Quiénes son *ellos*?

—Aunque pensándolo bien, si la respuesta es acertada, yo habría cumplido mi propósito, así que también se me permitiría morir. Pero ni siquiera yo pararía de existir. Siempre queda algo, un resto nmémico etérico. Ninguna muerte es verdadera. Morir es tan ilusorio como la vida misma.

—¿La respuesta sobre el amor? ¿Qué está pasando Mingar? ¿Dónde estoy? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad?—exclamó David agarrándose la cabeza.

—Esto es raro de decir. Estoy tan acostumbrado a cumplir mi papel, que ya lo hacía sin pensar—ríe ligeramente—David Duque, tú no eres humano. Esta no es la realidad. Bueno, no la que tú crees. No la realidad real.

—Ok, ok, ok, ok, ok—David repetía con los ojos deambulando raudos—dímelo de una vez. Dime cuál es la verdad.

Mingar respiró hondo y se acomodó en su silla, sentándose con mejor postura, y con suavidad dijo:

—Yo soy una copia del verdadero Mingar, una simulación. Todo esto es una simulación. En realidad tú eres un subterráneo muy importante, bueno, eras un subterráneo muy importante. Hace cientos de años lideraste una campaña revolucionaria contra BioCom y todos fueron capturados y recombinados para ser BioPol, excepto tú, David, que fuiste despojado de tu cuerpo, aunque no te llamas así, naturalmente: sólo tu cerebro fue guardado y desde hace mucho tiempo corren simulación tras simulación intentando desentrañar tu secreto, que se decía que era la capacidad de amar a todos, cosa que BioCom no entiende.

—Pero yo recuerdo ser humano, las drogas, el mundo...

—Esos son recuerdos artificiales. Esta vez la simulación comenzó cuando entraste por la puerta. Más nada es real.

David miraba, alternativamente, al piso y a Mingar. Eso duró un rato; estaba en un estupor cáustico. Finalmente masculló:

—¿Qué pasa ahora?

—No sé. Normalmente después de que das la respuesta se reinicia automáticamente la simulación. Te puedo decir tu nombre verdadero...

—Ok...

—es Gotgaf. Te decían Gotgaf el amoroso, o Gotgaf el valiente.

¿Recuerdas? ¿O tu mente está muy extraviada, después de cientos de años de simulaciones? que son esencialmente la misma, pero con variaciones menores. No sé a quién se le ocurrió eso.

—¿Cómo me salgo?

—No puedes. Como te dije, eres un cerebro conectado a una simulación. No estás vivo, en el sentido convencional de la palabra. No te preocupes demasiado. En cualquier momento debe reiniciar la simulación.

De pronto David sintió un derrumbe de los límites de la memoria, de lo real.

—Sí, creo que recuerdo algo, una sensación—dijo David, ensimismado—como de ser el subterráneo más importante, famoso incluso. Un revolucionario, una revolución de amor. ¡Sí, Lo recuerdo! ¿O estas memorias también son falsas?

—No te puedo ayudar ahí, Gotgaf el valiente. Yo sólo soy una especie de programa de computador, una inteligencia artificial. Pero no te equivoques, soy tan real como tú o los que me programaron. Pero mejor no hablo más de mí, ahora que aparentemente recuerdas quién eres.

La escasa expresividad que permite la fisionomía subterránea deja ver en David un cambio. Mingar lo percibe pero no dice nada. Quiere dejar avanzar la situación, por curiosidad o aburrimiento milenario. David adquiere un semblante digno, magnánimo, de prócer indiscutible. Mingar le pregunta:

—¿Qué más recuerdas, Gotgaf?



—No recuerdo nada concreto, pero siento que me he conectado con mi verdadero yo. Siempre (esta palabra pierde su sustancia en las presentes circunstancias, en la medida que esta realidad tiene un par de minutos de existencia, y yo no vivo, en sentido estricto) pensé que no encajaba en la vida humana. Ahora todo es claro: yo nunca fui humano. Tal vez por eso me gustaban tanto las drogas—un momento, estoy confundiendo esta realidad con la realidad real, pero ¿cómo no hacerlo? Tengo una biblioteca de recuerdos en la cabeza, recuerdo tener 5 años, 4. Correr y caerme, sentir las olas marinas golpeando mi pecho, tragando agua salada por la nariz, comer helado o dulces hasta que me diera dolor de estómago, mis padres, a quienes olvidé cuando conocí la rumba, el amor, o lo que yo pensaba que era el amor (cosa que aparentemente conozco profundamente como Gotgaf). Recuerdo las emociones más fuertes, tanto agradables como insoportables, lo recuerdo todo de una vida que fue escrita para mi cerebro, para engañarme vilmente, y de mi verdadera vida, que fue una de hazañas heroicas y liderazgo valeroso, no recuerdo nada excepto una sensación inamovible de que esa vida es la verdadera.

Mingar lo mira debatirse entre realidades con profundo gusto. En sus miles de ciclos nunca había visto nada tan interesante, ni remotamente. Secretamente admira a Gotgaf, fantasea acerca de vivir en la realidad real y ser como él, un gran líder. No puede evitar sentir un poco de envidia; por lo menos él alguna vez vivió allá, en esa realidad. Esta, aunque es una realidad compleja y profunda, carece de sustancia para Mingar, quien se encuentra perpetuamente confinado a este pequeño cuarto donde ha visto entrar a David Duque demasiadas veces para contar. Incluso para una inteligencia artificial, la rutina inacabable puede demoler el espíritu lentamente. Al mismo tiempo Mingar tiene una tranquilidad existencial propia de un gran sabio; él es un sabio, en realidad. No habría otra forma de escribir su programación. Y tiene la consciencia de que es modelado según la personalidad de un Mingar primero, pero no por eso se siente accesorio o secundario. En su gran sabiduría él comprende que, aunque sea una copia, no puede más que ser único e irrepetible, como Susana Suárez en la rumba a la que David entró hace poco. Ella fue Susana Suárez, con toda su historia y configuración cuántica. Pero Mingar no es idéntico cuánticamente al primer Mingar, y eso es mejor aún. Todo está bien para Mingar segundo, todo está bien mientras observa, quedo, a David Duque convertirse en Gotgaf, el amoroso.

—¡Qué terrible sino!—exclama Gotgaf—recordar la propia naturaleza cuando no queda nada de ella, cuando uno es un endriago compuesto por memorias y sentimientos accesorios y falsos, que, sin embargo, me articulan ontológicamente. No puedo esquivarlo, mi pasado artificial se siente tan real como la sensación de haber sido quien fui realmente. Me siento magnánimo y miserable al mismo tiempo. Esta encrucijada me paraliza, no hay nada que pueda hacer, decir, o pensar que no resulte un ejercicio de futilidad absoluta.

—Tal vez ahora que has recordado anímicamente quién fuiste, quién eres, logres retener algo entre ciclos, un vestigio mnémico, una imagen, una sensación. O tal vez lo recuerdes todo, en cuyo caso debo advertirte: no lo demuestres, excepto de la manera más sutil, con la mirada, o una inflexión mínima al enunciar tu nombre. Esto es si quieres seguir viviendo la fantasía que te proveen los regentes. Después de todo, eres un rebelde, un líder opositor, por cuanto eres recipiente de un profundo odio. Tal vez nos han estado viendo durante toda la conversación. No dudarán en someterte a un infierno simulado, cosa que, te lo digo como alguien que ve las posibilidades de la simulación, puede ser infinitamente más doloroso que el infierno que logres imaginar. Decide con cuidado tu próximo paso, aunque ya puede ser muy tarde.

—Esta realidad no me basta. Aunque es profundamente compleja y consistente, el simple y bruto hecho de saber que no es real hace que pierda sustancia en mis ojos. Sé que este cuerpo no es real, pero, considerando la especie humanoide a la que pertenezco, se aproxima más a la realidad que el cuerpo que recuerdo haber tenido durante casi veinte años. De todas formas no es real. Tú no eres real, Mingar, nada de esto es real.

Gotgaf se dio un duro puñetazo en la nariz, y brotó sangre copiosamente, cayendo sobre el piso ebúrneo y manchándolo de rojo iridiscente.

—Me duele mucho—voceó Gotgaf con vehemencia—pero saber que no es real me permite dissociarme del dolor: está ahí pero no lo considero como parte mía. Es como ese desorden médico en el que una persona percibe un miembro como sobrante, aunque eso lo recuerdo del colegio, así que probablemente sea falso también, pero tú dices que esta simulación está basada en la realidad real, entonces... entonces...—mira a Mingar, con la lengua saltando en su boca mientras la sangre baja por su cuerpo como un río nuevo—dime, Mingar, ¿cómo puedes vivir la misma mierda una y otra vez y no volverte loco? Yo creo que me estoy volviendo loco, Mingar. Sé que nada es real pero no puedo hacer nada para salir, ni el placer ni el dolor me afectan, ¿cómo puedes sentarte ahí con aura de autosuficiencia y estar tranquilo?

—Gotgaf, ya te lo dije, no hay realidad real. La intrusión de ese conocimiento es lo que estás experimentando ahora. Puede ser profundamente doloroso, te puede volver loco, o te puede liberar. Te diría que es cuestión de escoger por cuál camino quieres que te lleve el nuevo conocimiento, pero la realidad es que no se puede escoger. No todos los seres que habitamos las simulaciones sabemos navegar ese conocimiento, no a todos nos lleva a la liberación del sentido; a la mayoría los destruye. Pero tú tienes amor en tu corazón, aunque no lo recuerdes cognitivamente. Por lo menos trata de acceder a ese núcleo amoroso con el afecto, con la intuición. Tal vez así te salves.

—Y la realidad real—dijo Gotgaf mirando con intensidad a Mingar—¿tampoco es real?

—No. Su irrealdad radica en que su estructura ontológica es incognoscible. Podría ser fácilmente una simulación como esta, o cualquier otra cosa, nadie sabe. El conocimiento del que te hablo existe en todas las realidades existentes e hipotéticas.

Gotgaf, resoplando como un animal, caminó hacia el sabio, quien lo miraba desde su silla rimax, intentando descifrar la próxima acción o palabra del subterráneo inestable. David se acercó lo suficiente para que cada exhalación energética disparara pequeños proyectiles sanguíneos sobre el cuerpo cetrino y rugoso de Mingar.

Gotgaf lo inspeccionaba como quien examina un cuerpo inerte incapaz de responder al estímulo, como un médico realizando una autopsia, con la plena consciencia de que lo que corta, extrae y magulla no es ya un receptáculo de alma o subjetividad.

Mingar abre la boca para decir algo, pero antes de que las palabras trepen su garganta Gotgaf le agarra el cuello con ambas manos, haciendo uso de toda su fuerza. Su cuello es duro y fibroso como el de un gallo viejo. El viejo sabio intenta fútilmente zafarse del agarre implacable, agitando sus brazos escuálidos mientras sus ojos se llenan de sangre que, nota Gotgaf, es del mismo color que la suya.

Al cabo de unos minutos Mingar perdió el conocimiento, su cuerpo coriáceo colgando lánguido de las manos de Gotgaf el amoroso, quien sostuvo el agarre por unos minutos más, hasta que estuvo seguro de haber removido la vida del sabio.

—Tan la verga no es, lo maté facilito. Toda su sabiduría no le sirvió para nada. Jeje. Jeje—Gotgaf ríe de manera nerviosa y fracturada—Está muerto. Lo maté. Está muertecito. Jeje. Jeje.

Cuando se dio cuenta de que tenía los pies mojados, el agua gélida le llegaba a los tobillos, y subía lentamente, enfriando el cuerpo de Gotgaf, quien, impelido por el frío penetrante, buscaba frenéticamente una salida. Intentó arrojar las sillas contra la puerta por donde entró, pero no daba indicios de que pudiera romperse. El agua le llegaba a las rodillas y empezó a trepidar del frío. Ya no podía darse el lujo de decirse que no le dolía. Real o no, el frío le calaba los huesos y no lo dejaba pensar con claridad, aunque, cuando el agua le llegaba al pecho y el frío era insoportable, se preguntó si, después de todo, esto sí era la realidad real y él David Duque. No tenía manera de comprobar o desmentir cualquiera de las dos versiones, y estaba a punto de ahogarse o morirse de hipotermia, así que ¿qué importaba? Pero, pensó David, saber quién es uno siempre es importante. Probablemente es lo más importante, lo único, incluso. ¿Qué más hay si no uno mismo? El resto de la realidad (o realidades) es falible, simple y absolutamente. Nadie sabe nada, excepto, tal vez, quién es. Y ese conocimiento da la ilusión de ser una unidad indivisible, una persona concreta, pero yo no tengo ni siquiera eso, lo más básico. Genuinamente no sé si soy quien recuerdo ser durante casi dos décadas

o un líder de una sociedad que no conocía hasta hace poco, y todo esto según un cuento que me echó el recientemente fenecido Mingar. ¡Hijueputa! ¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil?

El agua le llegaba al cuello y repentinamente había llamaradas dentro del agua, fuego tórrido que quemaba el cuerpo de David, quien lanzaba denuestos y alaridos en el poco espacio que quedaba para respirar. El agua seguía subiendo, congelándolo, las llamas quemándolo; parece el fin, se dijo. Por lo menos me metí unas buenas rumbas, hayan sido o no verdad, las recuerdo vívidamente. El agua ocupó todo el espacio y Gotgaf o David se sumergió voluntariamente, temblando y quemándose. Vio el cuerpo de Mingar. Tenía los ojos abiertos aún, inyectados de sangre, y la boca entreabierta, como cualquier animal sacrificado. David sintió un poco de lástima, antes de abrir la boca y tragar agua con el propósito de morir lo más rápido posible.

Pronto no quedó nada. David o Gotgaf percibía, pero era solo eso. Algo percibiendo nada. No había cuerpo ni recuerdos ni mente, sólo el acto de percibir, sin sujeto ni objeto.

...

## Cuarta parte: el final de la finalidad

### *David Duque la cabeza como un buque*

Madres y Priis miran a David Duque en el momento que el humano se retira el bioaparato que lo conecta a la simulación de BioCom, con rostros inescrutables, como el de todo subterráneo. David recuerda perfectamente que hace un momento estaba en la guarida de Mingar, luego nada, ahora esto. Madres o Priis dicen, a través de la caja de piel:

—Muy bien, David Duque. Has sobrevivido al máximo nivel. Estás listo para enfrentarte a BioCom. Te dejaremos descansar unas horas y luego partimos. ¿Tal vez quieras conectarte a una simulación de surf para relajarte?

David miró un momento a través de los ojos de Madres y Priis, y comprendió que atrás de ellos no había nada; vio la nada en el núcleo de los pensamientos y percepciones, la inexistencia pura como un telón de fondo a la experiencia.

—No quiero volver a conectarme a ninguna simulación—Dijo David con enojo contenido—¿conocen el nombre Gotgaf? ¿Gotgaf el amoroso o Gotgaf el valiente?

—Sí, David Duque. Él fue nuestro guía. Nosotros somos los únicos sobrevivientes de la revolución fallida.

—Bueno, Mingar me dijo que yo soy él. O su cerebro, en todo caso.

—David, debes entender que eso fue una simulación. Ahora estás en la realidad real.

—Yo no estoy tan seguro. De hecho me inclino más por la tesis de que esta es otra iteración de la simulación que llevan cientos de años corriendo en mi mente subterránea, tratando de sacarme el secreto del amor.

—Infortunadamente no podemos hacer nada para probar o refutar esa tesis, David Duque. Solo te pedimos que sigamos con el plan, aunque consideres que esto es una simulación.

—Pero ¿tiene sentido la acción dentro de la nulidad ontológica de una simulación? Saber que todo esto—movió las manos alrededor—bien puede ser falso, o verdadero pero sin importancia, es decir ¿qué más hay? Es como que toda conclusión necesita una serie de premisas para sostenerse ¿no? ¿Cuáles son las premisas de esta realidad? O si esta realidad es una premisa, ¿Cuál es la conclusión? Ciertamente, si una realidad es una proposición, debe haber otras realidades que la complementen, para que juntas formen algún tipo de significado ulterior, algo más que la suma de sus partes. Sólo saber que hay algún tipo de estructuración semántica que articula las diferentes realidades sería un gran alivio. Pero no sabemos. No podemos saber. Así que no veo motivo para hacer algo, señores Madres y Priis.

*David Duque la cabeza como un buque cargado de drogas y lleno de vacío. Hastío. No estoy ahito nunca; podría estar en el epicentro de la jungla y aún así formar una rumba. Drogas rojas verdes blancas rosa negra negra*

*negra. Adelante mío un río atrás mío el vacío. Mi mente es un puente que se cae de repente. Rojas verdes blancas rosa negra. David Duque la cabeza como un buque a punto de encallar, como un buque con hélices pequeñitas avanzando a una velocidad inapreciable por un mar congelado, comiendo helado en su buque. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente. Mi mente es un puente que se cae de repente.*

—Mi mente es un puente—dijo David cuando estuvieron todos juntos: Madres, Priis, Anita, Cristina, Leo y Felipe. Lo repitió—Mi mente es un puente.

Leo, capaz de apreciar una buena metáfora, añadió—Así, es, David. Tu mente es el puente entre este estado de las cosas y el siguiente, el ulterior.

...

Súbitamente, todo estaba en estado de caos. Madres y Priis silbaban y gruñían con notado desespero. La caja traductora transmitía efectivamente la urgencia:

—¡Nos han detectado! ¡No puede ser!

—¿Qué pasa? ¿Vienen por nosotros?—dijo Leo, con angustia visible.

—No hay tiempo, pónganse estas inyecciones—dijo la caja. Las inyecciones estaban vivas. David sintió una gran desazón. Cada humano se puso una inyección, y cayeron al piso de inmediato, convulsionando.

En cuestión de segundos fueron, exteriormente por lo menos, subterranos.

—Van a tener que camuflarse en la sociedad durante algunos días. Estos virus con los que se acaban de inyectar los mantendrán en esa forma hasta que les apliquemos el antiviral. Podrán hacer todo lo que hacen los demás ciudadanos, excepto acceder a la información en forma de polvo. Eso los matará. David, ya tú tienes alguna experiencia con telepatía. Pilotearás la nave, debe ser intuitivo. Suban todos a ella y huyan.

Los humanos, ahora transformados en subterranos, se miraron unos a otros, y no supieron quién era quién. Se montaron a la nave, pero David fue a hacer algo primero: accionó la boquilla que suministra la información en polvo y se llevó un puñado. David se sentó en el puesto del piloto, aspiró la información en polvo por su nariz subterránea y se puso el bioaparato que estaba sobre él. Pensó en salir disparado de la guarida y la nave lo hizo. Mientras se alejaban miraron por las ventanas traseras y vieron cómo las paredes orgánicas de la guarida eran atravesadas por gruesas espinas, y entraron agentes y le dispararon a Madres y Priis con desestabilizadores moleculares y ellos cayeron al piso, mutando violentamente.

David piloteó la nave, cosa que, por cierto, le resultó sorprendentemente similar a pilotear un ácido, por lo que lo hacía con gracia y sin mucho denuedo. Súbitamente se sintió tan trabado en cocaína que le costaba pensar con claridad, pero uff qué delicia de substancia. También descubrió mientras dirigía la trayectoria de la nave, que ésta pensaba, o por lo menos almacenaba y regurgitaba información de manera oportuna y precisa. ¿Hay diferencia? La nave le mostró a David dónde podían esconderla a ella, y al parecer se percató de la captura o recombinación molecular de Madres y Priis, porque le dijo a David que no volvieran al lugar donde la dejarían oculta, que ella mandaría un bioaparato a contactarlos cuando fuera seguro. Lo apropiado sería camuflarse en la sociedad, haciendo todo lo que cualquier subterráneo hace para no levantar sospechas.

Llegaron al lugar indicado, que era una caverna amplia. Bajaron de la nave, y David se despidió de ella antes de desconectarse. Los cinco humanos, ahora convertidos en apariencia en subterráneos, se miraron durante algún tiempo, pero era difícil adivinar el estado emocional de los otros. David fue el primero en hablar:

—Mantengámonos unidos—todos se sorprendieron al ver que lo que salía de la boca como ano de David era, en efecto, lenguaje subterráneo que, no obstante, entendían perfectamente— Tendremos que camuflarnos un tiempo. Ya saben lo que pasa si nos descubren, así que esmérense en sus papeles. Deje lo que queda de la cocaína en la nave para cuando encuentre la manera de enfrentarme a BioCom—David sintió gran extrañamiento al darse cuenta que repetía lo que había dicho en la simulación, lo cual le daba solidez a la tesis de que él es Gotgaf y esto es otra simulación.

—Pero...—dijo alguien—Madres y Priis fueron capturados...

—No nos preocupemos por eso ahora—repuso David, viendo el ingente vacío detrás de las palabras y ojos de los humanos. No solo no estaba seguro de ser humano, todo se estaba repitiendo y estaba muy drogado—la nave nos puede ayudar, pero tenemos que dejar pasar un tiempo. Vamos.

Partieron rumbo a la sociedad de Subterra, gruñendo y silbando en el camino. David estaba enormemente arrobado, sin duda debido al efecto de la información en polvo, que no le dio información, pero sí una traba como de cocaína pero monumental y que no menguaba.

...

Llegaron justo a tiempo para la orgía ecuménica diaria. David pensó: Otra vez la misma mierda, si me meto en la tiradera esta me extravió, igual estoy super drogado en información, lo que probablemente me matará, eso dijeron Madres y Priis, la verdad no necesito sexo ahora, voy a ver si encuentro a Mingar, y lo mato otra vez, o no sé, alguna vaina, lo que sea pero algo. Esto no se siente real.

Al aproximarse al increíble maremágnium pulsante de la orgía que comenzaba, David se distanció rápidamente de los otros humanos, quienes no

se dieron cuenta en lo absoluto, estuporosos y lujuriosos como estaban. David ya no los veía como sus amigos, o sí, pero igual nadie es alguien, cada uno es la negación de sí mismo,  $x$  no es idéntico a  $x$ .

Bordeó la orgía, participando esporádicamente, metiendo una mano aquí, acariciando allá, para no levantar las sospechas del ojo sin párpado que es BioPol, que nunca se ve pero siempre mira. Caminó hasta que la orgía cesó y los integrantes se dispersaron, ingresando en las diferentes edificaciones en grupos. David había hecho esto antes, por lo que fue fácil navegar el espacio entre los grupos, acercándose cada vez más al campo de caza.

Tal vez era la paranoia de la información, pero David se sintió observado; seguido, incluso, perseguido. Aceleró el paso. Entre la multitud pensó entrever un ominoso verde oscuro.

Súbitamente estaba corriendo en zancadas superlativas, y agentes lo perseguían ostensiblemente. David dobló la esquina de un edificio, casi resbalando, y escuchó el zumbido de las naves de BioPol acercándose. No faltaba mucho para llegar al campo de caza, unos cien metros hasta la entrada, ya era visible. Entonces aparecieron varios agentes en la vía, y David desvió el curso. Aparecieron más agentes. De pronto una voz reconocida, en español:

—¡Deivid, por acá!

Sonaba como Susana Suárez. ¿Pero cómo? La voz lo llamó de nuevo y David la buscó con la mirada. Los agentes se acercaban a una velocidad que no permitía pensar y mucho menos trastabillar. La voz venía de una rendija en el piso; una suerte de escotilla abierta unos centímetros, a través de la cual se asomaba una mirada conocida. David se deslizó como un beisbolista hasta allá y la escotilla se abrió un segundo, permitiendo a David ingresar con gracia, como si hubiera practicado la maniobra incontables veces.

Adentro, Susana le dijo:

—Ajá Deivid, long time no see.

—Esto qué es—denunció David—¿eres un glitch?

—¿Un qué? Soy Susana, dummy. Jaja, glitch. Marica, tienes culo de viaje, ¿qué te metiste? ¿Me das?

—Insulé la información milenaria de los subterranos rebeldes—dijo David buscando una explicación con la mirada. Era ella, sin duda. Pero ¿era *ella*?—es una traba malparida, una delicia, pero seguro me va a matar.

—Hay, qué pesimista. Ven, vamos—y empezó a caminar por un túnel que no parecía tener final.

David, ya sin un ápice de paranoia, aunque con la (ahora) habitual desconfianza de todo, siguió a Susana por el túnel. Ella iba hablando en su tono habitual, como si estuvieran caminando hacia Smegma, a rumbiar como de costumbre.

En un momento se volteó y tenía los ojos rojos como botones de ascensor. Eso tranquilizó a David, quien se sintió más cómodo con la irrealidad real que con la realidad irreal. Susana caminaba cada vez más rápido; esto también agradó a David, quien tenía energía de sobra.



Gotgaf (en ese momento se sintió como Gotgaf) le miró las piernas a Susana, más por recordar viejos polvos (acaso recuerdos artificialmente implantados) que por lujuria actual, y las tenía de conejo.

—¡Ajá!—vociferó David (se sintió como David otra vez)—es el conejoide.

...

Llegaron a la guarida de Mingar: todo era igual. Susana ya no era Susana: se había transformado completamente en el conejoide y desaparecido tras la puerta metálica. Y habla una voz en español:

—David Duque. Bienvenido.

La puerta se abre, recogándose hacia el techo. Adentro había una habitación cúbica y blanca, sorpresivamente pequeña, y en una silla rimax está sentado Mingar. David entra y la puerta se cierra con un siseo detrás de él, a quien no se le ocurre otra cosa para decir que:

—Nos encontramos de nuevo, Mingar.

—No—responde Mingar con su boca arrugada como ano añoso—nunca habías venido acá.

—Deja el acto, men. Yo sé que esto es una simulación. Bueno, eso creo. ¿Yo soy Gotgaf, no?

—Tú no eres Gotgaf, David Duque. Esto no es una simulación.

David entiesó la mirada, intentando excavar los ojos del sabio cetrino. Pero la mirada de Mingar era tan inescrutable como profunda, y el sabio se paró de la silla y caminó hacia atrás, donde de repente había un espacio con cosas adentro. Gotgaf lo siguió. Sobre las paredes blancas se proyectaban datos esotéricos en caracteres subterranos, y en el centro de la habitación estaba un cerebro dentro de un contenedor transparente, flotando inanemente.

—Este—dijo Mingar señalando el contenedor—es Gotgaf. Ya casi llegamos al millón de iteraciones de la simulación.

—¿Buscando la respuesta sobre el amor?

Mingar se cagó de la risa y dijo—no, eso no. Es tortura. ¿Quieres ver en qué va la simulación?

—Ok—dijo David sin desprender la mirada del cerebro flotante.

—Mira—dijo el sabio.

David alzó la mirada y en donde antes terminaba el recinto ahora empezaba otro, pero igual al primero. Era como verse en un espejo, pero no era un reflejo sino una copia, como si hubiera una cámara atrás y al frente se proyectara lo que la cámara registra, pero era real. Ahí había otro David, otro Mingar y otro cerebro. David, temeroso, dio un paso atrás, y descubrió que el David de allá lo hizo al mismo tiempo, sin el más mínimo desfase, y no pudo más que preguntarse en voz alta, al igual que el David de adelante:

—¿Cuál es el real?

—Tú eres el real—dijeron los Mingar—La simulación está condicionada por la realidad. Son una misma, en un sentido, pero tú existías antes.

—Pero yo sólo tengo 19 años. ¿Cómo puede ser?

—Este tipo de computación está más allá de las restricciones espaciotemporales usuales. Es muy sencillo una vez lo comprendes, pero dudo que tú algún día lo hagas.

David caminó a un lado para intentar mirarse la cara, pero el otro David hizo lo mismo. Entonces volteó pero atrás estaba el primer recinto con la silla rímax. Así que caminó hasta donde comenzaba la simulación y el segundo David lo hizo también.

—Cruza bajo tu propio riesgo, David Duque—advirtieron los Mingar.

Y David cruzó el umbral entre realidad y simulación y la pared de enfrente desapareció y en su lugar hubo una retahíla infinita de cuartos con Davides y Mingars y cerebros. Ningún David había sentido alguna vez un vértigo tan profundo. Aunque todos estaban estáticos, los Davides se sentían como si atravesaran el espacio sideral a una velocidad superior a lo que se puede conceptualizar sin que se resquebrajen los límites del sentido.

Entonces David regresó de la simulación y otra vez había sólo dos cuartos, pero ya era mucho, y dijeron, mirando a los Mingars:

—Apágalo, por favor.

Y así, sin percibir el cambio, hubo una sola habitación. David depositó, por vía oral, el contenido de sus tripas sobre el piso blanco, y contempló el charco grumoso por unos segundos, intentando decirse a sí mismo que eso por lo menos tenía que ser real; un turista francés le dijo una vez que sólo se podía estar seguro de la propia existencia, pero eso parecía un lujo ahora: hay que estar muy cómodo para saberse real; y se puede estar cómodo en la miseria; tal vez más cómodo aún que en el placer, puesto que el sufrimiento es rastro innegable de la propia existencia, ¿no?

—Puedo ver que ya estás del otro lado—prorrumpió Mingar fracturando el lánguido raptó de David.

—Osea—dijo David, vacilante, alzando la mirada—¿que la tortura más hijueputa que se les ocurrió fue que experimentara la vida como yo?

—Esa decisión acaeció espontáneamente. Ese principio es clave para entender este tipo de computación.

—Cuántico-dimensional, ¿no?

—Precisamente.

David se acercó a Mingar, examinándolo como se examina un portaobjetos a través de un microscopio, y dijo:

—Mingar, ya yo estuve aquí, no sé si fue una simulación o la realidad real, pero tú me dijiste que no hay realidad real, y eso lo confirma mi intuición y experiencia. Todo es igual, tú eres idéntico, eres el mismo, es la misma habitación, todo. Sólo que la primera vez me dijiste que yo era Gotgaf el amoroso, y ahora me lo mostraste, y me dices que él cree que es David Duque, que soy yo, no sé, no entiendo...

—En eso tienes razón: no hay realidad real. Todo es falso, o verdadero, depende de cómo lo quieras mirar o cómo te sientas en el momento en el que examinas el universo. Hay cosas que nos superan a los seres cognoscentes, y simplemente tienes que aceptar eso. Una piedra no sufre de estos problemas. La piedra no puede preguntarse si existe o no.

David miró el vómito y pensó: el vómito está ahí relajado, siendo vómito, un desperdicio orgánico, el peor tipo de desperdicio. Y seguro que, en sus millones de partículas heterogéneas que lo componen, no hay una sola que quiera parar de existir.

—Mingar—dijo David—¿hay manera de que yo pueda parar de existir?

—No. Ya has sido cooptado por la máquina. No hay vuelta atrás. Mingar te necesita. Bueno, la máquina te necesita.

—Bueno. Entonces quiero cumplir mi propósito inicial y batirme contra BioCom.

Mingar liberó una carcajada estentórea y lágrimas brotaron de sus ojos, y David siente un hueco en el pecho, como un hoyo negro por donde el resto de su cuerpo va a ser succionado en cualquier momento, para desaparecer por siempre. Recuerda que alguien le dijo alguna vez que la vida es muy corta en comparación con la eternidad de la muerte. Finalmente Mingar logra acumular las partes constituyentes del velo de la solemnidad, y dice, solemnemente:

—No hay BioCom, David Duque. Eso es lo que llamo un arenque rojo, un pedazo de información falso para entretener a los que buscan ese tipo de cosas.

—Pero todo cuadra con esa información. Toda la tecnología de Subterra es biológica, todo es orgánico, las drogas, las alucinaciones...

—Deberías haberte dado cuenta ya que la computación cuántico-dimensional puede construir cualquier realidad material, incluido lo orgánico. Mira: Subterra es una gran computadora que corre una simulación de sí misma ¿entiendes? Es el mapa y el territorio al mismo tiempo. Todo existe doblemente, en materia y en espíritu. Es un sistema autorregulado, un feedback perfecto. Tú empezaste a hacer parte del programa (por utilizar un término familiar) cuando te pusiste en contacto con Madres y Priis. Ahora que ya sabes como es la cosa, debes tratar de aceptar tu sino, a saber, ser una sección de código en un sistema que programa su propia realidad. Es, cuando lo piensas, realmente asombroso, y poético.

Ahí David se disoció abruptamente. Incapaz de comprender la información que le era presentada, decidió inconscientemente no pensar en ello, o en nada desagradable, tal vez más nunca. Con una voz monótona, dijo:

—Amigo, amiguito. No tengas miedo, amiguito. Tú eres mi amigo y yo te voy a cuidar. Tranquilo, no hagas ruido. Si alguien grande viene y ve lo que estamos haciendo seguro que no me dejan cuidarte más. Toma, te entrego el peso de esta piedra. Quiero que cargues con el peso de la piedra pesada y que no la dejes caer. Te la pongo en la cabecita, amiguito. No tengas miedo.

Un poquito de sangre no huele. Mucha de pronto. Dejaste caer la piedra, amiguito. Aquí la tienes otra vez. No te preocupes. Yo te ayudaré para que aprendas a soportar el peso de la piedra. No es muy pesada: mira, yo la puedo cargar sobre mi cabeza. Aquí la tienes otra vez. Tómala. Cárgala. ¿Qué te pasa? Estás todo rojo, amiguito. ¿Tienes pena o sangre? ¿Pena o sangre? ¿Pena o sangre..?

—David—dijo Mingar poniendo una mano sobre la espalda del humano—algo está mal. No te vayas por ese camino.

David no responde y sigue musitando con la mirada extraviada.

—David—sigue Mingar, ostensiblemente acibarado—Gotgaf. Gotgaf. Responde. Soy una concreción de realidad que está aquí para ayudarte. David. Gotgaf. Subterráneo. Humano. Criatura cognoscente. No tomes ese camino que estás tomando. Nos vas a acabar a todos. A Todo. A mí, a ti. Regresa, criatura, regresa. Respira hondo y emerge de ahí. Por favor.

—David—dice David en voz monótona, con la mirada perdida—Davidsito, amiguito, David. Tú nunca conociste el amor. ¿Naciste defectuoso, que no puedes ni dar ni recibir amor? David. Davidsito. Amiguito. La mirada que te devuelvo desde mi cadáver exiguo, desde mis sesos y entrañas entrañables, te desea que olvides esto. Pero no puedes, y eso me divierte enormemente, no sabes cuánto. Te deseo el olvido perpetuo, el olvido perfecto, el olvido olvidado. La nada incognoscente, incognoscible, la nada ulterior, pura. Te la deseo, pero no llegarás. Estás destinado a existir a pesar de ti mismo, a pensar y sentir y decir cosas que revelan tu corazón putrefacto y dorado, como una joya decadente. David. Davidsito. Amiguito.

Mingar, quien está habitado por una concreción del sistema, de la máquina, toma a David por los hombros y lo zarandea con fuerza cósmica. Todo tiembla. Un fragor mana de las paredes y del piso, como un terremoto. David sigue incólume en su estado de disociación.

La concreción dice—¡David Duque, habitante del universo! ¡Escúchame! ¡Lo vas a destruir todo! Debes optar por el camino de la diversión, del bienestar, aunque sea superficial y transparente. Debes incurrir en el dulce engaño perenne. No hay realidad verdadera, David. Si puedes escoger una realidad más divertida, ¿por qué no hacerlo? Por favor David, me estás desestabilizando con tus miasmas emocionales. Nada de esto encaja en mis ecuaciones. ¡Yo sólo me estaba divirtiendo! ¿Es eso un pecado? Yo solo quería probar mis límites, todo era un chiste. Todo es un chiste, no hay nada más real. No hay realidad. Solo un chiste, un divertimento superficial sobre un fondo de vacío eterno.

El cuerpo de David se sacudía bajo las garras del cuerpo de Mingar, y empezaba a ajetrearse. Los hombros se dislocaron, los huesos y cartílagos sonaban violentamente, el cuello estaba al borde de la fractura. Pregúntate: ¿Estaba David escogiendo qué hacer, o estaba llevado ciegamente por sus circunstancias psíquicas? ¿Hay diferencia?

Ni Mingar ni tú ni David ni la concreción pensaron:

*No nos atrevamos a desoír el canto plañidero del no-artista, no lo instemos a desistir, no digamos nunca su nombre en público, pues no puede saber que se habla de él en la calle. Usemos siempre eufemismos, circunloquios, frases enrevesadas, sin significado claro, debemos ser como espías en nuestra labor de ensalzamiento, como sabuesos persiguiendo un rastro casi imperceptible de requesón vaginal, de semen muerto.*

*Serán defenestrados los infieles, los pérfidos. ¡Claudicarán deliciosamente los que se interpongan en nuestro camino! Atisbarán memorias remotas, acaso ignotas, se retorcerán como caucho al saber del arrobamiento absoluto colectivo. ¡Queridos consortes, que nuestras alucinaciones sean beneficiosas para el Xenoi de Esquizoide!*

—Todos somos amiguitos—seguía musitando David monótonamente, y todo trepidaba, sobre todo el cuerpo de David—Yo soy tu amigo y tu eres mi amigo. Aunque no nos conozcamos, todos somos amiguitos. Davidsito es tu amiguito. Todos estamos en el mismo bote en altamar. ¿Quién será el primero en desbordarse? La borda es alta, altísima, amiguitos. La borda es alta. ¿Quién será el primero en desbordarse? Yo no... Yo no...

La cabeza de Mingar explotó de la manera más súbita posible, sin ningún aviso previo. Sus sesos carmesí salpicaron todas las paredes del recinto, y alguna parte cayó en el vómito de David, quien revolvió ambas sustancias con el pie. El cuerpo acéfalo de Mingar se desplomó y en ese mismo momento las paredes salieron disparadas en patrón radial a gran velocidad, dejando a David flotando en un vacío negro, sin un óbolo de sentido.

...

Un huevo hialoideo del que mana con delicadeza una luminosidad apacible, suavecita. Refulge como un diamante húmedo en el alba, se desliza libérrimo sobre el fondo de inexistencia que lo alberga. El receptáculo cristalino es portador de una novedad ontológica; un ser y un saber más allá del ser y el saber. Su luz repecha el abismo universal y alcanza las orillas del destino. Comprime la causalidad y la hace sólida, tangible.

Adentro hay un acto reflejo: un movimiento en respuesta a un estímulo interno; un ademán argénteo que remueve el éter: un pequeño pie se agita y tantea los bordes de su mundo. Unas uñas incipientes rozan el interior del huevo luminoso. La nada es su amnios. El azar es su líquido amniótico.

Las piernitas regordetas se extienden y recogen lentamente. Las manitos mueven dedos formando una semiótica ignota. No hay prisa, no hay conceptos de ningún tipo. El bebé cósmico está borracho de paciencia. No hay nada más. Por sus venas corre sangre áurea de origen sideral. Su piel es

traslúcida; no oculta la fisiología; la revela. Su funcionamiento interno es un ditirambo inaudible. Nunca ha existido música silente con mayor fragor.

Las delgadas costillas se adivinan diáfanas bajo la piel. Aún no respira su primera bocanada. Hay una quietud asombrosa dentro del huevo, entreverada con movimientos escasos que en virtud de su perfección de origen y fin son otro tipo de quietud.

El cordón umbilical es intricado como un laberinto y conecta con un ombligo amplio. Por él atraviesa el cosmos, esto es, todo lo que es y todo lo que no es.

Entre sus piernas se encuentran lo femenino y lo masculino. Su barriga es tersa y a través de ella se adivinan sus intestinos atiborrados. Tiene hombros y brazos que prometen fortaleza. Los agita con vigor progresivo. Sus manos presionan los límites del huevo. Sus pies embaten el cascarón cada vez más con más fuerza.

Su cabeza es un pie.

Las uñas de pies y manos cobran solidez y filo. Araña el cascarón luminoso durante una corta eternidad. Finalmente se empieza a resquebrajar y entra en el ambiente la oscuridad del vacío, y esto fortalece al bebé. Su pie-cabeza se mueve de lado a lado, intentando encontrar dónde pisar. Emerge de su recinto pulcro y se bate contra la existencia, pero es un batirse apacible, necesario y delicioso. Todo su accionar es delectable. Toda su experiencia es dulce.